
MUNDO HISPANICO
NUMERO 121
15 pesetas
AGUIRRE

MUNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

Director: JOAQUIN CAMPILLO
Director adjunto: MANUEL SUAREZ-CASO
Redactor-jefe: JOSE GARCIA NIETO
Jefe de confección: JOSE FCO. AGUIRRE

NUMERO 121 ☆ ABRIL 1958 ☆ AÑO XI ☆ 15 PESETAS

Depósito legal M. 1034-1958.

SUMARIO

Colaboración artística de Iraola, Molina Sánchez, Moreno Galván, José Francisco Aguirre, Enrique Ribas y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos
Ciudad Universitaria - Madrid

Teléfonos:
Redacción 57 32 10
Administración 57 03 12
Administración y Redacción. 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.).
Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES
Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y Offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS
Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1958. NUMBER 121, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C.

NUESTRA PORTADA

El eterno tema de la primavera viene de nuevo a la portada de nuestro número de hoy de la mano de un pintor de acusada originalidad. Antonio Aguirre, que sabe llenar la línea de su lápiz de intención y de símbolos, ha visto así la estación que en abril alcanza su verificación más radiante.


SUIS
QUE SOY
ERA
IMMACULADA

CIEN AÑOS DE MILAGROS EN LOURDES



EL MENSAJE DE BERNADETTE

Una mañana brumosa del mes de febrero de 1858 la tía Soubirous se disponía a salir de su casa en busca de leña, cuando pasó por su puerta la niña de los vecinos, una tal Jeanne Abadie, conocida familiarmente con el nombre de "Baloum".

—¿Dónde va, tía Soubirous?

—Voy al bosque, a por leña.

—¿Por qué no deja a Toinette y Bernadette que vengan conmigo?

A la señora Soubirous le pareció bien la idea. Y un minuto después las tres niñas se dirigen al borde del canal, cerca del cercado del señor Laffite, donde les han dicho que la víspera han abatido algunos árboles. De las tres mozuelas, Bernadette, que no ha cumplido todavía los catorce años, es la mayor, aunque no lo parece, pues es pequeñita y delgaducha, pero no fea: tiene un rostro muy gracioso y expresivo, con grandes ojos rasgados, de mirar dulce. Bernadette no ha hecho todavía la primera comunión; no ha ido apenas a la escuela ni al catecismo; su principal ocupación ha sido la de guardar las ovejas de cierta tía que goza de mejor posición económica que sus padres. Las cosas habían ido mal, en los últimos tiempos, en casa de los Soubirous; Bernadette había nacido en el molino de Boly, un rústico pero vasto edificio que ha-



bía pertenecido a la familia. Más tarde los Soubirous tuvieron que trasladarse de domicilio y encontrar alojamiento en lo que había sido la cárcel del pueblo, una casa lóbrega y húmeda, donde Bernadette no tenía ocasión de curar, por cierto, los ramalazos de asma que la sacudían de vez en cuando.

Para llegar a la finca del señor Laffite hay que cruzar el canal por un punto próximo a la roca de Massabielle; esta roca presenta al ras del agua una oquedad o gruta. Toinette y "Baloum" deciden descalzarse y pasar a la otra orilla; Bernadette vacila; su madre le ha dicho que tenga cuidado de no enfriarse, y además..., la leña que van a recoger no les pertenece. Su padre había tenido que comparecer ante los gendarmes del pueblo pocos días antes por apropiarse indebidamente de ciertos arbustos derribados en la finca de un vecino.

—Echad unas piedras para que yo pueda cruzar—grita Bernadette a su hermana y a la vecina.

Toinette y "Baloum" se hunden en el agua hasta la rodilla; el frío les hace lanzar gritos de dolor. Al alcanzar la orilla vuelven a calzarse los zuecos y desaparecen.

Bernadette queda entonces sola. Decididamente no quieren ayudarla; se arrodilla para quitarse las medias, cuando oye un rumor de hojas y ramas, como cuando se prepara tormenta. Se disponía ya a meter un pie en el agua, cuando el rumor de ramas agitadas se hizo más fuerte. Bernadette vió que, mientras todo estaba quieto y silencioso, las zarzas y ramajes que cubrían en parte la entrada de la gruta parecían apartarse para dar paso a alguien...

LA VISION

Para dos niñas ágiles como Toinette y "Baloum", el recoger la leña abandonada en el cercado del señor Laffite ha sido cuestión de minutos, y en menos de un cuarto de hora están de vuelta junto a la gruta de Massabielle. Toinette, que ha sido la primera en cruzar el torrente, empieza a gritar:

—¡Bernadette, Bernadette!

Bernadette está arrodillada delante de la gruta, rígida y pálida, con la mirada fija en un punto invisible.

"Si estuviera muerta—piensa Toinette—, no podría sostenerse arrodillada." Después de llamarla varias veces, sin atreverse a acercarse a ella, le arroja una piedra. Por fin, Bernadette se vuelve con expresión tranquila y se levanta. Va en busca de sus medias y se calza los zuecos.

—¿Habéis visto algo?—pregunta.

—No. ¿Qué es lo que has visto tú?

—Nada.

Pero en el camino de vuelta Bernadette confía a las otras niñas su secreto. Toinette lo cuenta a la madre al volver a casa, y la tía Soubirous propina a las dos una bonita paliza: prohibición rigurosa de volver a la gruta.

Sucedía esto el día 11 de febrero, jueves. Al día siguiente todo el pueblo está enterado de que la pequeña Soubirous ha visto algo extraño en la gruta de Massabielle. El domingo, día 14, Bernadette, acompañada de una veintena de niñas de su edad, se dirigió otra vez al lugar de la aparición. Se arrodillan todas. Bernadette entra en trance: primero se estremece; luego su gracioso rostro se pone blanco, su cuerpecillo se inmoviliza. Las otras niñas, atemorizadas, la llaman por su nombre. Bernadette llora dulcemente. Algunas amiguitas se deciden a pedir socorro. El primero que acude es un fornido mocetón, llamado Antoine Nicolau, el hijo del molinero. Le acompañan su madre y una tía. "Vi a Bernadette—contó el molinero más tarde—arro-

Esta es una fotografía auténtica de la pastorcita Bernadette en el tiempo de las apariciones, cuando la Señora venía a la gruta a hablar con la niña.

En el abrupto paisaje la gruta se abría para preparar la maravilla de las primeras apariciones. Allí se oyeron las primeras palabras de la Virgen ante los fidelísimos y extasiados ojos de Bernadette. Hoy el fervor popular ya ha convertido en camino numeroso y permanente de fe lo que un día fuera llamada misteriosa. En la foto superior vemos la oquedad primitiva al borde del canal de Lourdes. En la inferior, el santuario, tal como se presenta hoy a la llegada de las peregrinaciones.

dillada delante de la gruta. Tenía el rostro bañado en lágrimas, y era un rostro tan bello, que durante un rato quedé inmóvil, sin atreverme a acercarme. Mi madre me dijo, por fin: "Cógela de un brazo. La llevaremos a casa." Lo hice así, ayudado por mi madre. Mientras la levantábamos le enjugué los ojos y le tapé la cara con las manos para impedirle mirar... Con mucho esfuerzo nos pusimos en camino. Mi tía y las otras niñas nos seguían. Seguimos por el bosque hasta el molino. Mi madre le hacía preguntas; yo también; ella no contestaba a ninguno. Al entrar en el molino pareció que el color le volvía a la cara; la llevamos a la cocina y la hicimos sentarse.

"—¿Qué es lo que ves en la gruta? ¿Ves algo que te da miedo?

—"¡Oh, no! Veo a una Señora muy hermosa. Tiene un rosario colgado del brazo y las manos juntas."

En ese momento la tía Soubirous llegaba al molino provista de una vara. Pero no se atrevió a pegar a Bernadette.



EL MANANTIAL

Dos días después de la segunda aparición, dos piadosas señoritas del pueblo se deciden a acompañar a Bernadette a la gruta. Una de ellas, que es la hija del alguacil, piensa que, puesto que la pastorcilla ha dicho que la Dama de la gruta se presenta vestida con una túnica blanca y un cinturón

Ya están terminadas las obras de la nueva iglesia subterránea, dedicada a San Pío X y capaz para 22.000 personas, que ha sido inaugurada en 1958.

Entre el complejo de construcciones que han venido a enriquecer Lourdes, está la Ciudad de Socorro. En la foto inferior vemos un pabellón dormitorio.





azul celeste, pudiera ser la presidenta de las Hijas de María, Elisa Latapie, que había fallecido un mes antes. Sea como fuere, la señorita se provee de papel y lápiz con objeto de pedir a la aparición que escriba lo que desee.

Cuando la aparición se produjo, Bernadette, obediente al consejo de sus protectoras, le tendió el lápiz y el papel:

—Señora, ¿querríais poner vuestro nombre en este papel?

La Señora sonrió y le dijo:

—Vuelve aquí durante quince días.

Del 19 de febrero al 4 de marzo, la aparición, exceptuando el 22 y el 26 de febrero, se presentó todos los días a Bernadette. Bernadette no sabía hablar más que el dialecto de la región, el *bigourdan,* y en esta lengua le hablaba la Dama. Cada día nuevas gentes acudían a la gruta para asistir al alucinante monólogo de Bernadette. El

A la derecha, la silueta, mil veces repetida en estampas, medallas, exvotos, publicaciones. Las torres se elevan como en permanente oración. ➡





Los penitentes reflejan su fe esperanzadora a los pies de la divina imagen.

domingo 21 de febrero, el jefe de la Gendarmería de Tarbes comunica a sus superiores que "en Lourdes pasan cosas extraordinarias. Las gentes acuden a una gruta donde se producen apariciones".

Las autoridades están inquietas. El cura del pueblo intenta convencer a Bernadette de que todo ha sido fruto de su imaginación; el médico espía a la niña, seguro de que se trata de una crisis nerviosa; lo extraño es que en el momento de la aparición el pulso y la respiración de la pastorcilla son normales...

El 24 de febrero han acudido a Massabielle cuatrocientas o quinientas personas. Al final de su visión, con el *(Pasa a la pág. 51.)*

Las escenas de fervor se repiten y las manos se cruzan implorantes y devotas.





¿COMO SERIA DON QUIJOTE?



Primera interpretación en todo el mundo: edición inglesa de Blounte, Londres, 1618. En España se usaba el cabello al rape, la ropa era distinta; y este dulce y suave paisaje será, sí, muy inglés, pero no el árido y llano de la Mancha.

Por MANUEL-FERNANDO AREVALO

A todo el que lee *Don Quijote de la Mancha* le suelen surgir dos interrogantes: «¿Cómo sería Don Quijote si hubiese existido de verdad? Y Cervantes, su creador, ¿cómo fué?»

Por desgracia para el mundo, Cervantes no tuvo la suerte que Dante. Este contó con un Giotto, que dejó fijada la vera efigie del Alighieri para que los seres humanos pudiesen contemplar eternamente su perfil inmortal. Y suerte igual gozaron Lope de Vega, Goethe, Kant... Cervantes careció de esa suerte. Su imagen se perdió con las de Homero, Platón, Shakespeare...

Hasta ahora, la pregunta sobre el rostro que fué carne y hueso no tiene respuesta. Pero la que el lector del *Quijote* se hace sobre su protagonista aun la tiene menos, como hecha sobre algo que nunca existió: un ente irreal, sólo visible, con toda su claridad casi tangible, para el genio que lo creó. Pero, como si la inquietud humana buscase la fórmula satisfactoria, casi todos los artistas plásticos que leyeron el *Quijote* han intentado una interpretación del protagonista.

La edición inicial de la primera parte del *Quijote* aparece en Madrid en 1605. La de la segunda parte, en 1615. Un año después moría Miguel de Cervantes, a los sesenta y nueve años. Con él desapareció hasta ahora todo otro rastro de su figura real. Sólo quedó la descripción física que él mismo hizo en el prólogo de su última obra, «con un pie ya en el estribo»:

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y ésos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo, entre dos extremos: ni grande ni pequeño; la color, viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; éste, digo, es el rostro del autor de Don Quijote de la Mancha, *Miguel de Cervantes.*

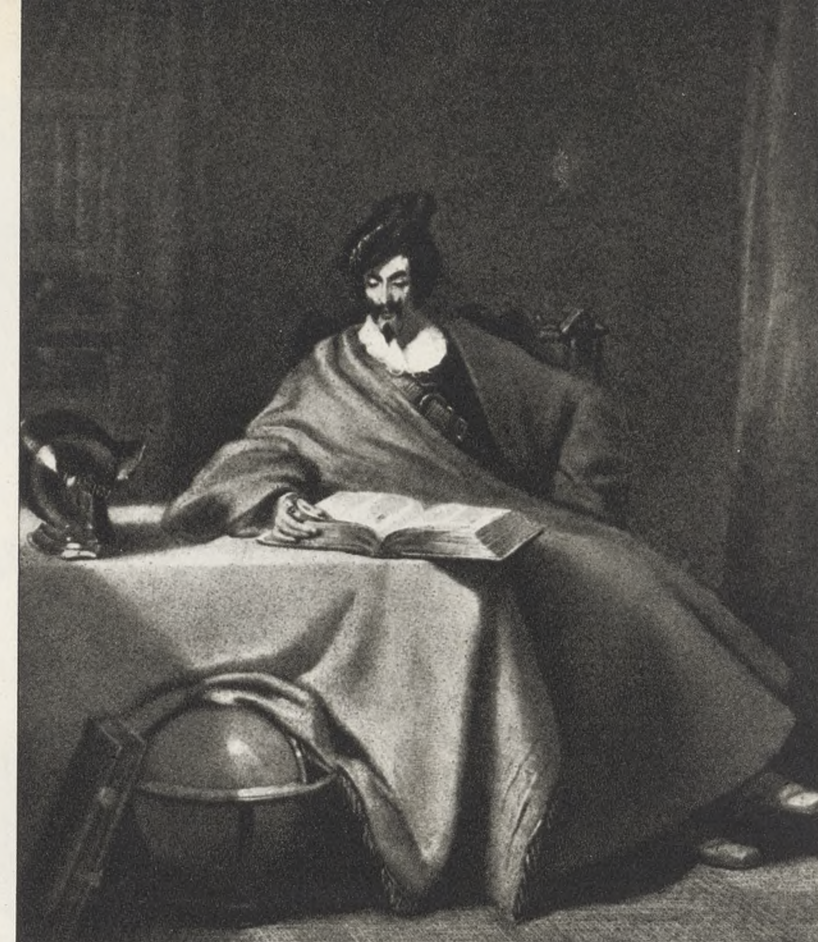
Todavía en vida de Cervantes, el *Quijote* es traducido a otros idiomas. Empieza Inglaterra en 1612; Francia, en 1614. Durante el 1622, Italia; Alemania, el 1648; Holanda, el 1657...

Y al llegar 1958 no queda país sin traducción: Japón, Siberia, Rhodesia, Canadá, Australia, India...

Pero unida a la eterna universalidad que alcanzó la obra del genio, en todas las épocas y países hubo hombres sinceros que pretendieron interpretar la figura de Don Quijote.

Sin embargo, lo curioso en esta pretensión universal por fijar los rasgos que actualizan a este símbolo supremo y universal del caballero del ideal, conforme los artistas plásticos se van acercando y coincidiendo con la figura del personaje, lo que se aparece con más claridad no es sólo su perfil y su contenido, sino también la evolución del pensamiento artístico a lo largo de estos siglos y a través de hombres de todos los países. Y resulta que en esta galería interpretativa, interminable y en constante evolución, las dos únicas cosas inmutables son el signo de perennidad que lleva Don Quijote y la eterna inquietud que gravita sobre el espíritu humano.

Así, aunque la forzada brevedad antológica de una iconografía de Don Quijote no consiga darnos la verdad de su figura, ofrecemos en estas páginas una muy limitada selección de interpretaciones del gran protagonista de la novela cervantina.



He aquí la más asombrosa interpretación romántica. La editó en Londres, en 1834, Hogson, Boys y Craves. El grabado por J. E. Combs está tomado del cuadro «Don Quijote en su estudio», de H. Liverseege. Es un Don Quijote fáustico.



Primera versión alemana. Impresión de Matías Götzen, en Francfort, en el año de 1648.



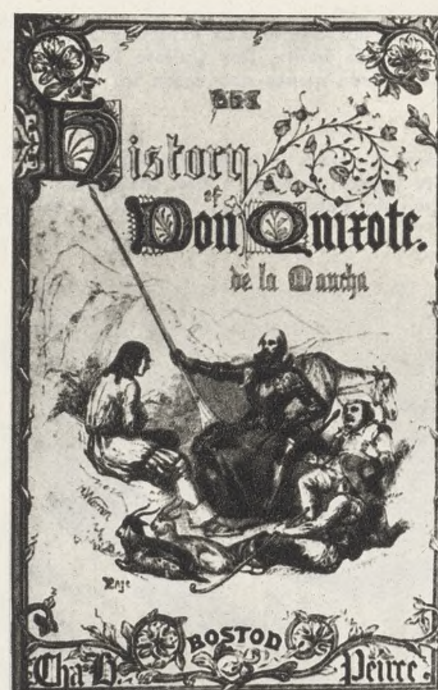
Aparece la interpretación española: 1780. Editor: Ibarra, Madrid. Es bastante tardía, pero desde entonces acaso sea la más fiel.



Goya ha concurrido con esta estampa a una nueva edición del «Quijote» que va a lanzar la Real Academia. Pero el genio tropieza con el tradicional arcaísmo académico y la estampa es rechazada. Con ella muere toda la pintura antigua.



Años después del suspenso académico, Goya graba este aguafuerte de un Quijote nunca visto. Es su venganza. «La vida entera del hombre—decía Goethe—está regida por sus propios fantasmas.» Goya inicia toda la nueva pintura.



Boston, 1858. La geografía norteamericana se ha impuesto al dibujante. Don Quijote está hablando con un auténtico piel roja.



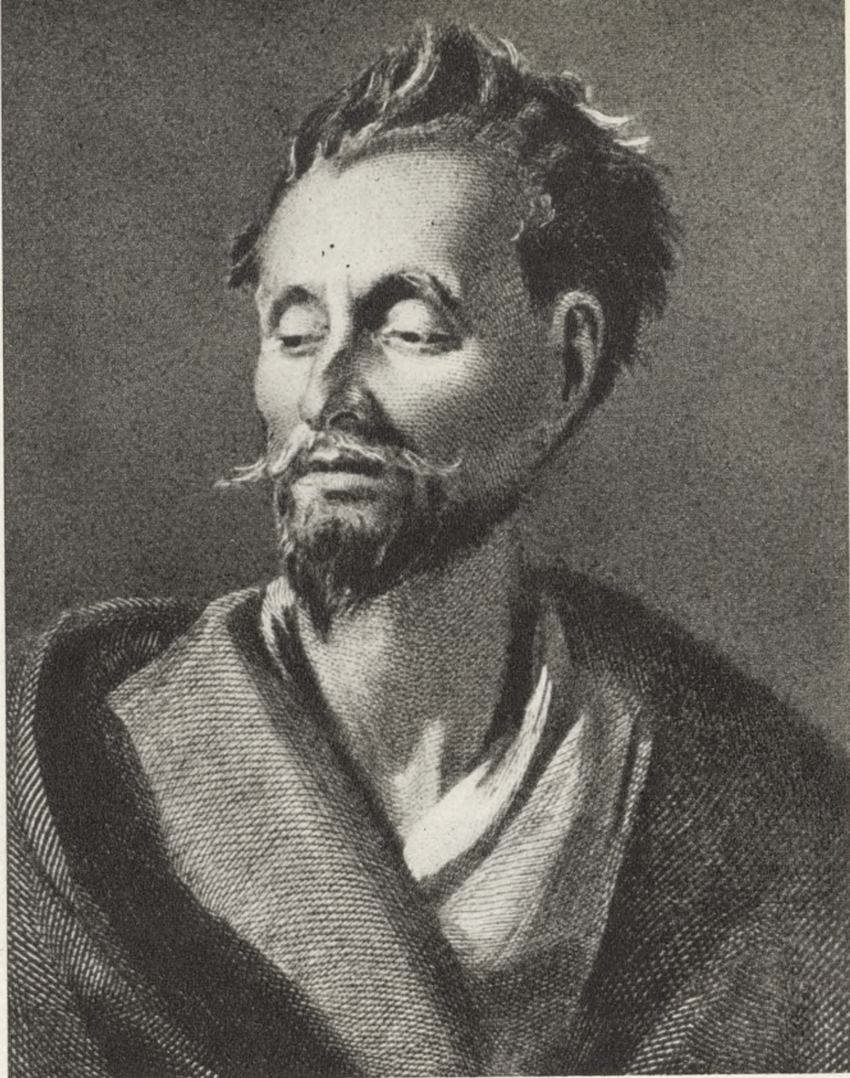
Honorato Daumier, marsellés, alumno de Goya, uno de los fieles intérpretes del Quijote.



A pesar del fuerte influjo de Goya, la iconografía quijotesca de mediados del siglo XIX sigue aferrada a lo académico y romántico. En 1834, el italiano Bartolo Pinelli aun interpreta a Don Quijote como un tristísimo peregrino.



Gustavo Doré (Estrasburgo, 1833-1883). Cumbre máxima de la interpretación del Quijote en el siglo XIX y quizá de todos los tiempos. Editó la casa Hachette, de París, en 1863. Es éste uno de los retratos del Quijote de mayor ternura.





Filadelfia, 1876. Cuadro de Leslie, grabado por Danfort. La expresión pensativa, el pelo alborotado y la luz sobre la pálida frente. Don Quijote se despide del Romanticismo de manera simbólica y nada menos que desde los EE. UU.

1909. El «Quijote» entra en nuestro siglo. Editado en Berlín por Bruno Cassirer y grabado por Carlos Walser, el caballero está visto con candor antiquijotesco, con la falsa unción de un niño aplicado a un arte aviejado antes de morir.

Holanda, más baja que el mar, llana como la palma de la mano, imagina demasiado alta a Sierra Morena, la desorbita y hace aparecer a Don Quijote en un paisaje de los Alpes, frigidísimo. Edición de Zutphen, con dibujos de Scholz.

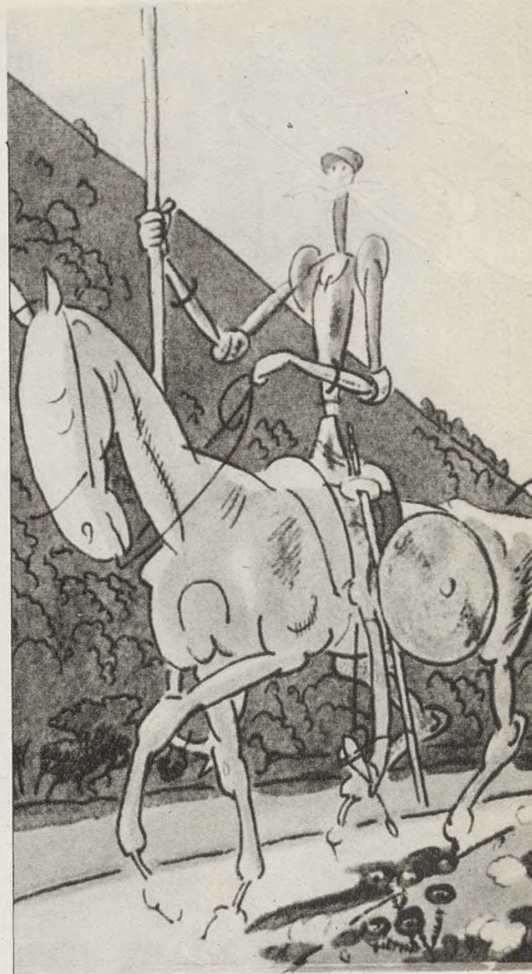
1922. Edición berlinesa de la casa Behers y Feddersen: lámina al boj de Arminio Hasemann. El arte del XVII y XVIII se relacionan. El XIX rompe. El del XX destaca por sus individualidades. Aquí parece estar Don Quijote en un cabaret.











Don Quijote en la U.R.S.S. Lunatcharsky, erudito y escritor, uno de los primeros ministros soviéticos, hizo de la novela, al editarla, una pieza teatral.

Norteamérica otra vez. Edita Doran, de N. Y.; ilustra Jean de la Bosschère. Espléndida edición, rara y bellísima. El simbolismo y la exquisitez intemporal camina hacia la «deshumanización».

Gus Bofa, francés, 1926, nos da un Quijote ilógico, de caricatura para gente superficial, con cierto lirismo.

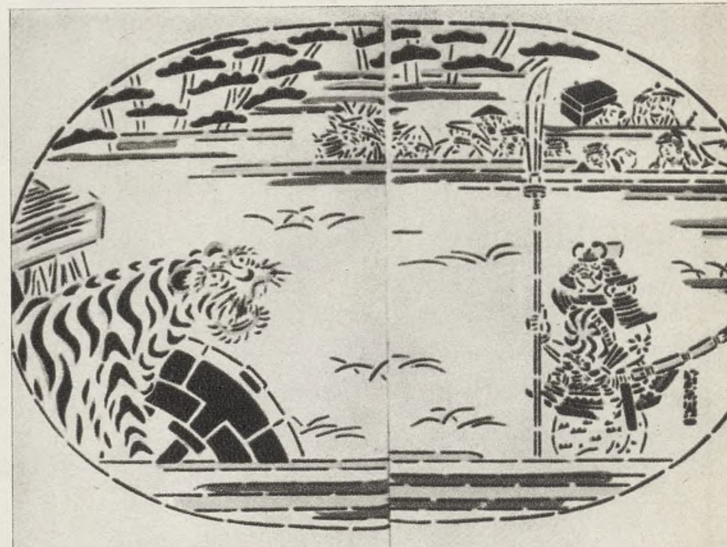
Boston, 1928. Editor, Houghton, Mifflin y Cía. Dibujó Herman I. Bacharach. No se atiene al paisaje, pero sigue la evolución artística europea.

Editions du Balanciers, de Lieja, 1929. Una obra maestra, quizá la mejor en lo que va de siglo. Grabado al boj de Hermann Paul. Ya no hay realismo alguno. Sólo simbolismo y evocación.

Kyoto, 1936. Por el japonés Keisuke Serizawa. A nuestros ojos, Don Quijote es un samurai y el león un tigre.











Don Quijote en la pintura. Quizá sea este cuadro la interpretación más lograda. Lo pintó el español Ignacio Zuloaga. Impresiona la visión de la locura genial y el ascetismo envuelto en un máximo ardor espiritual y sobre la mínima materia. Nos emociona ese sudor de agonía ante la injusticia del mundo que surca el rostro macilento, ensimismado y febril del iluso vencedor en nombre del Ideal. Este Don Quijote es del mismo barro racial que el de Cervantes.

TOROS EN ALAGON

El domingo, 31 marzo de 1957, a las cuatro y media de la tarde

Grandioso Festival Taurino

A BENEFICIO DEL PATRONATO DE LA CASA AMPARO DE ESTA LOCALIDAD

Primera parte. — Con permiso de la Autoridad, bajo su presidencia y si el tiempo no lo impide, serán lidiados, banderilleados y muertos a estoque,

4 Magníficos Novillos Utreros en Puntas, 4

de la ganadería de **D. JOSE CASAS**, de Salamanca, procedentes de **D.ª Carmen Sabrés**, por los famosos novilleros

Sérvulo AZUAJE

de COLOMBIA

Manuel AVILA

de MADRID

Andrés ALVAREZ

de ZARAGOZA

John Fulton, EL YANKEE

de NORTEAMERICA

Sobresaliente: JOSE ALVAREZ

Banderilleros: Tomás Salcedo, *Cubano*. — Eugenio García, *Chico del Matadero*. — Pepe Montañés. — Melchor Soria. — Lázaro Obón. — Eduardo Gallardo. — Manolo Sierra. — Gerardo Jordán, *Blanquito*.

SEGUNDA PARTE
Lidia por aficionados de **UN NOVILLO Utrero Embolado**

Será regalada la carne de este novillo mediante sorteo a los asistentes al GRAN FESTIVAL. — Sólo entrarán en suerte las localidades vendidas.

Director de lidia: Fermín Antón, RELOJERITO.

A la salida de este novillo, se realizará la arriesgada suerte del salto de la garrocha.

PRECIOS DE LAS ENTRADAS

Barrera preferente	75 Ptas.	Contrabarrera de sol	40 Ptas.
Barrera de sol	50 »	Tendido preferente	40 »
Contrabarrera preferente	50 »	Tendido de general	25 »
		Entrada de niños	15 »

Venta de localidades en Zaragoza: **BAR ORO DEL RHIN**, Calle del Requeté Aragonés. — En ALAGON: Taquillas del Ayuntamiento.

Servicio de Autobuses desde las tres de la tarde con salida de Automóviles Agreda

ADVERTENCIAS. — Se observarán todas las prevenciones establecidas por la Autoridad para esta clase de espectáculos.
HABRA SERVICIO DE BAR Y ALMOHADILLAS

No pudo ser más «internacional» la corrida del 31 de marzo de 1957 en el malagueño Alagón.

A lo largo de tres años de actuación en las plazas de México, América Central y Filipinas, Bette Ford arrastra una considerable cantidad de admiradores, que aplauden, además de su arte torero, su belleza.



Bette Ford, en una tarde triunfal, da la clásica vuelta al ruedo con los trofeos arrancados al toro.

EL TIO SAM PISA EL RUEDO

Un torero llamado el "Yankee"

Y una "miss" - Bette Ford - que se enfrenta a los toros

Por JOSE DE SEGURA

CUANDO John Fulton Short llegó a San Miguel Allende, en México, para estudiar en el Instituto de Arte de San Miguel, ya había tomado sus primeras lecciones como torero en su Filadelfia natal. La afición le llegó a Short no por vía familiar, sino a través de un vecino suyo español, que había llevado a los Estados Unidos su ardiente afición por la fiesta brava y el cante flamenco. En el ambiente taurino que emanaba de aquel español, John Fulton Short se había ido dejando ganar por el temperamento de su vecino, adquiriendo un conocimiento teórico y práctico del baile y folklore andaluces verdaderamente amplio.

Sin embargo, probablemente no hubiera pasado de aquí a no ser por este viaje a México.

Cuando miss Ford no torea, aprovecha la oportunidad para asistir como espectadora a la fiesta.

Bette Ford no se pierde festival o tienta que estén a su alcance. Así la vemos, en la fotografía inferior, en una placita campera, con la periodista norteamericana y experta en materia taurina True Bowen.

Discípulo aventajado de la Escuela de Arte Industrial de Filadelfia, Jonh F. Short obtuvo una beca para cursar estudios en el Instituto de Arte de San Miguel Allende. Y con su contacto directo con el ambiente hispánico, su presencia real en auténticas corridas de toros, se decidió terminantemente el futuro de su vida.

Pronto la afición torera superó a la vocación artística. Empezó por llevar a sus lienzos escenas de las corridas, pero pronto sintióse irrefrenablemente tentado a ser protagonista en ellas. Conoció algunos novilleros y comenzó a tomar lecciones. Pero como sus medios económicos no le permitían pagar las clases en moneda contante y sonante, daba, a cambio de ellas, lecciones de esgrima. Y mientras entre los torerillos de San Miguel se extendía la afición del sable y el florete, el estudiante de Filadelfia manejaba cada vez con más habilidad el estoque y la muleta.

Naturalmente, los padres de Fulton, allá, en el Norte, no recibían con buen talante las noticias que le llegaban desde México. Y cuando el hijo les comunicó su decisión de hacerse torero, una carta a vuelta de correo dió a entender claramente a John que, si en realidad estaba decidido a ello, tendría que hacer la guerra por su cuenta.

Y he aquí como aquel muchacho de dieciocho años, que había descubierto su auténtica y clara vocación, y estaba decidido a seguirla, privado del auxilio económico de su familia y metido, por ende, de lleno en un aprendizaje lento, difícil y costoso, hubo de quemar todas sus naves, vendiendo sucesivamente sus pinturas, su equipo y hasta parte de su ropa para poder seguir viviendo en aquella ciudad, que le daba la ocasión de participar en algunas tientas y le abría el camino hasta las plazas.

Ya comenzaba a ser tomado en serio aquel muchacho alto, atlético, buen bailarín de un flamenco más o menos sofisticado, que había tomado con tenacidad sajona su propósito de emular a Machaquito, cuando la obligatoria incorporación a filas, en el Ejército de los Estados Unidos, pareció que iba a enfriar aquellos propósitos. Sin embargo, no solamente Fulton no dejó un solo día de practicar ejercicios con el capote, la muleta y el estoque, sino que se las arregló para firmar dos corridas, en plazas situadas en la frontera de Norteamérica con México, durante el tiempo que estuvo destinado en el fuerte Sam *(Pasa a la pág. 51.)*



«LOS PRADOS DEL ESPACIO».



EL PINTOR ANTONIO AGUIRRE

EN estas dos páginas, como en la portada de nuestro número, tiene el lector una sucinta muestra de lo que es el arte de Antonio Aguirre. Este pintor español, alejado de exhibiciones, certámenes o cualquiera otra labor espectacular o comercial, está realizando una de las más originales empresas en el campo de la ilustración. Sus cuadros, de un simbolismo rico y característico, de una ternura y un encanto significativo singular, nos abren para la pintura posibilidades realmente mágicas y desconocidas. Cada cuadro de Antonio Aguirre es una historia a la vez sencilla y complicadísima. El poder evocador de sus temas, la delicada emoción de sus composiciones, le han de dar, sin duda, un lugar de excepción en la pintura contemporánea. Quizá no se haya hecho nunca un avance más arriesgado hacia lo que alguien podría denominar, sin posible sentido peyorativo, «pintura literaria». Estas expresiones tienen poder por sí mismas para revisar todos los tópicos y todas las tradiciones más o menos inmediatas. Sólo con una técnica acabadísima, como la de este pintor murciano, se puede dominar un mundo de sensaciones, vaticinios, semejanzas y sueños como el que Antonio Aguirre ha descubierto, y en el que se mueve su afinadísima imaginación. (Fotos: Luz.)

En la página siguiente reproducimos, a todo color, los cuadros de Antonio Aguirre titulados «Caída de tarde y hojas», «Charcos de lluvia» y «Vacaciones en el campo».

AGUIRRE







UNA

ACTUALIDAD DE LA COCINA INDIA

El nombre que tenía la isla de Puerto Rico cuando Colón llegó a sus costas era el de «Borikén», que en lenguaje indio quería decir «Tierra del Altivo Señor». Esta palabra es usada todavía, hasta nuestros días, en el lenguaje lírico de algunos narradores y poetas.

«Los indios borikenses, habitantes de la isla, eran gente afable, pacífica y trabajadora, que vivían en íntimo contacto con la naturaleza», nos dice María Saavedra en su interesante artículo, publicado en *El Mundo*, de San Juan, del que tomamos estas notas.

«Han pasado cuatrocientos sesenta y cuatro años y aun conservamos muchas de sus costumbres; hacemos algunos de los productos que ellos hacían; utilizamos en nuestro idioma algunas de las palabras de su lenguaje. Más aún: todavía comemos algunas de las cosas del mismo modo que ellos las preparaban y las comían. Nosotros hemos podido aprovechar la experiencia que ellos tuvieron.»

EL INGENIO DE LOS INDIOS

Hoy aceptamos como cosa sabida que de la "jigüera" se pueden hacer ditas. Pero a los indios les costó muchos años y muchas experiencias descubrir una cosa que nos parece tan simple. Hoy nos es fácil llamar a uno de nuestros árboles con el nombre de "majagua". Pero a los indios les costó muchos años y muchas experiencias y crear un lenguaje y aplicar una palabra de ese lenguaje al árbol del cual hacían cordeles y sogas. Ellos pasaron los trabajos y tuvieron la experiencia. Nosotros hemos podido aprovecharnos de esa experiencia en nuestro diario vivir.

»Sin tener a su alcance más que sus manos, su ingenio y la naturaleza que le rodeaba, el indio puertorriqueño utilizó esos medios de que disponía para proporcionarse lo que necesitaba. Con sus manos y su ingenio fué arrancando secretos a la naturaleza y fué creando pequeñas industrias y los principios de un arte.» (Almanaque del Pueblo, 1953, producido por la División de Educación de la Comunidad, Departamento de Educación.)

«Por muchos años las naciones de Europa enviaron exploradores al Nuevo Continente. El español Juan Ponce de León fué uno de esos exploradores. Exploró y colonizó la isla de Puerto Rico. Y fué nuestro primer gobernador. Ponce de León fué, además, el primer europeo que pisó una parte de lo que hoy se conoce con el nombre de Estados Unidos.»

NOVEDAD GASTRONOMICA

ALIMENTOS PRINCIPALES

Cuando los españoles llegaron a Puerto Rico se encontraron con que los alimentos principales de los indios aquí eran el maíz, la piña, la yuca y otros. También conocieron el tabaco.

»La yuca era una de las principales fuentes de alimentación de los habitantes, encontrándosela en toda la isla, y con ella los indios hacían casabe, que era llamado entonces "casabí". Actualmente aun se come el casabe, hecho por los campesinos, y también puede comprarse en las plazas del mercado. El casabe es un pan riquísimo, que puede comerse con café o leche, o bien como acompañamiento de cualquier comida.

»El maíz es otro producto alimenticio que consumían los indios. La harina de maíz es muy alimenticia, nos da fuerza y energía, ayuda al crecimiento y a formar los músculos y órganos del cuerpo. Ayuda a formar la sangre y al buen funcionamiento del sistema nervioso.» (Programa Distribución de Alimentos y Negociado de Nutrición y Dietética. Departamento de Salud.)

UNA INTERESANTE INFORMACION

A propósito de este trabajo, resultan oportunas unas indicaciones que remitió a este diario la señorita Berta Cabanillas, ex catedrática de la Universidad de Puerto Rico, referentes a los alimentos que Colón encontró aquí a su llegada. Cita la señorita Cabanillas:

«Cuando Colón descubrió la isla, las prácticas agrícolas de los indios eran muy rudimentarias y los frutos escasos. Había frutas como el guamá, el mamey, la guayaba, el anón, el hicaco, el jobo, la guanábana y otras más, pero no se encontraban ni el coco ni el mangó. El cocotero lo trajo a Puerto Rico fray Diego Lorenzo en el 1549 de las islas de Cabo Verde. El mangó es oriundo de la India y se cree que los navegantes portugueses lo trajeron al Brasil; de allí se extendió a las islas del Caribe y llegó a Puerto Rico a mediados del siglo XVIII.»

Dice también la señorita Cabanillas que el panapén y el plátano no se daban abundantemente hace cuatrocientos cincuenta y cinco años ni era la única fuente alimenticia en este pueblo. El plátano lo trajo un fraile dominico, Tomás de Berlanga, en el 1516, de las islas Canarias, y lo sembró en el huerto de un convento en Santo Domingo. El panapén (o la pana), oriundo de las islas del sur del Pacífico, lo trajeron los marinos ingleses de la isla de Tahití, en el año 1793, a las Antillas inglesas. De las islas de San Vicente y Jamaica, su cultivo se extendió a las demás islas.

«El primer intento de traer el panapén fracasó en el año 1788, pues venía en el barco *Bounty*, fletado por el Gobierno inglés, y, al amotinarse la tripulación, echaron al agua más de mil arbolitos de panapén que traían. Este incidente es el tema de la novela *Mutinity con the "Bounty"*. Más tarde el Gobierno inglés envió otro barco, el *Providencia*, que llegó felizmente a su destino con tan preciado cargamento.»

NO HABIA POLLOS

Explica Berta Cabanillas que tampoco había pollos para el 1493 en la Isla, ni bueyes, ni cerdos. El indio cazaba el guaraguao, el múcaro, las tórtolas y la uaguaza y otras aves marinas, y pescaba en los ríos y ensenadas los dajaos, las lisas, las guabinas y los jureles, etc., para su alimentación. En 1505 Vicente Yáñez Pinzón, quien pensaba colonizar la Isla, soltó en los montes de los Pozos de Aguada una manada de cabras y cerdos.

Más tarde, en el 1509, cuando Ponce de León se trasladó de su finca del Higuey, en la Española, para Borinquen, con su familia, trajo el primer ganado vacuno. Las gallinas, gallos y palomas se trajeron de España a principios del siglo XVI y las gallinas de Guinea las trajo el padre Diego Lorenzo en el 1549, además del cocotero, ya mencionado.

Relacionado con este mismo asunto, por su parte, la señora Rosa M. Torres, del Departamento de Economía Doméstica (Universidad de Puerto Rico), dice que «el maíz, como todos los cereales, es bajo en proteína. Los alimentos que tienen mucha son las carnes, pescados, huevos, leche y las leguminosas. La yuca, de la cual se hace el casabe, es pobre en proteína. Todos los tubérculos y raíces son deficientes en esta sustancia». Agrega que «una de las falacias más generalizadas aquí y en otros países es la de que el pescado tiene más cantidad de fósforo que otros alimentos, y que éste es necesario para el cerebro exclusivamente. La verdad del caso es que hay mayor cantidad en un vaso de leche, en los "granos" y en otros alimentos vegetales que en el pescado. Todos los nervios necesitan fósforo. El cerebro necesita fósforo porque es un centro nervioso. Así, también lo necesita la sangre y otros tejidos».

Aprovechando la celebración del descubrimiento de Puerto Rico, hoy, 19 de noviembre, facilitamos a nuestras lectoras una receta cuyo ingrediente principal es el maíz, que aprendimos a comer de los indios:

GUANIMES DE MAIZ (PARA 18)

(Del libro *The Art of Caribbean Cookery*, de Carmen Aboy Valldejully.)

A) Una libra de harina de maíz, dos tazas de leche de coco, una taza de miel, media cucharadita de semillas de anís y una cucharadita de sal.

B) Hojas de plátano o pedazos cuadrados de papel de estraza, tres cuartillos de agua hirviendo y tres cucharadas de sal.

1. Mezcle bien los ingredientes incluídos en A).

2. Lave las hojas de plátano y corte en pedazos lo suficientemente grandes para envolver las porciones de la mezcla de la manera siguiente:

Ponga dos cucharadas de la mezcla en el centro de cada hoja y esparza con una cuchara, en forma oblonga. Doble los lados y extremos y amarre firmemente.

3. Cueza los guanimes en el agua hirviendo con sal, incluído en B), sobre fuego moderado, durante cuarenta y cinco minutos, en una olla cubierta. Escurra y sirva en las hojas.

BUDIN INDIO

(Ocho raciones.)

(Cortesía del Negociado de Nutrición y Dietética, Departamento de Salud.)

Dos tercios de taza de harina de maíz, cuatro tazas y media de leche, un cuarto de taza de margarina, media taza de melado, una cucharadita de sal, un cuarto de taza de azúcar y una cucharadita de canela.

PROCEDIMIENTO

1. Tibie tres tazas y media de leche en la parte de arriba del baño de María, a fuego directo.

2. Mezcle la harina de maíz con la taza de leche fría restante. Añada a la leche tibia, moviendo constantemente. Cocine a baño de María durante veinte minutos, moviendo frecuentemente.

3. Añada margarina, melado, sal, azúcar y canela.

4. Vacíe en un molde de hornear engrasado. Hornee a baja temperatura (325 grados F.) por espacio de hora y media. Sirva tibio con crema o mantecado de vainilla.

CASABE

Una y media libras de yucas mondadas y dos cucharaditas de sal.

PROCEDIMIENTO

Ralle las yucas. Exprímalas hasta obtener una masa bien seca. Caliente una sartén. Divida la masa en seis raciones. Extienda una porción, cubriendo el fondo y aplastando hasta formar una capa fina. Dore por ambos lados. Repita lo mismo con cada una de las porciones.

Sirva seis raciones.

PARABOLA DE DON QUIJOTE

Por JAIME EYZAGUIRRE



Al limpiar la tierra de aquellas asperezas y abrojos que le nacieron como fruto inevitable de la primera caída, salió por los confines del mundo el señor Don Quijote. Sobre la limpia imagen del paraíso ha caído una sombra espesa, un sudario de culpable silencio, que la oculta para siempre de la visión de todos los ojos. Y Don Quijote quiere espantar esas nubes, rasgar ese velo y devolver al mundo angustiado la prístina alegría. Sobre su alma abierta pesa el dolor de muchos mortales. Siente el de la viuda solitaria, el del huérfano indigente, el de la doncella forzada. Siente que sobre su carne magra se retuerce, estrangulante, la cadena de muchas opresiones, de muchas injusticias. Y el gemido de los débiles le taladra sin descanso el oído y le estruja el corazón.

¡Oh, qué nostalgia, qué tremenda nostalgia la del paraíso perdido! «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos—se dice el caballero—a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo, mío*... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia... No había la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen...»

¡Y, en cambio, en los días que corren...!

Pero Don Quijote no ha venido al mundo para mesarse el cabello en la desesperación, ni encogerse escéptico de hombros ante la desgracia. El señor hidalgo no es un pesimista. Pero ¡cuidado!, que tampoco es un optimista. A tiempo dejó él los terminachos de marras para los emancipados de la eternidad, para los que en cuatro patas balan ante la diosa razón, o de un par de zancadas se meten a la mutualista sociedad protectora de animales. Tiene muy abiertos los ojos hacia el más allá; se siente libre colaborador de un inmenso plan de restauración universal preestablecido por la Suprema Inteligencia, para que le vengan con pesimismos que siegan de inmediato todo vuelo, ni tampoco con optimismos que intentan construir sobre el solo yo toda la posibilidad

del triunfo. Caballero cristiano, al fin, sabe que por sobre estos resecos ademanes positivistas está la vivificante virtud de la esperanza. Ella es la que le hace sobrellevar con igual serenidad, con igual temple y resolución, el momento feliz que el instante desgraciado. Ella la que le enseña que no hay azar, ni hecho, ni sentido; la que le muestra las cosas, no en su superficie, sino en su hondura; no en su apariencia, sino en su contenido vital. Tiene Don Quijote el ojo avispado del profeta que descifra el enigma, que posee el secreto interior, el nombre verdadero de todas las criaturas. Los molinos son gigantes; las ventas, castillos; las bacías, yelmos; las aldeanas, princesas; las prostitutas, doncellas; el piño de carneros, reluciente escuadrón de caballería. Porque las cosas del mundo—ya lo había dicho San Pablo—semejan visiones de un espejo, son apenas simples imágenes, y la revelación de la verdad, que la enigmática parábola de la Historia oculta a los ojos mortales, pertenece al último día. Entonces se descorrerá el velo, se proyectará toda la luz; los fantasmas de hoy adquirirán contornos precisos e insospechados, y el paraíso perdido se hallará de nuevo y para siempre.

Mientras, recto y tajante como una espada de arcángel, camina el caballero por el umbroso paisaje. Es el vigilante anunciador de la senda olvidada. El portador de la palabra única que clama en el desierto. A su lado, con alas de cuervo, revolotean, enfundados en máscaras de curas, bachilleres y barberos, los sabihondos y artistosos, los mercachifles y politicastros. Y le graznan al oído, de trecho en trecho, consejos de prudencia, de transacción, de sensatez. Pero el andante señor sigue impertérrito, clavada la voluntad en su propósito de liberar a las criaturas oprimidas por el encantamiento, de revelar a cada una su nombre oscurecido. Sobre el corro de fantasmas, de rostros falseados, podría él echar la alocución esperanzada de Ezequiel ante los huesos inermes de la llanura: «Yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis, y pondré sobre vosotros nervios y os cubriré de carne.»

Sí, es una humanidad la que quiere definir Don Quijote. Una humanidad rectificada, vuelta a su primitivo cauce, aliviada ya de la sombra de la caída que manchó por entero la verdad de su faz. El hombre fué creado a imagen y semejanza de Dios. Pero ¿dónde está hoy esa analogía? ¿Y cómo recobrarla?

Por el seso del caballero galoparon las soluciones. «El hombre puede redimirse por las letras», le habló una voz dentro de sí. «El hombre sólo puede salvarse por las armas», le gritó muy alto otra palabra interior. Las letras. Las armas. ¿Cuál camino escoger para rehabilitar al hombre? Pero un día él lo vió todo claro. Un día él comprendió que el fin de las letras es «poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, y entender y hacer que las buenas leyes se guarden. «Fin, por cierto, generoso y alto y digno de grande alabanza—se dijo para sí el pensante hidalgo—, pero no de tanta—agregó bien luego—como merece aquel que a las armas atiende, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida.»

¡Bien venida la justicia que nos traen las letras! Sí, bien venida porque es un atributo de Dios. Pero ¿su único, su principal atributo?... La justicia sola, como don exclusivo, abruma implacable las espaldas del hombre caído. La justicia es el brazo de la ley, y la ley engendra el pecado... La justicia es hija de la letra, y la letra mata.

En cambio, el ejercicio de las armas nos trae la paz. Porque las grandes batallas no se dan para otro objeto que para restablecer el orden, para colocar las cosas en su verdadera escala jerárquica. Y las cosas se congregan en un todo armónico y coherente cuando entre ellas existe atracción, simpatía. Por eso sólo el amor puede traer el dulce sosiego, la quietud perfecta. Cuando Pablo de Tarso mandaba a los efesios a los grandes combates del mundo, les hacía calarse el «yelmo de la salud», revestirse de «la coraza de la justicia», embrazar «el escudo de la fe» y coger, resueltos, «la espada del espíritu, que es la palabra de Dios». ¿Y qué otra palabra puede ser ésta que amor, después de la definición que de él nos ha dado San Juan?

Con esta espada del mayor discernimiento, con esta palabra de vida, es posible redimir al hombre. Sí, sólo la tizona del espíritu puede abrirse camino por la maraña de follones y malandrines que han enmalezado el jardín del universo. Sólo el amor es capaz de evocar la visión del paraíso perdido. Porque sólo a través del amor el hombre vuelve a recobrar su analogía con Dios.

Erguido como una columna va por la anchurosa meseta el caballero del testimonio y de la soledad. Curas, bachilleres y barberos le musitan, al pasar, cuerdos recados. Pero él, revestido con las armas de la luz, sigue adelante en su suprema locura, en su indomable esperanza, puestos los ojos allá lejos, en esos cielos nuevos y tierra nueva, donde morará la justicia, salvada del peso angustioso de la letra y bajo el signo inescrutable y definitivo del Amor.

ESPAÑA DE DIOS

Acaso fuera de Rusia no exista en esa tierra de Europa, tan visitada por la emoción histórica, otro pueblo que España en que el problema de Dios haya llegado a constituirse en eje polarizador de toda la existencia colectiva. No es que al alemán, al francés o al italiano les falte la inquietud religiosa. Allí está el rico tesoro espiritual que han acumulado desde siglos para mostrar lo contrario. Sólo que en estos pueblos lo religioso ha permanecido más bien en el plano de los valores intemporales, mientras que en España se ha inyectado en la carne misma nacional, hasta hacerse componente impostergable y decisivo de la vida concreta.

Con la Edad Moderna el hombre europeo produjo la ruptura entre el mundo de la gracia y el mundo de la naturaleza y se lanzó a experiencias culturales por entero secularizadas, mientras el español siguió guardando su postura interior intacta y mantuvo por mucho tiempo su empeño de integrar la cultura en el plan de Dios, sintiéndose a la manera de colaborador apasionado del advenimiento de su reino. Y así, cuando el determinismo pesimista de Lutero triunfaba en Alemania, la teología de la esperanza, de la misericordia y de la libertad vencía por manos españolas en Trento; y cuando Descartes inauguraba en Francia el imperio de la razón, Don Quijote deambulaba por los caminos de Dios quebrando lanzas y cosechando zurras por la razón de la sinrazón, por el triunfo del loco amor sobre la fría y calculadora inteligencia.

Porque el español no es el superhombre de Nietzsche, ni el hombre-idea de Hegel, ni el hombre bueno por naturaleza del pastoril Juan Jacobo. Es el concreto descendiente de Adán, de carne y hueso, sujeto a la tentación, propicio a la caída y capaz de salvarse por la obra de la gracia y de la libertad. Francia, Alemania o Italia, como conglomerados históricos, pueden realizar, sin detrimento de su esencia misma nacional, formas de cultura independiente de Dios. España, en cambio, po-





drá estar con Dios o contra Dios, pero jamás sin Dios.

Para que tengan valor, para que sus formas culturales se salven del olvido y del desgaste de los años, tendrán que llevar la impronta de ese combate entre la luz y las tinieblas, de esa angustiada brega entre el nuevo Jacob y el Angel del Señor, que es la nota característica de su existencia. No por otro motivo, al fin, perduran los lienzos místicos de Zurbarán junto a los caprichos procaces y hasta blasfemos de Goya, el éxtasis celeste de Juan de la Cruz al lado del mundo de tentación y de caída de la Celestina y del Tenorio. Porque la vida de España es la lucha del hombre por la salvación de su alma elevada a la potencia de historia nacional.

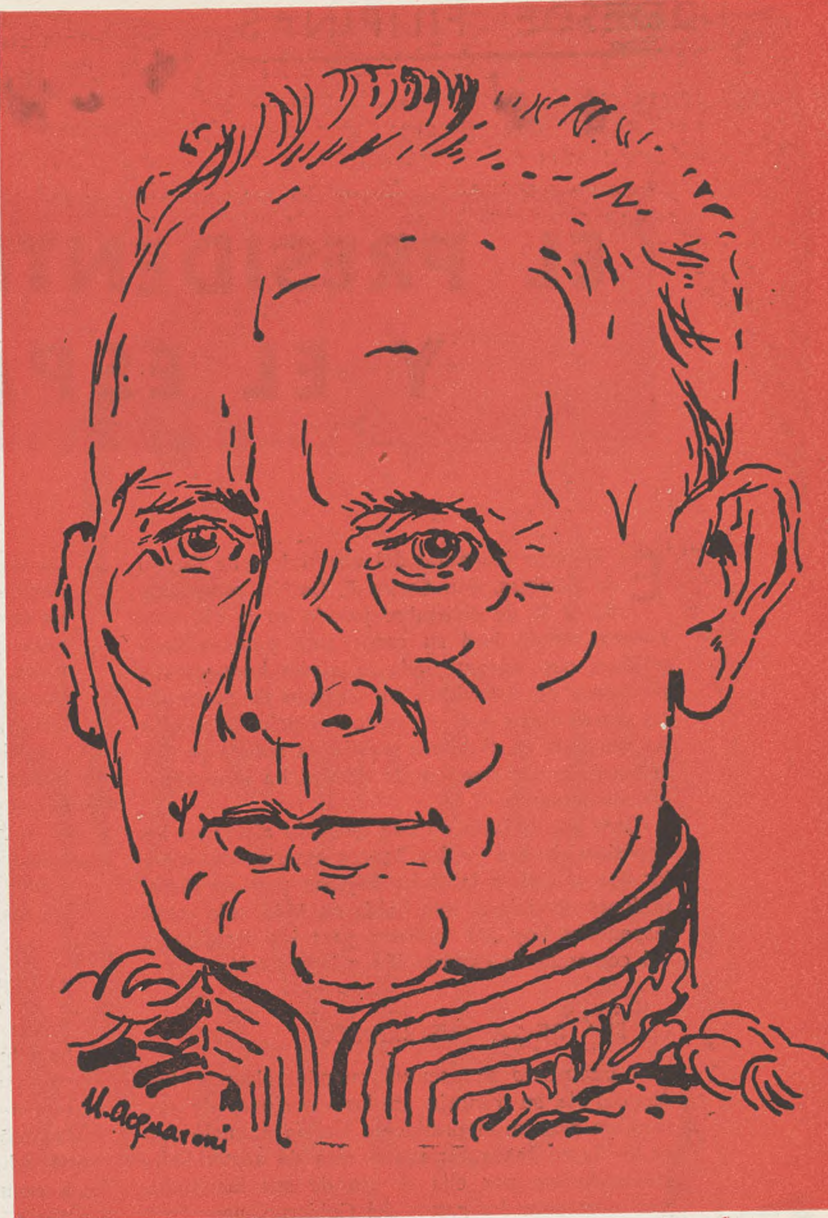
Nada hay más extraño para el español que la necia fe en el personal valer. El es el implacable ariete de su propio mundo interior, la negación de sí mismo, la entrega abierta y apasionada, sin aguardar retorno ni recompensa, la viva actitud evangélica de perder el alma para ganarla.

España está siempre en tono de agitación, nunca en postura definitiva, acabada. Sabe que está de paso, que su plenitud no es de aquí abajo, que su complemento definitivo está fuera del tiempo, aunque más de una vez en el tiempo haya visto acercarse a sus manos el reino de Dios. Por eso, en todas las latitudes de su historia, ha estado ella enfocada, con rara uniformidad, hacia la muerte, como coronación de la vida o como meta del desengaño; a esa muerte tras la cual no queda en pie más que una cosa definitiva e imperecedera: Dios.

Esa amarra indestructible con el Eterno le sirve tanto para hacer de sus guerras ardorosas cruzadas o de su pintura un continuo instrumento apologético, como para quemar iglesias, profanar imágenes y gritar las más atroces blasfemias. Y es que en cada una de estas contradictorias posturas hay una manifestación de fe en la existencia de Dios, porque nadie lucha con lo que no existe. Para otros pueblos se ha dado el ateísmo filosófico o el suave y elegante agnosticismo de la Ilustración. Pero para el español no están las posturas académicas. El es el hombre existencial, la agonía en persona. Sólo puede entregarse al odio o al amor; jamás a la tibia indiferencia o al frío cálculo de la razón. De ahí que estén de más las teorías intelectuales y las fórmulas especulativas para explicarse España. A España no se la puede entender. A España se la vive o se la tiene enfrente como un libro sellado.

España no es una fórmula política, ni una escuela pictórica, ni una moda literaria. No es el aire de Velázquez, el ingenio de Cervantes, el soneto perfumado y ondulante de Góngora, el áureo plateresco de Salamanca, el Estado de Felipe II o el pensamiento jurídico de Vitoria. España está, sin duda, en éstas y otras manifestaciones de la estética o del pensamiento, pero está allí sin detenerse, sin agotarse, y no a la manera de «l'art por l'art» de los franceses, o del «suchem um zu suchem, und nicht zu Finden», de los alemanes. Lo propio de España es su postura interior, el fuego apasionado que la guía y la devora, el hambre nunca satisfecha de bien y de verdad. España es el eterno peregrino del absoluto, el buscador incansable de la justicia trascendente en medio del mundo ahito de sí mismo y de sus artificiales creaciones. De ahí el vano esfuerzo de los prestidigitadores de la razón para incluirla en el marco frío de su sistemática. A España se la coge por el corazón, no por la cabeza. Porque España no es una idea, sino una efusión de amor.

El mariscal Cándido Da Silva Rondón, protector de los indios



Por RAUL CALVIMONTES NUÑEZ DEL PRADO

Presidente del Instituto Jurídico del Indio

HA fallecido en Río de Janeiro, a la edad de noventa y tres años, el excelentísimo señor mariscal don Cándido da Silva Rondón.

Desde los dieciséis años, en que se alistó como simple soldado, y sobre todo desde los veinticinco, en que, ya como oficial, empezó a trabajar en la construcción de carreteras y líneas telegráficas en el interior de su país, tuvo que hacer frente al problema de tratar con las poblaciones de indios selvícolas. Aparte de su valor y genialidad como explorador —descubrió ríos, rectificó datos geográficos equivocados, etc.—, fué precisamente el problema humano del contacto con los indios lo que le dió ocasión para desarrollar una personalidad grandiosa y simpática y una obra gloriosa y de memoria imperecedera.

Frente a la política habitual de exterminio, marginación o sometimiento a servidumbre, Rondón—ya desde sus primeros años—practicó una política de paz y amistad, de protección y fundamentalmente de incorporación activa del indio a todos los beneficios de la cultura occidental, sin hacerles perder su personalidad. Política practicada incluso con heroísmo y riesgo propio; recordemos su famosa frase: «Morir antes que matar», cuya aplicación hizo, por otra parte, innecesario también el morir, tanto de sus soldados como de los indios, al hallar, por parte de éstos, la respuesta de una sincera y entusiasta amistad.

El contacto, en vez de la forma antigua de la huída o del combate, revistió una modalidad plenamente amistosa: los indios rompiendo sus flechas y los soldados ofreciendo alimentos, vestidos y medicinas. Así, desde un sincero humanitarismo laico, recordemos su íntima vinculación con la *Religión de la humanidad*, de Augusto Compte, y con los poderosos medios del Estado moderno; institucionalizó su obra fundando el Servicio de Protección de Indios del Brasil, reactivó, continuó y amplió la misma obra generosa y paternal de los misioneros y posiblemente en él volvieron a encontrar los descendientes de las desbandadas reducciones jesuíticas y franciscanas el antiguo espíritu de protección, que había sido olvidado en la crudelísima expansión del puro colonialismo económico del siglo XIX.

Hay que señalar, en honor del Estado y pueblo brasileños, que precisamente por esta labor generosa y humanitaria y por acuerdo unánime del H. Congreso del Brasil, le fué conferido el grado de mariscal el 5 de mayo de 1956.

Las dificultades para esta obra de incorporación efectiva a la civilización eran enormes. Ya hemos aludido antes al peso de una tradición negativa de explotación y exterminio. Pero esto era lo de menos; hay que pensar en las enormes extensiones, en el clima, en la absoluta falta de vías de comunicación, en la selva, con toda su carga de misterio y de peligro, y en el carácter mismo del indio selvícola, al tiempo cruel y tímido, crueldad y timidez agravadas por el trato inhumano habitual en aquel momento. Piénsese además en que, hasta muy entrada su vida, Rondón no dispuso de un apoyo suficiente, y los medios materiales y jurídicos eran muy débiles, por razón del alejamiento respecto a los grandes centros de poder y de cultura y a la omnipotencia local de los caucheros, buscadores de oro, ganaderos y otros colonizadores, movidos por el puro interés material, de los cuales las autoridades locales eran una mera proyección. En cambio, en varios lugares fué vigorosamente apoyado por los misioneros, que cumplían y cumplen todavía su hermosa labor cristiana.

Con el tiempo, el valor de la obra del mariscal Rondón fué reconocido por todo el mundo; no sólo por su propia patria, el Brasil, como ya hemos dicho, sino por todo el indigenismo constructivo y no partidista de ambas Américas y por todas las minorías preocupadas por los problemas de contacto entre razas y culturas en todo el mundo. Fué uno de los candidatos más señalados para el Premio Nóbel de la Paz en los últimos años.

Más profundo aún fué el reflejo de su poderosa personalidad en todas las capas del Brasil; desde los indios hasta los emigrados recientes, la literatura e incluso el folklore, habían recogido su huella. El mismo país y los mismos hombres que él había expresado en sus libros y en sus maravillosas colecciones fotográficas guardarán su memoria—con razón se ha podido decir que era un hombre de leyenda—y llorarán por generaciones enteras su muerte.

La gloria oficial y popular y la extrema senectud no le impidieron seguir trabajando hasta el último momento. Ya tenía noventa años cuando los indios caravantes, venidos desde lo más profundo de la selva, fueron hasta su residencia de Copacabana a rendirle homenaje. En el II Congreso Hispanolusofilipino y Americano de Derecho Penal y Penitenciario, reunido en São Paulo el mes de enero de 1955, fué creado el Instituto Jurídico del Indio, siendo aclamado como presidente honorario perpetuo de este Instituto el mariscal Rondón.

El Instituto Jurídico del Indio expresa su dolor por la irreparable pérdida que su muerte significa para todos nuestros pueblos y expresa su voluntad de continuar el luminoso ejemplo de servicio que fué toda la vida del mariscal Cándido da Silva Rondón para la incorporación efectiva del indio selvícola a la cultura occidental.

EL PRESIDENTE GARCIA Y EL ESPAÑOL

El discurso inaugural del nuevo Jefe de Estado de Filipinas, don Carlos P. García, pronunciado el 30 de diciembre pasado en la histórica Luneta, donde juró su cargo ante numerosísimo público, que, durante más de media hora, estuvo pendiente de sus labios, ha disipado de momento las graves dudas que acerca de la Hacienda pública ha suscitado en el ánimo popular la noticia de que el nivel de sus reservas de dólares ha descendido alarmantemente.

Claro que todavía no han quedado afectados los depósitos de oro en los Bancos americanos, sobre los que se asienta la divisa filipina; pero de 10.000 millones de dólares que había en 1948, sólo están disponibles hoy 275 millones para las necesidades del comercio de exportación e importación.

LA ERA DE LA AUSTERIDAD

El pesimismo se acentuó cuando, algunos días después de su victoria en las elecciones de noviembre pasado, el presidente García anunció que su Gobierno inauguraría una «era de austeridad», entendiéndose por ella el uso de sus facultades para cortapisar los gastos del Gobierno, para limitar la importación de ciertos artículos y la prohibición de aquellos no considerados como esenciales para la vida de la nación, para suspender la operación de la ley que permite el canje de ciertos productos domésticos con objetos del extranjero y para imponer otras medidas encaminadas a prevenir la fuga del dólar y evitar el agotamiento de la economía nacional.

La valiente pintura de la realidad hecha por el presidente García ha producido una reacción favorable en el pueblo. Al revés de lo que creían los profesionales de la política, el pueblo no se ha sentido defraudado ni desalentado. Al contrario: a la invitación presidencial de que todo el mundo le ayude a empujar el carro para sacarle de su atascamiento, el pueblo ha respondido disponiéndose a prestar su apoyo al Gobierno y a seguir su caudillaje.

LA HORA DE LA VERDAD

La hora es de peligro y se piden sacrificios. El presidente García ha comprendido que era preferible que el pueblo se dé a tiempo cuenta de la próxima borrasca económica para que afronte tranquila y serenamente la amenaza y le ayude a combatir y vencer el mal. La reacción del pueblo fué de sobriedad, firmeza y decisión. Lo demuestra la ausencia de todo reproche, característico de quien se cree engañado. La actitud popular se ha concretado en este razonamiento: Si otras generaciones de filipinos han sabido ir gustosas al sacrificio para que los que les han de seguir puedan vivir mejor, ¿por qué la actual no ha de aceptarlo con igual disposición de ánimo?

Con sagaz instinto de caudillo, el presidente García orientó a continuación el ánimo de sus oyentes hacia el panorama exterior, donde también les acechan otros peligros. Reconoció, desde luego, que nuestras relaciones con los Estados Unidos de América no pueden ser perturbadas sin grave riesgo de nuestra seguridad exterior; pero también advirtió que no ha habido más remedio que disentir con el Gobierno americano en cuanto se ha puesto en peligro el ejercicio total de nuestra soberanía.

En seguida traspuso las fronteras comunes de las relaciones filipinoamericanas para otear el horizonte más allá de Wáshington. «Conservaremos los lazos de amistad—afirmó su excelencia con énfasis, seguridad y valentía—que nos ligan a España y las Repúblicas hispanoamericanas, con quienes estamos vinculados en espíritu, en cultura y en historia.»

Y el pueblo, como quien se siente de improviso iluminado por una gran lumbrarada, estalló en una ovación cerrada, entusiástica y unánime, mientras el índice presidencial señalaba un rumbo, una orientación y un objeto a nuestros esfuerzos de acreditación en un mundo situado al otro lado de los mares.

ADVERTENCIA Y ADMISION

Esta declaración categórica, rotunda y enérgica ha vibrado en los oídos de los hispanistas filipinos como una advertencia y una admisión. La advertencia se dirige a los que, inspirados en espíritu lugareño, preferirían encerrar el país dentro de la estrechez aldeana de un nacionalismo que se niega a asomarse al mundo exterior, porque, por el contrario, nos invita a ser partícipes, y no meros espectadores envidiosos o resentidos, de una cultura a que no podemos renunciar sin poner en peligro nuestra propia vida.

La admisión presidencial es para todos sus compatriotas, sin distinción de credos políticos ni prejuicios étnicos: Que Filipinas, que ha marchado hace más de cuatrocientos años por la ruta que marcaron los hombres del Occidente, no puede retroceder so pena de involucionar; que la base de nuestra propia cultura hay que buscarla hundida en la profundidad de lo hispánico, y que. lejos de debilitar esta base, hay que robustecerla y reavivarla con un sentido, hondamente vital, de comprensión y propulsión. A España e Hispanoamérica nos unen lazos indisolubles que sólo el espíritu, la cultura y la Historia pueden tejer, cadenas irrompibles forjadas por siglos de convivencia.

EL PORVENIR DEL ESPAÑOL EN FILIPINAS

Antes de ascender a la más alta magistratura del país, el que estas líneas escribe tuvo una conferencia con el entonces secretario del Exterior y vicepresidente, Carlos P. García. Fué en aquellos días en que ciertos elementos, empujados por la incomprensión, tal vez por la ignorancia, pero nunca por la mala fe—hay que admitirlo con nobleza—, trabajaban por disociarnos de la Hispanidad al tratar de romper estos vínculos. El primero y más vital de todos ellos era el idioma, que es no sólo de España, sino de veinte Repúblicas. García tuvo palabras de aliento para el entrevistador. Para él no la conservación, sino la revitalización de estos vínculos era esencial para la vida exterior de Filipinas.

Y hoy, ocupando, por derecho propio, el palacio de Malacañang, tan español como el nombre de nuestra patria, el primer acto de García ha sido reafirmar aquella fe. De ese modo ha asegurado la pervivencia de lo hispánico en Filipinas como idioma y como cultura.

Pero, ¡cuidado! Ya se han ganado dos victorias. ¡No hay que dormir sobre estos laureles! Pueden marchitarse sin una continua y alerta vigilancia...

Antonio M. Abad

EL CIRCULO DE PROFESORES IBEROAMERICANOS

Desde hace tiempo funciona en Madrid, como sociedad adherida a la Oficina de Educación Iberoamericana, el Círculo de Profesores Iberoamericanos. En el corto tiempo de su existencia, el Círculo ha desarrollado ya una intensa actividad, y la nueva Junta directiva, elegida recientemente, planea dar un impulso notable a aquellas actividades que ya vienen realizándose. El Círculo es una entidad con múltiples finalidades profesionales, entre las cuales ocupa lugar preferente la de intercambiar experiencias de carácter docente y planear y realizar todas las actividades que puedan cooperar en el perfeccionamiento de la formación profesional. Asimismo, y en conexión con la Oficina de Educación Iberoamericana, cuya sede, como la del Círculo de Profesores, radica en el Instituto de Cultura Hispánica, pretende ampliar el conocimiento de la realidad educativa iberoamericana y los problemas implicados en ella, así como impulsar la asistencia mutua de sus miembros para el mejor aprovechamiento de sus trabajos y estudios.

Como hemos señalado, acaba de constituirse la nueva Junta directiva de este Círculo. En un acto solemne celebrado en el salón de embajadores del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, los representantes de la Oficina de Educación Iberoamericana y del Instituto de Cultura Hispánica dieron posesión de sus cargos a los nuevos directivos de la Asociación.

Hablaron el señor Alvarez Romero, jefe del Departamento de Intercambio Cultural del Instituto de Cultura Hispánica, quien ofreció la colaboración y ayuda del Instituto para todas las tareas del Círculo, y el secretario adjunto de la Oficina de Educación Iberoamericana, don Hugo Muñoz.

La Comisión directiva del Círculo de Profesores Iberoamericanos ha quedado constituída de la siguiente forma:

Presidente, don Julio Lozano Hurtado (Colombia); vicepresidente, don Hugo A. Espejo Pacheco (Perú); secretaria de Cultura y Propaganda, señorita María del Rosario de Digiovanni (Argentina); secretaria de Relaciones Iberoamericanas, señorita Lina Schalchli (Chile), y secretario general, don Ernesto Landívar Guzmán (Bolivia).

En el plan de trabajo de este nuevo equipo del Círculo de Profesores Iberoamericanos figuran los siguientes extremos:

1.° Fundar la cátedra del educador iberoamericano.

2.° Intensificar nexos entre el profesorado y el Ministerio de Educación, con visitas a planteles educativos, granjas-escuelas, talleres, enseñanza laboral, etc.

3.° Acreditar misiones en los países.

4.° Publicación de un boletín.

5.° Coloquio iberoamericano sobre problemas educativos entre los profesores del Círculo y los agregados culturales, auspiciado por el Ministerio de Educación Nacional.

6.° Proyección de documentales cinematográficos con fines didácticos.

7.° II Exposición Bibliográfica.

12 SONETOS EVANGELICOS

LA CONVERSION DEL AGUA EN VINO

Habla Jesús. Y el agua, ruborosa,
miróse y ya no era. En la cintura
le brotaba un hervor de calentura,
una llama de mosto luminosa.

Por el temblor del vino, cada cosa
del silencio emergía en su blancura:
asombro ya confín, vida ya altura,
duda ya plenitud, lirio ya rosa.

Caná crecido en mirtos y palomas.
Sobre la sed del cactus y la higuera
la Creación vibraba en profecía.

Y al júbilo de valles y de lomas,
hubo un abril de amor, sin primavera,
reflejado en los ojos de María.

FRANCISCO GARFIAS

LA PESCA MILAGROSA

Tan sólo helada luz. La luna helada
titilaba en las redes. Lentamente,
como un llanto pausado y persistente,
iban las gotas a la mar callada.

No pescó Simón Pedro. Su mirada
era de sombra y de dolor silente.
Sobre la oscura pena de su frente,
una mudez de piedra sosegada.

Al mar los pescadores con sus penas,
dijo entonces Jesús que retornaran,
y regresaron con las redes llenas.

Y nadie comprendió que abandonaran
su ambicionada carga en las arenas
y a pescar hombres con Jesús marcharan.

RAFAEL MORALES

JESUS ESCAPA DE SUS ENEMIGOS

¿No es ya un milagro ver al peregrino
que regresa en amor, libre de peso,
a su Patria buscando sólo el beso
de la luz, de la madre y del camino?

¿No fué bastante ver el cristalino
fulgor de tu mirada en el opreso
para sentirse libre, hueso a hueso,
sin pedir mayor prueba a lo divino?

Pero no tiene ojos quien no adora.
Por eso ante un airado y loco empeño
sólo a un santo temblor das la evidencia

del misterioso escape de la aurora...
Y mientras huye la verdad de un sueño,
queda el milagro triste de Tu ausencia.

MANUEL DIEZ CRESPO

LA RESURRECCION DEL HIJO DE LA VIUDA DE NAIN

El escuchó... Pasaba por la puerta
de la ciudad la muerte. Allí, tendido,
el hijo de la viuda. Y el gemido,
sobre el silencio de la carne muerta.

Una madre lloraba. Estaba cierta
de lo definitivamente ido.
Pero la vió Jesús compadecido,
y habló la voz que todo lo concierta:

A ella: *No llores*... Y a él: *Alzate, digo,*
y el aire enamorado fué testigo
de aquel cuerpo en su nueva amanecida.

Desde Naín a Nazareth llevaban
la noticia las aves, y cantaban:
Soy la resurrección y soy la vida.

José GARCIA NIETO

LA TEMPESTAD CALMADA

El barco desancló moviendo remos...
Busquemos la otra orilla de este lago.
¡Oh el sueño de Jesús; del sueño un trago
bebido entre sus párpados serenos!

¡Maestro, nos ahogamos, perecemos!
Las olas deshicieron el halago
y echáronse a rodar. Con gesto vago,
Jesús apacentó el caudal de truenos.

¡Parad y descended! Quiero que sea.
Condujo, tripulante sin aliento,
la nave, toda en calma, a Galilea.

¿Quién es éste que manda sobre el viento
y detiene a la mar, que ni aletea?
¿Adónde vuestra fe?, se oyó, violento.

Carmen CONDE

«YO SOY»

¿A quién buscáis? La voz tan a floresta
sonaba, con tan manso y firme acento,
que antorchas y linternas, un momento,
fijas quedaron y su lumbre enhiesta.

A Jesús Nazareno, alguien contesta.
Yo soy. Y se derrumba, ante el violento
soplo del declarado advenimiento,
la carne pusilánime y mampuesta.

Yo soy. El ser se es. Se nombra el Nombre.
El Padre y el Espíritu consisten.
Todo es presencia, luz, ontofanía.

¡Oh Eternidad con Tiempo, Dios con Hombre!
¡Oh voz a quien abismos no resisten!
¡Oh más allá del eco lejanía!

Gerardo DIEGO

JESUS CAMINA SOBRE LAS OLAS

Andariego fantasma de azucena,
el paso por las olas adelanta;
el agua pechos vivos da a su planta.
y los peces ignóranse patena.

El viento fiero, airado, se serena.
Hacia Genesaret la noche canta:
Eres hijo de Dios. La estela santa
y un lucero de sal sobre la arena.

En la cuarta vigilia de mi noche
espérote en mi barca, arisco leño.
Treinta estadios, Señor, de tus orillas.

Dudo con Pedro. Ansío tu reproche.
Tu huella, anclada en su primor isleño,
me sostendrá las sangres de rodillas.

Ginés DE ALBAREDA

LA MULTIPLICACION DE LOS PANES Y LOS PECES

Tú, multiplicador de panes y de peces
y, antes, de átomos, células, cristales, nebulosas,
propagador eterno de esferas luminosas
y de ese espacio azul en que ardiendo las meces.

Tú, sembrador de vida, soplas el barro a veces,
y es vida el pensamiento (y el pensamiento hoy osas
libertar). Propagante, amante, no reposas,
¡oh inventor!, creación, multiplicando acreces.

Mira (multiplicados) los dolores y afanes
—más que peces en lo hondo, más que espigas en tierra—
del hombre (libre). Hambriento, clama. ¿Rugidos, preces?

Tú, que multiplicabas los peces y los panes,
salva al hombre; destruye la iniquidad, la guerra;
multiplícanos paz, pan, justicia, amor, peces.

Dámaso ALONSO

LA MONEDA Y EL PEZ

Tú eres Dios como es día la presencia
clara y serena de la madrugada.
Como en el pensamiento la acabada
línea clara y solar de la evidencia.

Sin noche de vacío ni de ausencia,
todo llenez en medio de la nada,
rendías tu humildad a la empinada
locura de la humana suficiencia.

Que pague hasta la deuda no debida.
Dame un andar sin música de halago.
Señor, hazme invisible por la vida.

Tú proveerás moneda para el pago.
La renta del humilde está escondida
en la orilla y el pez de cualquier lago.

José María PEMAN

LA RESURRECCION DE LAZARO

Se rompió la costumbre que oscilaba
del aljibe al hogar. La muerte era
como un cántaro roto. En la primera
holganza de dolor, Marta lloraba.

María era de amor y la oreaba
el bálsamo en las manos una espera
de estar siéndole ya a la primavera
el hedor del hermano. Dios llegaba.

Llegaba con su cuerpo, semejante
al de Lázaro vivo, amenazado
y salvador. La roca se le abría

hablando hacia el abismo, dominante.
Y era su voz la de crear. Nombrado
y reunido, Lázaro volvía.

Dionisio RIDRUEJO

LA HIGUERA MALDITA

Bajo de su ala grácil la palmera
te cobijó, Señor. Y en tu camino
la espiga dócil y la flor de lino
reconocieron tu presencia. Era

la hora limpia de la primavera
de su palabra en flor. El pan y el vino,
y el almendro y la rosa y el endrino
supieron de tu amor. Sólo la higuera,

negada al fruto y al amor negada,
como el alma al pecado avecindada,
no supo a tu llamada responderte.

Y la higuera, de Dios desposeída,
en su aridez mortal cayó abatida
como el alma al pecado avecinada,

P. Félix GARCIA

LA RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO

Jairo imploró a Jesús que le siguiera
—ya su hija estaría amortajada—.
¡Será como una rosa incinerada
que apenas conoció la primavera!

Un sepulcro la humilde casa era.
Fuera quedó la sangre restañada.
El pueblo se hizo voz acongojada,
lacrimosa, mortal y plañidera.

Y al pasarle la mano por la frente
Jesús: «Duerme—negó—serenamente...»
Estaba muerta, y El, el Dios humano,

la aventó omnipotente hacia la vida;
volvió a su andar la sangre contenida
con el solo contacto de su mano.

Adriano DEL VALLE







«La Oración del Huerto» es seguramente la obra más universal de Salzillo. La luz maravillosa de la mañana primaveral acentúa el armónico contraste entre la belleza del ángel y la humana angustia de Dios.

En la procesión del Santo Entierro, la noche del Viernes, este grupo: la «Virgen de las Angustias».



MURCIA

UN VIERNES SANTO A LA LUZ DEL DIA

Para echar a andar, la "Dolorosa" espera a la puerta de su iglesia a que le dé en la cara el primer rayo de sol

Por JOAQUIN CAMPILLO

CUANDO llega la Semana Santa, por muy adelantada que venga, Murcia ya está ganada para la primavera. Como los huertos andan aún cautivos dentro de la ciudad, el perfume de la flor del naranjo acude desde todas las esquinas, y las palmeras son como abanicos gigantescos que alivian el calor que ya se inicia.

Murcia es, evidentemente, una ciudad de transición. Pero su *transición* no ha de in-

Los pasos de Salzillo son para verlos bañados de sol. Y ningún sol mejor, más barroco y salzillesco, que este de Murcia, que exalta la fragancia de la huerta y parece policromar la ciudad entera al paso de la bellísima procesión del Viernes Santo. En la página anterior: los pasos de «La Flagelación», «San Juan» y «La Caída», con una escena colorista de la procesión: nazarenos con largas trompetas. (Foto color: Lara.)

La bellísima «Dolorosa» de Salzillo pasa, en el desfile procesional de la mañana del Viernes Santo, ante la catedral, que lanza al cielo su pujante torre barroca.

Ante la iglesia de Jesús, penitentes de todas las clases sociales de Murcia aguardan el momento de vestirse el capuz para recorrer la ruta penitencial.





←■ La corta túnica de los nazarenos que portan los pasos da ocasión a que luzcan las medias—de «repizco»—, primorosa labor de artesanía murciana.



«El Prendimiento», otro de los pasos salzillescos. La tradición asegura razonablemente que las cabezas de Cristo y Judas fueron talladas en el mismo bloque.



En la procesión del Miércoles Santo por la noche, quizá la más antigua de la ciudad, figura desde hace pocos años este «Lavatorio» de González Moreno.



Los portapasos se transmiten celosamente sus derechos de padres a hijos. En los rostros de estos huertanos se acusa el tremendo peso que soportan.

A los pies de este «Cristo», de Rigustera, los sederos de Murcia colocan, desde hace más de cuatro siglos, unos gusanos de seda hilando sus dorados capullos.



El palacio episcopal de Murcia—bella muestra del barroco cornucopia—sirve de fondo a la delicada imagen de la Verónica, también de Francisco Salzillo.





En el barroquismo del paso de «La Caída», Salzillo vistió caprichosamente a los sayones a la usanza del siglo XVIII, que es decir a la moda de su época. Se sabe que el sayón de la derecha «iba» para ángel.

El popular paso de «La Cena» va ya de recogida. El sol generoso de la primavera murciana está ahora muy alto y los nazarenos que llevan las andas renuevan sus esfuerzos, camino de la iglesia de Jesús.

terpretarse aquí como falta de carácter, sino como sinónimo de postura intermedia, como exacto punto central entre dos extremos. Murcia, equidistante de la Mancha y el mar, en una vega que rezuma agua y a dos pasos del páramo siempre sediento, es ciudad equilibrada, poseedora de esa rara virtud que consiste en el término medio.

Su Semana Santa es también así serena, tensamente equilibrada entre la llamada a la penitencia del tiempo de dolor y el imperioso resonar de una primavera estallante, siempre anticipada. La Semana Mayor en Murcia no elude el momento tremendo de la muerte del Cristo, pero tiene la mirada puesta en el gozo inminente de la Resurrección.

Los que conocen los desfiles pasionarios de Castilla o Andalucía y creen que en ellos se agota toda la Semana Santa española, descubrirán aquí, en el Levante luminoso, algo distinto, nuevo, que no pudieron imaginar.

Sin duda, el centro de mayor interés y lo más conocido es la procesión de la mañana del Viernes Santo, aunque otra cofradía—la del Miércoles, del Cristo de la Sangre—sea más antigua que la primera. De la procesión del Viernes dijo don Elías Tormo que era "la más interesante, en absoluto, de las procesiones españolas". A excepción del Cristo titular, sus pasos son todos de Francisco Salzillo. Y en estas imágenes, como en lo más importante, se centra todo. Es el reconocimiento explícito no sólo del sentido litúrgico de la Semana Santa, sino de la categoría artística de las tallas. Quizá por esta circunstancia categórica no hay en estos desfiles pasionarios ricas vestiduras ni cortejos asombrosos. Los penitentes visten sayales toscos, de tela burda, y arrastran, descalzos muchas veces, pesadas cruces durante horas y horas de interminable desfile.

LAS IMAGENES, A LA LUZ DEL SOL

La piedad popular ha sabido respetar el valor intrínseco de las esculturas y no las recarga con joyas ni ropaje ostentosos, ni siquiera cuando las imágenes son "de vestir", como la *Dolorosa*, por ejemplo. Se limita a realzarlas con peanas cuajadas de flores o—tal es el caso de la *Cena*—con toda la riqueza de unos manjares en los que, aparte de las viandas rituales en la Pascua judía, hay todo lo que puede concebirse como recreo del paladar y de la vista.

Salzillo creó sus obras sin duda para que fuesen admiradas a pleno sol. Y esta condición, que se advierte de inmediato, viene marcándose desde antiguo con una especie de rito celosamente conservado. La procesión—larga, larguísima—comienza a salir de la iglesia de Jesús—en donde las imágenes se veneran durante todo el año—con las primeras horas del alba. Pero la *Dolorosa*, que cierra el cortejo, espera en el marco de la gran puerta, destacándose en la penumbra del templo, hasta que el primer rayo de sol ilumina su rostro angustiado. Y entonces se pone en marcha...

Claro que si el Viernes Santo amanece nublado... Pero esto ocurre, en verdad, muy raras veces. Al que vaya a ver las procesiones de Murcia se le puede garantizar, como parte fundamental del programa, un sol primaveral maravilloso, factor importantísimo de la augusta belleza de esta Semana Santa. Una Semana Santa equilibrada, serena, en la que el sol y el paisaje se funden en las imágenes, y los hombres, más humanos que nunca, se anonadan en el incógnito de unas vestiduras penitenciales toscas, acompañando, tristes y gozosos a la vez, los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo Señor Nuestro.

J. CAMPILLO

LA ECONOMIA MURCIANA

Por MIGUEL LOPEZ GUZMAN

Secretario general de la Cámara de Comercio y director de la Feria Oficial de Muestras de Murcia

Como espolón de la vieja Castilla, ancha y blanca, entre naranjos y santuarios, entre flores y fondos de mar, hállase Murcia, prendida en nostalgias mozárabes.

Paisajes de excepcionales contrastes, paisajes de incomparable belleza.

Once mil trescientos diecisiete kilómetros cuadrados de tierras húmedas y de tierras secas, con olores a pan y albahaca, a frutas y azucenas, a minerales y algas, y con cielo de infinita transparencia.

En su ambiente perviven las huellas del Rey Trovador, de Saavedra Fajardo y Polo de Medina; de Cascales y de Belluga; de Salzillo y Villacis.

De las provincias españolas, Murcia es la decimoséptima por su extensión. Su relieve es de muy diversas altitudes. Empieza en los 25 metros, de la vega, y termina en los 2.000, de Sierra Seca.

El río Segura, sosegado y bravo, manso unas veces y enfurecido otras, sángrase gozoso por entre los azarbes para fertilizarla.

Su costa tiene un desarrollo de 176 kilómetros. Principia en San Juan de los Terreros y acaba en el Torreón de la Horadada. En ella se encuentran los puertos de Cartagena, Aguilas, Mazarrón y San Pedro del Pinatar.

El clima de Murcia es benigno. La temperatura media de la zona donde se halla situada la capital, oscila entre los 18 y 20 grados.

Llueve poco, sobre todo en la parte meridional. Las aguas mán abundantes caen, generalmente, de octubre a enero, cuando produce turbonadas el SO.

Esta región fué siempre de las más pobladas de España. La huerta, la minería, la ganadería y sus industrias fueron riquezas que, unidas al buen clima y excelente posición geográfica, debieron atraer, en otras épocas, a grandes contingentes humanos.

El censo español mandado ejecutar por el conde de Floridablanca en el año 1787, realizado con mucha escrupulosidad, fija al reino de Murcia 337.686 habitantes. En dicho documento se consigna que se hizo "después de tres años de una epidemia casi general en las dos Castillas, reino de Aragón y principado de Cataluña, de la que ha resultado una considerable disminución de habitantes". En el primer censo realizado en España por inscripción nominal, aparece Murcia, provincia, con 380.969, y en el de 1950, con 756.721. La media del aumento natural de población de los últimos diez años es de más de 9.000.

La capital es cabeza de distrito universitario. Cuenta con facultades de Derecho, Ciencias—con nueva sección de Química, Filosofía y Letras—también con nuevas secciones de Filosofía y Filología románica—, dotada de laboratorios y diversos seminarios El total de alumnos matriculados en el curso 1956-57 se elevó a 1.473.

Existen en la provincia diversas escuelas profesionales, que albergan un total de 4.136 alumnos.

El censo de población activa cifrase en 328.542, del que corresponden 206.380 a obreros y 122.162 a empresas agrícolas, comerciales, industriales y navieras.

La huerta de Murcia cubre cinco leguas de longitud por una y media de ancho. Hay quien dijo de ella que es la más fina miniatura que el medievo dejó en estos reinos. La fecundidad de sus tierras, su clima tan benigno, su latitud y altitud y la bondad de sus aguas, tan maravillosamente distribuídas para riegos, la hacen de las más amenas de Europa. Ella crea recursos económicos que se cifran en 1.400.3 millones de pesetas. Su distribución, por grupos de plantas de semejantes aprovechamientos, puede distribuirse así:

PRODUCCIONES	VALOR PESETAS
Cereales y leguminosas	301.745.397
Hortalizas	106.598.932
Raíces, tubérculos y bulbos	132.654.861
Plantas forrajeras	93.201.460
Plantas industriales	136.542.218
Frutales	190.361.874
Agrios	261.840.930
Olivar	63.341.235
Viña	114.036.450
TOTAL	1.400.323.357

La superficie agrícola murciana se distribuye del siguiente modo:

	HECTAREAS
Cultivos de regadío	74.692
Cultivos de secano	632.702
Pastizable	196.867
Monte pinar	122.000
Monte bajo	74.000
Encinar	1.500
Eriales	7.656
Sotos y alamedas	430

Murcia, pues, es región agrícola. No puede decirse



igual en cuanto a su producción ganadera, pero sí destaca la provincia por la calidad de algunas de sus especies. En otros tiempos, Murcia era tierra de mucho ganado, pero fué perdiendo a medida que ganaba su agricultura.

El ganado bovino, porcino y caprino puede calificarse de razas indígenas definidas, que gozan de gran prestigio en el mercado nacional y hasta en el internacional, como lo disfruta la cabra "murciana".

Del ganado vacuno, más de la mitad de su censo es lechero y el resto de trabajo. Este último está formado por ejemplares murcianos, y de sus variedades "calasparreño" y "lorquino". Se produce en toda la zona del valle del Segura. Es animal de fácil y buena doma, no exigente en su alimentación y cuidados e insustituíble en aquellas faenas a las que no se adaptan ni el ganado equino ni las máquinas. Su censo se eleva a 11.859 cabezas.

El ganado porcino, conocido en todo el país por "chato murciano", es comercialmente caracterizado por dos importantes particularidades: su precocidad y su riqueza magra. La primera le hace apreciadísimo por los ganaderos, a los que en un tiempo mínimo comporta el máximo rendimiento, siendo términos corrientes los pesos superiores a 100 kilogramos entre los ocho y diez meses de edad, sin que sean raros los ejemplares que, adecuadamente cebados, rebasan en corto plazo los 300 kilogramos de peso vivo. Por esta razón, Murcia es exportadora de cerdos para recría y engorde a otras provincias de la Mancha, Castilla, Levante y Cataluña.

La cabra murciana goza de fama mundial. Las repúblicas hispanoamericanas las solicitan como raza mejorante. Su facultad lechera es verdaderamente notable. Abundan los ejemplares que sostienen una media de producción durante los siete meses de lactancia de dos litros y medio diarios. Hay otros que alcanzan hasta de cinco o seis, con una riqueza grasa de 5,4 por 100. Es animal muy prolífico, llegando a tener partos de cuatro a cinco chivos. Su piel es de precioso color caoba o negro. Los organismos competentes del Estado vigilan y dirigen esta riqueza.

Sin ponderar el rendimiento total de esta ganadería, sino sólo los productos obtenidos en 1957, puede decirse que se elevó a 256,32 millones de pesetas.

En el aspecto forestal, la provincia cuenta con buenas manifestaciones de monte alto. En ella predomina el pino de Alepo o carrasco, aunque existen extensiones de laricio y pinaster. Hay buenas manchas de encinar y masas del tipo halepensis. Por los montes de Lorca moraban en otros días la cabra montés y el jabalí. Mula cuenta con más de 6.000 hectáreas de monte poblado, y Totana y Alhama, en cuyos términos se sitúa la sierra de Espuña, tienen más de 8.000 hectáreas de pinar, logrado artificialmente en un esfuerzo repoblador sin precedentes en toda la zona del Mediterráneo. Los montes de Murcia, capital, exhiben extensiones jóvenes y florecientes de pinar, que ocupará cerca de las 7.000 hectáreas.

En cuanto a monte bajo, constituye su principal expresión el espartizal, que ocupa unas 140.000 hectáreas, en números redondos, siendo sus principales productores los términos municipales de Jumilla, Yecla, Lorca, Cieza, Calasparra, Caravaca y Albanilla.

La propiedad de los pinares de esta provincia se considera así dividida:

	HECTAREAS
Del Estado	25.000
De los pueblos	22.200
De particulares	41.281

La riqueza arbórea total, existencias maderables, se estima en 665.000 metros cúbicos, con una posibilidad media o renta en especie del orden de los 8.500 metros cúbicos. Sólo los tres macizos montañosos de Espuña, Ricote y Coto Real, sometidos a proyectos de ordenación, suman una posibilidad global maderable de 2.600 metros cúbicos escasos, cifra que, por lo menguada, demuestra la debilidad de los crecimientos a consecuencia de la escasa humedad del ambiente.

La caza tiene hoy su principal centro en la sierra de Carrascoy, en la que existen cotos particulares de importancia. Abundan aquí conejos, liebres y perdices. En la sierra de Espuña—de lo más pintoresco de estos lugares—, además de estas especies, hay palomas torcaces y tórtolas.

Una variante de mucho interés la ofrece el mar Menor. En sus azules y quietas aguas se reproducen con mucha fecundidad especies que son la admiración del buen aficionado: la gallina, la garza y el pato. En las islas Perdiguera, Mayor, Sujetos, Redonda y de los Ciervos destaca el conejo por su abundancia.

El río Segura constituye, por su templada temperatura y la gran cantidad de alimentos que sus aguas llevan en suspensión, un magnífico venero de peces. Sus grandes remansos, sus meranchos y sus azarbes —esas acequias que penetran en el corazón de la huerta entre bellísimos parajes sombreados por sauces y moreras, y perfumados por el azahar, y armonizado por el canto de ruiseñores y jilgueros—son un medio biógeno ideal para el desarrollo de los peces. En el primer tercio de su curso abundan las truchas, entre otras variedades; en el segundo, los barbos en pleno auge, el cacho y las anguilas; en el tercero aparecen los mujílidos, que proceden del mar, y constituyen, junto con las anguilas, la principal riqueza.

El río Mula, afluente del Segura, es notable porque sus templadas aguas facilitan la freza de los barbos, que se ven subir por la corriente para efectuar el desove. Encuéntrase siempre este riachuelo poblado de infinidad de estos peces de pequeño tamaño, lo que constituye la delicia del pescador, que ha llegado a capturar, en una sola jornada, más de 300 piezas.

La minería, por su importancia, tiene una historia antiquísima, digna de conocerse; pero hacer escarceos históricos en tan breve espacio y, sobre todo, de una industria que resurge actualmente, que está de cara al porvenir, podría tomarse como evocación romántica. Bastará decir que aquellos montes, que antaño fueron explotados a flor de tierra por fenicios, cartagineses, romanos y árabes, y en cuyas entrañas aún permanecen tesoros metalíferos, vuelven a traer, por circunstancias favorables, riquezas a esta región y a España.

Los nuevos métodos de concentración de los minerales, por el procedimiento de flotación diferenciada, están permitiendo el aprovechamiento de importantes reservas mineras que no eran beneficiables por los métodos que tradicionalmente venían empleándose. Las perspectivas, pues, son francamente optimistas. Las instalaciones amplíanse constantemente, y los contratos que se vienen registrando de compra y arriendo de industrias que estaban olvidadas desde la guerra de 1914 denotan claramente esta actividad.

Bullen nuestros pueblos mineros, la alegría renace en ellos con el trabajo, cifrando en 4.500 los obreros que encuentran empleo en estas actividades.

Las principales producciones obtenidas (ramo laboreo) en 1956 fueron las siguientes:

	TONELADAS
Pirita de hierro	64.000
Hierro	217.396
Cinc	46.383
Plomo	25.000
Azufre	19.037
Cobre	8.620

En el ramo de beneficio, las cifras referentes a igual año, son:

	TONELADAS
Plomo dulce	14.513
Sal común	72.633
Superfosfatos	99.000
Barita	900
Plata	21

El litoral murciano ha sido, desde antiguo, base de la Marina Real y muy frecuentado de navíos. La civilización y grandeza de Castilla, a la que este mar servía de pórtico de entrada, y la producción de minerales, especialmente de alumbres y plomo, de estos contornos, y de paños, lanas y sedas, frutos y granos, y otros artículos de fabricación tradicional, atraían a los bajeles y mercantes de otros reinos y países. Cartagena era ruta hacia América.

De este mar le entra a Murcia su riqueza pesquera, que, aunque su volumen no es extremadamente grande, es lo suficiente para atender en buena parte las necesidades de consumo de la provincia.

El valor en pesetas de la capturada en sus puertos, en el expresado año 1957, fué la que detallamos:

Cartagena	14.635.932
Aguilas	7.956.451
Mazarrón	4.831.086
San Pedro del Pinatar	5.100.982
TOTAL	32.524.451

Numerosos establecimiento pesqueros fijos existen en la zona dedicados a la pesca del mujol.

Las industrias que más caracterizan a Murcia son las de conservas, pimentón, seda, esparto y calzado ordinario; pero se hallan en período de franco desarrollo otras, como las de maquinaria agrícola y en general. De unas y otras procuraremos, aunque sea brevemente, dar detalles de su importancia.

Conservas vegetales y de frutas.—De entre las derivadas de la agricultura es ésta de las industrias más potentes. El número de sus instalaciones se eleva a 200. En el pasado año se exportaron 1.500.000 cajas, que produjeron divisas por valor de 12.000.000 de dólares; la tercera parte corresponde a almíbares, producto que empezó su exportación hace sólo tres años.

Pimentón.—Tuvo su origen esta industria allá por el año 1810. En Murcia nació y Murcia sigue siendo la primera productora del país. Pueblos enteros, como Espinardo, se hallan consagrados a su obtención.

Los principales países consumidores son los Estados Unidos, Cuba, Francia, Egipto y Alemania.

Seda.—La industria de la seda está hondamente enraizada en Murcia. Su producción actual es del orden de los 600.000 kilogramos de capullo, con un rendimiento en seda hilada superior a los 50.000 kilogramos.

Derivada de la industria sedera es la hijuela para pescar y para puntos de sutura en cirugía, industria que ha decaído de manera alarmante por el uso que actualmente se hace de otras fibras similares.

Industria espartera.—Más de la quinta parte del espartizal español lo cubre Murcia. Las principales superficies pertenecen a las corporaciones locales. Esta provincia y parte de la de Albacete poseen los centros fabriles más importantes de la Península: Cieza, Calasparra, Hellín, Jumilla, Aguilas y Abanilla tienen las principales fábricas. En hilados y trenzados representa esta zona el 75 por 100 de la producción española. En esparto para yuteras produce el 64 por 100 del total del país (Cieza el 32, y el otro 32 el resto de la provincia).

La gama de producción industrial es amplísima, pero destacan por su volumen los sacos, capachos y alfombras.

Actualmente están mecanizándose diversas manipulaciones del esparto, que harán de esta fibra finísimos hilos.

Industria del calzado.—Tiene abolengo aquí la fabricación de alpargatas de tipo levantino, confeccionadas con textiles murcianos y cáñamo, y mezcla de esta fibra y esparto. Cincuenta y seis grandes fábricas tienen en la provincia su asiento.

Hoy cuenta Murcia con otras poderosas, que fabrican calzado de goma de las más diversas variedades. Los más modernos elementos de la industria del caucho están ya al alcance de estas empresas.

En la rama metalúrgica Murcia produce máquinas para la industria conservera y espartera, de trabajar madera, prensas, básculas y balanzas automáticas, medidoras, para molinería, trituradoras, bombas para la elevación de aguas, para la construcción de ladrillos y piezas cerámicas, etc. etc. Telas metálicas, enrejados de hierro, clavos, tornillos y tuercas, alambres, baterías de cocina de aluminio, utensilios caseros y otros numerosos artículos.

Las industrias textiles amplían sus utillajes, especialmente en lo que se refiere a artículos de algodón, dada la gran cosecha que en esta zona se viene recogiendo de esta fibra.

Las industrias químicas tienen su mayor representación en las de aceites esenciales y en las de perfumería. El furfural empezará brevemente a obtenerse en las instalaciones que se están montando. Dentro de esta industria destacan por su importancia la Refinería de Petróleos de Escombreras y las factorías de la Unión Española de Explosivos, en Cartagena.

Otras numerosas industrias radican en esta zona, pero serán motivo para tratarlas en mejor ocasión.

El comercio exterior murciano es renglón principalísimo en el concierto de la economía regional y nacional. La naranja y el limón constituyen el mayor volumen de esta actividad.

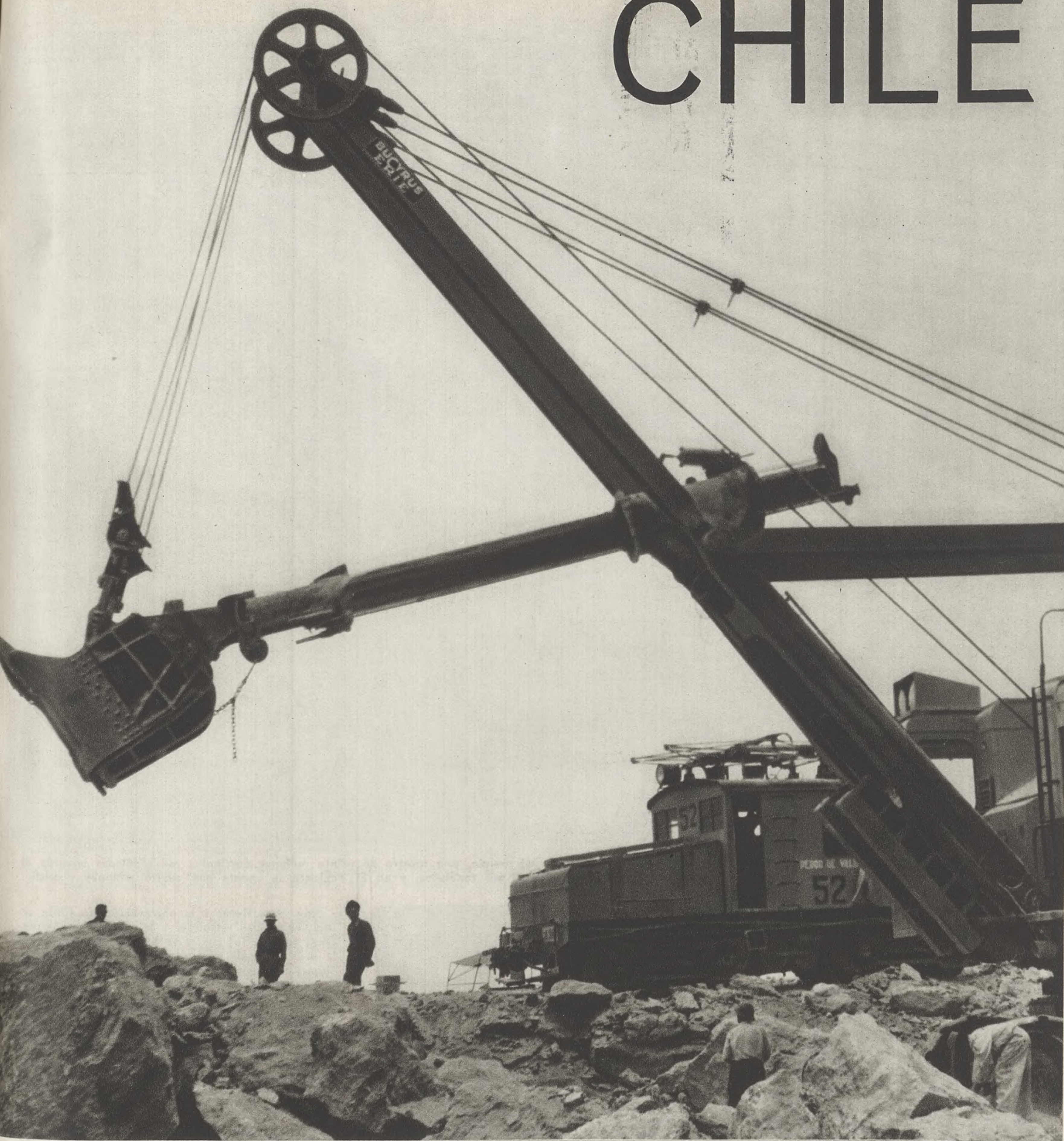
Las conservas y el pimentón, que ya hemos citado, aportan también grandes cantidades.

Completan el cuadro de productos de exportación otras frutas frescas y secas; el azafrán.

La razón de esta importancia de la región murciana es la que aconsejó al Ministerio de Comercio la autorización de la Feria Oficial de Muestras, que cada dos años se viene celebrando en esta capital, y que en este mes de abril próximo tiene como aliciente primordial su asiento definitivo en una superficie de 60.000 metros cuadrados en plena vega, que ha adquirido para estos fines la Cámara Oficial de Comercio, organizadora del Certamen, en el cual, a su vez, se desarrollará la I Feria Nacional de la Conserva Vegetal, de extraordinaria resonancia en todo el ámbito español.



CHILE



Extracción del salitre en los yacimientos de nitral, pampa salitrera. Chile ha utilizado sus posibilidades, adaptándolas a la fisonomía del país, para hacer descansar la mayor parte de su estructura económica en la minería, que representa el 82 por 100 de sus exportaciones, fundamentalmente de salitre y cobre.

PAIS DEL PRESENTE

Por HECTOR SUAREZ

Dos indígenas que cruzaban el desierto del norte chileno, después de una fatigosa jornada, acamparon en un punto de la pampa e hicieron fuego para preparar su merienda y calentar los huesos. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver que la tierra comenzaba a arder!... Huyeron despavoridos y fueron donde el cura de Camiña—aldea de no más de mil habitantes, al noroeste de Iquique—, a contarle aquel extraño fenómeno. El clérigo, con los aborígenes, regresó al lugar donde «la tierra ardía» y recogió algunas muestras, que posteriormente, al ser analizadas, revelaron la presencia de nitrato de potasio, material que se empleaba para la fabricación de pólvora.

Pero mientras se efectuaban los exámenes, el cura depositó parte de las muestras en el patio del curato, donde quedaron algún tiempo. Con asombro, el sacerdote, días después, observó que las plantas allí existentes comenzaban a desarrollarse de modo extraordinario. Repitió la experiencia, y al comprobar semejantes resultados en las siembras de hortalizas y el prodigio que tales muestras operaban en la vegetación, comenzó a recomendarlo como un tónico providencial para la tierra. Así se inició en Chile el empleo del «caliche»—nombre de la materia prima del salitre—como abono agrícola.

Tal es la leyenda que ha conservado la tradición referente al descubrimiento del salitre en la pampa de Chile, y sobre cuya explotación descansa uno de los más sólidos pilares del sistema económico del país.

Minas de cobre de Chuquicamata. En ellas, consideradas como las más grandes del mundo, una reserva de veinte millones doscientas mil toneladas aguarda el curso de las explotaciones. En Potrerillas la reserva alcanza a un millón setecientas mil toneladas, y en El Teniente se cuenta con cuatro millones y medio.



Mas, para llegar a la observación de Chile actual, es preciso retrotraer a la mente algunos perfiles, junto a los cuales se ha ido desenvolviendo la vida del país más austral del mundo—con su situación geográfica entre los paralelos 18º y 56º de latitud sur, y los meridianos 67º y 76º de longitud oeste, de Greenwich—, hasta adquirir su personalidad y características propias.

Porque es evidente que la circunstancia de ser la nación más apartada del orbe le ha ofrecido ventajas, debidamente aprovechadas, y desventajas, que ha sabido superar con su irreductible esfuerzo.

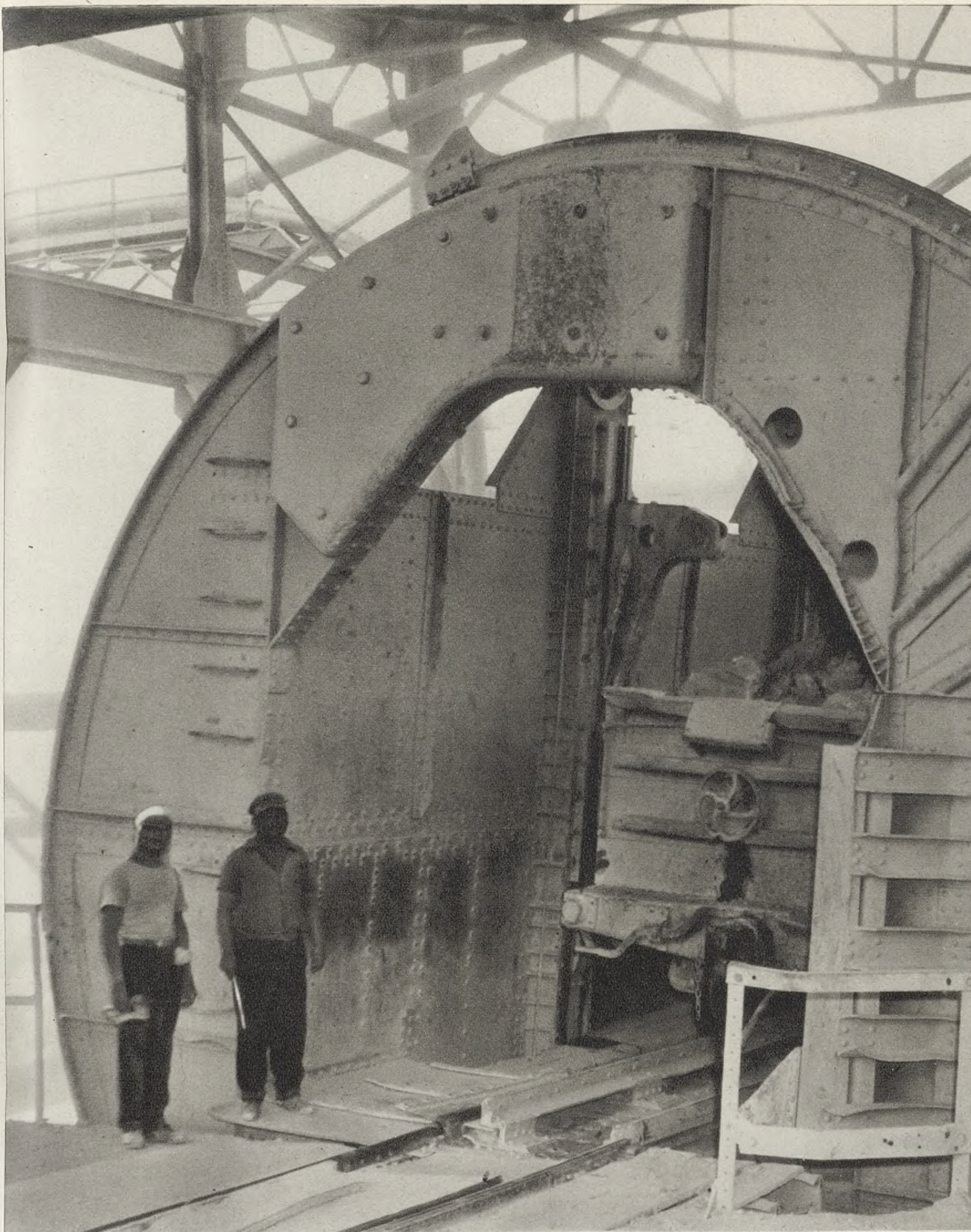
Como factores beneficiosos de su aislamiento —y según síntesis de diversos autores—, ha adquirido una gran confianza en sí mismo, lo cual ha templado el carácter de sus habitantes; se ha desarrollado en forma homogénea, con una raza definida y de aplomada personalidad, y ha planificado sus medios de subsistencia en la industria y la minería con sentido de la realidad y de sus propias responsabilidades.

Pero también su alejamiento le ha significado afrontar factores adversos: *a*) dificultades en el comercio activo de exportaciones; *b*) carencia de grandes corrientes inmigratorias, y *c*) influencia de los mayores precios de productos importados, consecuencia de los recargos de fletes; situación que ha gravitado también en las exportaciones de la gran minería, su industria básica.

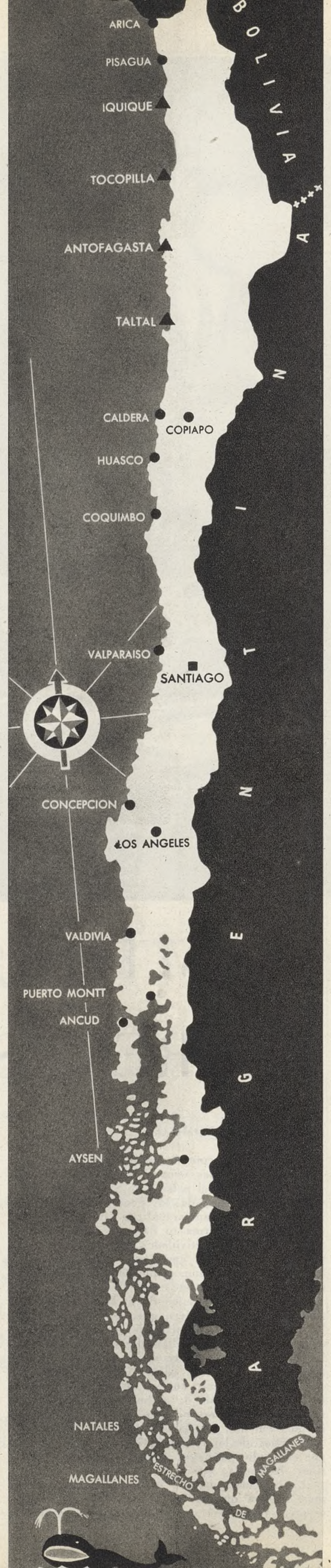
FISONOMIA DE CHILE

Al observar Chile en su fisonomía física, surge el motivo que explica la atención prestada por diversos escritores en sus propósitos de descri-

Fábrica de nitrato. Chile llegó a abastecer dos tercios del consumo mundial de abonos nitrogenados.



Descarga de vagones de «caliche». Desde que los indígenas y el cura de Camiña descubrieron el caliche en el suelo norteño, la economía chilena dependió en alto porcentaje de las ventas de salitre al exterior.



birlo con originalidad. Uno señaló que «hay una cordillera inmensa con un pequeño país a sus pies. Por eso sería más exacto no referirse a los Andes chilenos, sino a Chile andino...»

Otro lo quiso dibujar «como una espada o una cimitarra puesta al cinto de América, por su conformación tan larga, angosta y semicurva...» Y un tercero, en tono humorístico, puntualizó: «Los chilenos se agarran a la cordillera para no caer al mar...»

La razón de estas apreciaciones radica en que, entre los Andes y el Pacífico, el país se estira a través de 4.270 kilómetros, con un ancho medio de 183 kilómetros, y que en su parte más angosta no alcanza a 100.

Tal conformación, como es natural, ofrece también factores favorables y adversos. De beneficio, porque es un país que facilita el sistema de comunicaciones, ya que todas las ciudades quedan cercanas al mar, y con un clima definido en las diversas regiones, que permite diferentes tipos de vegetación. Pero, paralelamente, se obstaculizan los transportes de productos desde las provincias extremas por su desvinculación con el centro del país. Esta situación determina un encarecimiento de ellos. Por otra parte, la existencia de sistemas montañosos en la costa ha influído para la construcción de caminos y vías longitudinales paralelos al mar, que dificultan el movimiento de productos, especialmente aquellos del agro.

Obligada por estos factores, la realidad económica chilena se encuentra planificada en concordancia con las características del suelo. En la superficie territorial, de 742.767 kilómetros cuadrados (sector continental, que no incluye el cono antártico, de 1.250.000 kilómetros cuadrados), una gran extensión ha debido descartarse para la explotación de rendimiento económico.

Al oriente, la cordillera de los Andes, aparte de pequeños yacimientos y sulfateras, ofrece sus numerosas caídas de agua, fuentes inagotables de energía eléctrica.

Hacia la zona central, las sierras esconden sus riquezas minerales, que se encuentran a media explotación. En el Norte, el desierto se presenta en todas sus proyecciones y con ricos yacimientos de salitre y cobre. Y, desde el centro al sur, los valles se abren con generosa fertilidad hasta el extremo continental, permitiendo la faena agrícola intensiva. En general, de los 742.767 kilómetros cuadrados de la superficie continental chilena, 500.000 kilómetros cuadrados contienen aguas, desiertos, cordilleras y tierras que carecen de valor agropecuario. El resto, 242.767 kilómetros cuadrados, se distribuye en 57.767 con cultivo intenso, 145.000 que se utilizan como praderas y 40.000 kilómetros cuadrados de montañas inexploradas en la Patagonia, pero que ofrecen la riqueza maderera de sus bosques vírgenes.

En esta distribución hay que considerar también que existen 8.100 kilómetros cuadrados de suelos regados fértiles, 5.100 de tierras regadas de mediana fertilidad y 43.800 kilómetros cuadrados de lomajes desmontados, especialmente en la zona central, cultivables.

Como puede observarse, no sólo la conformación topográfica de Chile atenta para que el país pueda cimentar su sistema económico en la agricultura, sino también sus características. Por ello es la minería su principal fuente de recursos. Aunque si bien es cierto que la actividad del agro no proporciona divisas, no es menos efectivo que abastece el alto porcentaje de la siempre creciente demanda de la población del país. Y no podría ser de otra manera. Chile es montañoso. Nada le caracteriza mejor que sus altas cumbres, los volcanes, las serranías y las profundas depresiones. Desde el norte hasta el sur, las montañas enmarcan los valles, que son cruzados por el amplio sistema hidrográfico nacien- *(Pasa a la pág. 50.)*



AMISTAD INVIOLABLE ENTRE ESPAÑA Y ARGENTINA

ACUERDOS ECONOMICOS

Uno de los acontecimientos más importantes de las últimas semanas en Madrid ha sido la firma, en el palacio de Santa Cruz, de la capital de España, de los acuerdos económicos y financieros hispano-argentinos. Inmediatamente de conocerse la firma se han puesto en marcha toda una serie de actividades encaminadas al restablecimiento de los contactos comerciales entre los dos países hermanos y que durante algún tiempo han permanecido en estado letárgico.

El consejero económico de la Embajada argentina ha puesto de relieve que, desde la firma de los acuerdos, las consultas de los industriales y comerciantes españoles han llovido sobre la Embajada. «La mayor parte de las consultas se refieren a posibilidades concretas de intercambio, que trato de encauzar, aunque insistiendo en que es la iniciativa privada de ambos países la que nos descubrirá las oportunidades, proporcionándonos, indudablemente, una grata sorpresa.»

En unas declaraciones facilitadas a la prensa por el citado consejero, señor Miguel Angel Martínez, ha dicho:

«La actividad privada es siempre más ágil y más efectiva que las previsiones oficiales; pero es preciso volver a acostumbrar a los particulares a desenvolverse en un clima de libertad, dentro de las normas señaladas, sin acudir en cada momento a las muletas ortopédicas de la Administración.

»A nadie escapa que el intercambio hispano-argentino, después de nueve años de virtual incomunicación, en los que se han operado sensibles modificaciones en sus economías, ha experimentado una marcada desviación de sus cauces tradicionales y de los años anormales de la segunda guerra mundial. Resulta curioso recordar que los primeros embarques de naranjas españolas de la actual campaña, con destino al puerto de Hamburgo, encontraron la concurrencia de dos importantes cargamentos de naranjas argentinas de la fase final de su correspondiente estación.

»Hemos de esperar, pues, que sean los particulares quienes nos patenticen las posibilidades latentes de la mutua colaboración económica entre ambos países. En esa creencia, no hemos considerado oportuno establecer listas de mercancías, ya que resulta difícil ponderar en detalle el alcance y el volumen del intercambio.»

El señor Martínez citó algunos de los renglones de evidente interés para la República Argentina: material ferroviario, especialmente de señalización; barcos, motores de más de 35 H. P., productos colorantes y pigmentos y algunos minerales, además de otros productos ya conocidos y tradicionales, como el corcho y el azafrán. Recordó a continuación las grandes posibilidades argentinas para el suministro de carnes (congelada, enfriada y envasada), cueros (vacunos y lanares), lanas, caseína, extracto de quebracho, etc.

«Esperamos contar con la asistencia técnica española, mundialmente reconocida, en los planes de obras públicas, especialmente hidroeléctricas, en proyecto y ejecución en la Argentina—dijo el consejero económico—. En cuanto a las posibilidades de inversión de capitales—terminó diciendo—, la Argentina es un mercado completamente libre, en el que pueden entrar y salir a su conveniencia. El capital extranjero puede llegar y marcharse con la misma libertad que un turista.»

TRASCENDENCIA DE LOS ACUERDOS

La trascendencia de estos acuerdos ha sido puesta de relieve por toda la prensa española y argentina, y su repercusión se ha notado inmediatamente en los medios financieros. Pero, además, el propio embajador de la Argentina en España, vicealmirante Toranzo Calderón, ha dicho:

«Sólo la unidad racial, el vínculo que enlaza nuestros pueblos en el nudo *(Pasa a la pág. 54.)*



ARTURO FRONDIZI
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ARGENTINA

Sobre las espaldas de este hombre de menos de cincuenta años, con semblante de sagaz político renacentista, va a pesar una de las ocasiones más difíciles de la historia argentina. No le va a ser posible, como a la mayoría de los Presidentes, salir bien parado de su mandato con una dosis corriente de inteligencia y buen sentido: o será un «genio» de la política o fracasará.

Desde la primera hora de la independencia, bajo todas las pugnas partidistas, late una misma disyuntiva para la Argentina: o acción nacional y popular—proteccionismo, defensa de la soberanía, exaltación de los valores propios, elevación del pueblo—, o acción colonialista y oligárquica—librecambismo, entrega de la economía, extranjerización, mantenimiento del pueblo en bajas condiciones de vida—. Por desgracia, fué esta segunda salida la que vino tradicionalmente triunfando. Un vicepresidente argentino llegó a alabar una frase tan reveladora como ésta: «Económicamente, la Argentina forma parte del Imperio británico.»

La historia de la rebeldía popular argentina contra este sometimiento llega a nuestros días con hombres como el caudillo radical Irigoyen y, en cierta medida, con el presidente conservador Castillo; pero es en la sublevación militar del 4 de junio de 1943 y, ante todo, en la jornada impresionante del 17 de octubre de 1945 cuando esa rebeldía consigue una expresión más acabada y resuelta. Perón, en esta ocasión histórica, se encuentra hecho símbolo de la tarea nacional y popular. Y la cumple en gran medida. Hasta que, en su segundo mandato, se empieza a volver contra sus mismas banderas: da marcha atrás en su acción social, reabre el dominio económico al extranjero y realiza una política de hostigamiento a cualquiera que osa discutirle. Bajo una ola de persecuciones religiosas, no se percibe mucho esta contrarrevolución peronista; pero sus efectos sobre el *(Pasa a la pág. 54.)*

COCHES ESPAÑOLES Y MODA ESPAÑOLA

POR el mundo aun rueda el prestigio del «Hispano-Suiza», aquel brillantísimo automóvil de los grandes resultados técnicos, de los grandes deportistas y de los grandes millonarios. Se fabricó en Barcelona hasta 1936, y sus instalaciones fueron aprovechadas a partir de 1949 por la Empresa Nacional de Autocamiones, Sociedad Anónima, para construir los «Pegaso» de tres categorías: tres toneladas, cinco toneladas y seis toneladas, así como los tractores que van de los 40 a los 70 caballos y el coche rutilante, gran turismo, triunfador en varios Salones del Automóvil, entre ellos el de Nueva York. Las actividades de E. N. A. S. A. pueden considerarse cronológicamente como las primeras en España para dotar al país de una fabricación sistemática y en cadena; es decir, en serie y con estructura comercial, puesto que atiende desde el primer momento el frente del transporte pesado, al par que el «Pegaso» gran turismo cubre en parte la vertiente deportiva. En esta crónica nos interesa solamente el gran turismo como uno de los extremos de la producción española de coches, ya que la fabricación de camiones y furgonetas—asimismo diversa y variada—queda para otro número de «M. H.»

Del brillantísimo «Pegaso» de dos plazas, ocho cilindros, 4.450 centímetros cúbicos de cilindrada, 285 caballos efectivos y velocidad máxima por encima de los 210 kilómetros por hora, al mínimo y sorprendente «Isetta», con 236 c. c. de cilindrada y dos cilindros, la gama de la producción española de turismos está cubierta con tipos intermedios, que tratan de satisfacer las necesidades nacionales de motorización. Los frentes industriales se han levantado y se van proyectando atendiendo a las características del país: se huye del coche mastodonte, del gran automóvil de excesivo consumo, para incluirse de un modo decidido en los gustos y la línea europeos. Excepto el deportivo y superpotente «Pegaso», los automóviles de fabricación española entran todos en la categoría de utilitarios, siquiera la S. E. A. T. haya lanzado su modelo «B especial» con detalles y adornos acertadísimos, que lo convierten en coche de lujo, aunque el motor sea el mismo del modelo utilitario.



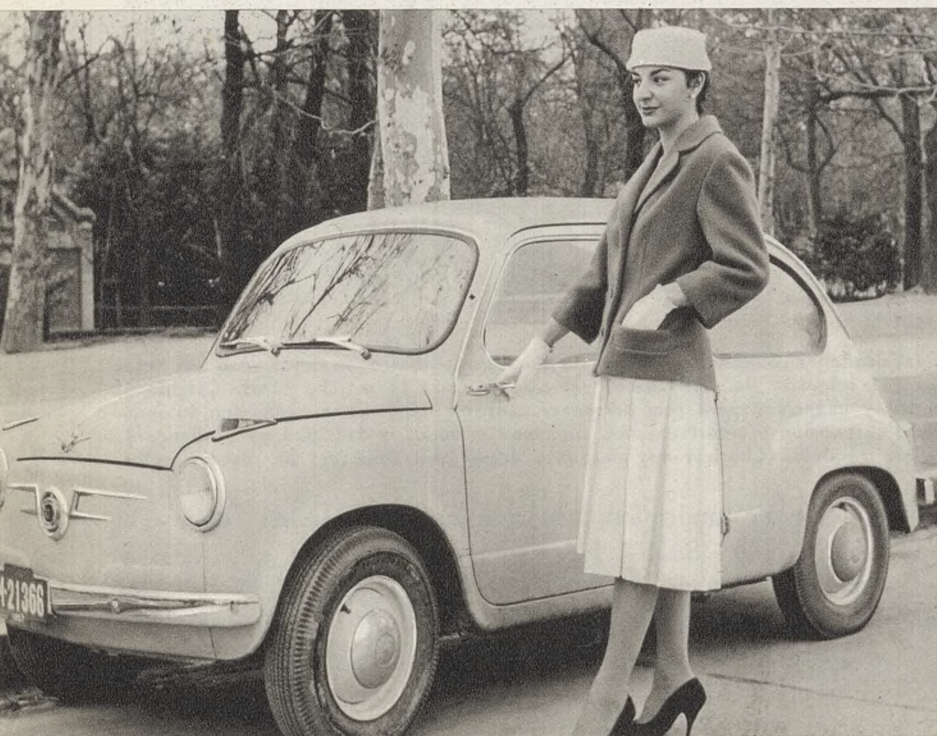
A la izquierda.—COCHE: El «Renault», modelo «4/4», fabricado en Valladolid, similar a su hermano francés. Tiene cuatro cilindros en línea, 747 c. c. de cilindrada, 4.200 revoluciones por minuto, siete caballos de potencia fiscal y 21 de potencia efectiva. Cuatro marchas adelante y marcha atrás. Cambio al volante. Su longitud es de 364 centímetros, con una anchura de 143, con cuatro asientos y cuatro puertas. Consume unos seis litros por cada cien kilómetros y su velocidad máxima rebasa los 105 kilómetros por hora. **MODA:** Modelo «Porcelana», de la firma madrileña Arqueti, como todos los que aparecen en estas cuatro páginas. «Porcelana» es un vestido de punto en lana beige. Vestido amplio, partiendo del canesú, recogido el vuelo con un ancho cinturón.

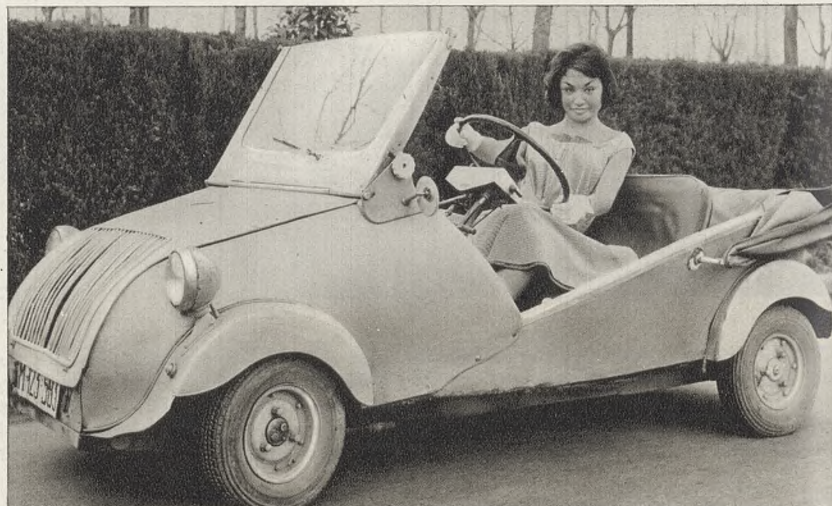
COCHE: «Seat 1.400» en su versión de lujo: modelo «B especial», en dos colores, fabricado en Barcelona. Cuenta con cuatro cilindros en línea, con un total de 1.395 c. c. Revoluciones por minuto 4.400. Su potencia fiscal es de 10 caballos y la efectiva de 44. Cuatro velocidades, más la marcha atrás. Cambio al volante. Mide 430 centímetros de largo, con una anchura de 165. Tiene cuatro puertas y capacidad para seis personas; consume 10,5 litros cada cien kilómetros y alcanza los 130 kilómetros por hora. Su mejor prestigio reside en estos puntos: suspensión y amortiguación, dirección y frenos, y facilidad para «llanear», puesto que en carretera horizontal rebasa los cien por hora sin esfuerzo alguno. **MODA:** Modelo «Charleston», en punto negro, con sombrero de raso en color.

Las dos empresas más importantes en la producción de turismos—el gran volumen de producción de E. N. A. S. A. está en los camiones «Pegaso» y no en el gran turismo, naturalmente—son la Sociedad Española de Automóviles de Turismo (S. E. A. T.) y la Fábrica de Automóviles, S. A. (F. A. S. A.). La primera, que cuenta en Barcelona con una de las más modernas factorías de Europa, sobre una superficie construída de casi 100.000 metros cuadrados, fabrica anualmente 10.000 coches del Modelo llamado «Seat 1.400» en tres versiones: «A», «B» y «B especial». A principios del último otoño, la S. E. A. T. ha empezado a lanzar su modelo «600», que ya está poblando las calles y carreteras españolas y cuya producción alcanzará asimismo a otras 10.000 unidades por año. En los coches de la S. E. A. T., tanto en el modelo «1.400» *(Sigue en la pág. 46.)*

Arriba.—COCHE: «Isetta», fabricado en Barcelona. Motor a dos tiempos con dos cilindros y 236 c. c. de cilindrada. Potencia fiscal, 2,5 caballos; efectiva, 9,5 caballos. Revoluciones por minuto, 4,500. Cuatro velocidades y marcha atrás, con palanca de cambio lateral. Refrigeración por aire. Longitud, 227 centímetros, con una anchura de 137. Asiento para dos o tres personas. Una puerta, al frente. Consume 3,75 litros por cien kilómetros y alcanza una velocidad máxima de 85 por hora. MODA: Modelo «Marianne», en popelín blanco con lunares negros y cinturón rojo y guante blanco. Un vestido elegante y clásico.

Abajo.—COCHE: El biscuter «Voisin», fabricado asimismo en Barcelona. Tiene un solo cilindro, con 197 c. c. de cilindrada y 5.800 revoluciones por minuto. Su potencia fiscal es de dos caballos y la efectiva de nueve. Lleva tres marchas adelante, más la marcha atrás, y tiene la palanca de cambio bajo el volante. Su longitud es de 257 centímetros, con una anchura de 121. Asiento para dos o tres personas. Consume 4,5 litros por cien kilómetros y alcanza una máxima de 76 kilómetros por hora. MODA: Modelo «Primavera», en vichy de cuadritos blancos y negros, con apliques en rojo en el escote y en los bajos de la falda.





A la izquierda.—COCHE: El «Seat 600», fabricado en Barcelona como su hermano mayor el «1.400». Tiene cuatro cilindros, con una cilindrada total de 633 c. c.; 4.600 revoluciones por minuto; potencia fiscal de seis caballos y efectiva de 21,5 caballos. Lleva cuatro velocidades y marcha atrás, con palanca de cambio central. Longitud, 321 centímetros, con 138 de anchura. Dos puertas y cuatro asientos. Consume seis litros cada cien kilómetros y desarrolla una velocidad máxima de cien kilómetros por hora. MODA: Modelo «Arhum», también de la casa Arqueti. Falda de tablas en gabardina blanca y chaqueta de paño en azul noche. El sombrero y los guantes blancos completan el conjunto.

Arriba.—COCHE: El gran turismo «Pegaso», modelo «Z-103/B 3,9», fabricado en Barcelona. Tiene ocho cilindros en V, con una cilindrada de 3.900 c. c. y 5.800 revoluciones por minuto. Su potencia fiscal es de 26 caballos y la efectiva de 247 caballos. Cinco marchas adelante, más la marcha atrás, con palanca de cambio central. Mide 412 centímetros de longitud y 158 de anchura, con asiento para dos o tres personas. Lleva carburador múltiple invertido, con dos bombas de gasolina eléctricas. Alcanza una velocidad máxima de 210 kilómetros a la hora. (El otro modelo «Pegaso»—el «Z-103/B 4,5»—es semejante al descrito, salvo que cubica 4.450 centímetros de cilindrada, con potencia fiscal de 28 caballos y efectiva de 285, y velocidad máxima por encima de los 210 kilómetros a la hora.) MODA: Modelo «Baladin», «tailleur» en lana color beige y sombrero de punto también en beige. Otro acierto de indumentaria.

Abajo.—COCHE: El modelo «250» de la marca «PTV», fabricado en Barcelona. Lleva un solo cilindro, con 247 c. c. de cilindrada y 4.500 revoluciones por minuto. Tiene una potencia fiscal de 2,5 caballos y la efectiva se fija en 10. Lleva tres marchas adelante y marcha atrás, con palanca de cambio en el volante. Su longitud es de 280 centímetros y la anchura de 124, con asiento para dos personas. Consume cinco litros cada cien kilómetros y desarrolla una velocidad máxima de 70 kilómetros por hora. El «PTV», cuyo lanzamiento comercial en serie se ha iniciado hace unos meses, completa la lista de los microcoches de fabricación española, en la que tiene por compañeros el biscuter «Voisin» y el «David» (todos con un cilindro) y el «Isetta» (con dos). (Queda el «Orix», con dos cilindros, seis caballos fiscales, cuatro marchas adelante y marcha atrás, seis litros por cien kilómetros y máxima de 110 a la hora.)



como en el «600», se ha ido progresivamente a la nacionalización de la producción, de forma que en estos momentos la fabricación es española al 100 por 100.

La F. A. S. A. tiene sus instalaciones en Valladolid; es, sencillamente, la «Renault» española, y se dedica exclusivamente a fabricar un tipo: el popular «4/4», del que lanza 9.000 unidades por año. No obstante, esta dedicación al modelo único quizá se altere en el verano inmediato, puesto que para entonces se espera que la factoría de Valladolid empiece a construir el «Dauphine», última creación de la «Renault».

«Seat 1.400», «Renault 4/4» y «Seat 600» están cubriendo las rutas españolas. En Madrid, de cada diez coches pueden contarse cuatro «Seat 1.400». A la vuelta de dos años, la proporción de coches nacionales será, sin duda, de siete a diez, contando no sólo con los «Seat» (los «1.400» y los «600») y los «Renault» (los «4/4» y los «Dauphine»), sino también con los «2-CV» que la «Citroën» empezará a fabricar en la gran factoría que está ya montando en Vigo. A estos coches de prestigio europeo—sumemos el «Isetta» y el biscuter «Voisin»—hay que añadir otros coches que, en producción de momento más reducida, se fabrican asimismo en España: «David», «Orix», «P. T. V.»...

La presentación de estos automóviles hemos querido hacerla de la mano de seis modelos creados por la alta costura española. Periodísticamente se conjugan casi siempre turismos y nuevos vestidos. A veces el coche sirve de pretexto para mostrar el modelo femenino. En otras, es la nueva línea de un vestido la que se utiliza para presentar el automóvil. En este caso, y por primera vez, ofrecemos en nuestras páginas una selección de algunos vestidos creados por la moda española y de automóviles también de fabricación española. Las creaciones de alta costura pertenecen a la gran firma madrileña «Arqueti».

RIQUEZA CASTELLANA QUE NO SE DEBE PERDER

EMPLEO CORRECTO DE LOS VOCABLOS «LAICO», «LEGO», «SEGLAR», «SECULAR» Y OTROS DE USO FRECUENTE

Por Monseñor Zacarías de Vizcarra

POR gratitud a Dios, que nos ha deparado una lengua riquísima, patrimonio de veinte naciones católicas, debemos evitar que se empobrezca, por contagio evitable de otras lenguas que sean, en algunos aspectos, menos ricas.

Así, por ejemplo, se está difundiendo cada vez más el uso de la palabra *laico*, en sustitución de *seglar*, y muchos emplean además como equivalentes los vocablos *seglar*, *secular* y *lego*.

Pero no advierten que, en buen castellano, un religioso de instituto laical es *laico* y *lego*, pero no es *seglar* ni *secular*. Y aun entre los mismos religiosos de institutos clericales, hay muchos que son realmente *laicos*, por no haber entrado todavía en el *clero*; pero no se los llama corrientemente *legos*, porque están preparándose para ser *clérigos*. Y los mismos clérigos, si están destinados a vivir «*en el siglo*», son *seculares*, pero no son ni *laicos* ni *seglares*.

POBREZA EXPRESIVA DE LA PALABRA «LAICO» EN OTRAS LENGUAS.—Primeramente, en la lengua latina, se expresan con la sola palabra *laicus* los dos conceptos distintos de *laico* y *seglar*, aunque uno puede ser *laico* sin ser al mismo tiemplo *seglar*. El canon 107 del Código de la Iglesia dice así: «*Por institución divina, hay en la Iglesia "clérigos" distintos de los "laicos", aunque no todos los clérigos sean de institución divina; pero unos y otros pueden ser "religiosos".*» En castellano se aclaran los conceptos, llamando *seglar* al que no es ni *clérigo* ni *religioso*. En otras lenguas llaman *secular* al *laico* que no es religioso; pero tropiezan con la dificultad de que existen clérigos, sacerdotes y obispos que son *seculares* y no son *seglares*.

Tampoco existe en latín una palabra derivada de *laico*, que pueda distinguir al religioso que no aspira a ser sacerdote o clérigo en un instituto clerical; pero en castellano existe la palabra *lego*, que suele aplicarse especialmente a esa clase de religiosos laicos. A éstos los llama el Código *conversos* (cánones 564 y 565); pero en España no ha entrado en uso esa denominación, que ha sido sustituída por la de *legos*.

Sufren la misma carencia de palabras discriminatorias el francés, el italiano y todas las demás lenguas que conocemos, excepto la

EL DOCE DE OCTUBRE FIESTA NACIONAL EN ESPAÑA

MUNDO HISPANICO tiene que honrarse hoy con la publicación íntegra del texto del decreto por el que se declara fiesta nacional el 12 de octubre con la denominación de "Día de la Hispanidad". La historia de nuestras páginas al servicio de los ideales de la gran familia hispánica tiene en la letra de esta disposición un subrayado realmente emocionante. El texto legal ha venido a dar forma y situación definitiva a un anhelo de todos los que tenemos puesta nuestra esperanza en la necesaria realidad de fijar y enaltecer lo que nos da sentido, exigencia y estímulo. Y este "Día de la Hispanidad" es nuestra mejor fiesta.

ES anhelo tradicional del pueblo español el ver anual y solemnemente conmemorado el aniversario del Descubrimiento de América.

Ninguna otra hazaña alcanza tanta grandeza, y dentro de nuestra humana dimensión no hallaremos fecha de mayor trascendencia en la historia del mundo.

Ya desde el pasado siglo tan legítima aspiración fué recogida en acertadas iniciativas oficiales.

Así, en el Real Decreto firmado en el Monasterio de Santa María de la Rábida el doce de octubre de mil ochocientos noventa y dos, siendo Reina Regente de España Doña María Cristina de Habs-

castellana. Y, sin embargo, muchos que hablan castellano se han enamorado de la pobreza de las demás lenguas, y quieren que se llame *apostolado laico* a lo que antes se ha llamado siempre *apostolado seglar*.

ORIGEN Y VERDADERO SENTIDO DE LA PALABRA «LAICO». ¿Merece tanta predilección la palabra *laico* que la debamos juzgar preferible a la otra, más clara y menos equívoca, de *apostolado seglar*, que tiene la ventaja de no admitir confusión, ni con el *apostolado secular* del sacerdote, ni con el *apostolado laico* o *lego* del religioso no clérigo, ni con el *antiapostolado laico* del propagandista masón?

El adjetivo griego *laikos*, derivado del sustantivo *laos*, que significa *pueblo*, no quiere decir más que *popular*. Se puede aplicar a la llamada *democracia popular* materialista y atea del Soviet, lo mismo que al *estamento popular* del pueblo de Dios, que es el pueblo cristiano.

Pero hay que advertir además que no son envidiables todos los significados que tuvo entre los griegos el adjetivo *laikos*, y sobre todo su forma femenina *laike*, pues se aplicaba a la *mujer popular*, en el mal sentido de *mujer pública*. De ahí procedió el verbo *laikazein*, cuyo significado puede verse en cualquier diccionario griego.

USO DE LAS PALABRAS «LAOS» Y «LAIKOS» EN LA IGLESIA.— El más antiguo de los escritores cristianos que usó la palabra *laico* fué, según parece, San Clemente Romano, a fines del siglo I. Lo que dice el santo, en su carta primera, capítulo XL, es que, en la Ley Antigua, «*fueron dadas funciones propias al Sumo Sacerdote, tuvieron señalado su lugar propio los sacerdotes, correspondieron a los levitas sus ministerios propios, y el hombre laico (o "laikos anthropos") estuvo ligado por preceptos laicos*». Se refiere, pues, directamente al Antiguo Testamento.

En el Nuevo Testamento no aparece la palabra *laikos* ni su traducción, *popularis;* pero se encuentra muchísimas veces el sustantivo *laos* y su equivalente *populus*, aplicado unas veces al *pueblo judío* y al *pueblo pagano* y otras veces al *pueblo cristiano*. En el primer sentido, dice San Lucas (28-35) que, estando Jesucristo clavado en la Cruz, «*el pueblo estaba mirando, y se burlaban de El los príncipes con ellos*»; y narra el mismo Evangelista (Hechos, 12-22) que, al pronunciar Herodes un discurso en Cesárea, tierra de gentiles, «*el pueblo gritaba: "Voz de Dios y no de hombre"*». En el segundo sentido, dice San Pedro, refiriéndose al *pueblo cristiano* y dirigiéndose a todos los *creyentes* sin distinción: «*Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo de adquisición ("laos eis peripoiesin"), para que pregonéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.*» (Carta primera, 2-9.)

(He aquí, entre paréntesis, un llamamiento del primer Papa a la práctica universal del apostolado, convirtiéndose todos los cristianos, de una u otra manera, en pregoneros de Dios y de su luz admirable.)

De lo dicho se deduce que no hay ninguna razón para imitar a otras lenguas más pobres, sustituyendo la palabra *seglar* por *laico* y denominando, como ellas, *apostolado laico* a nuestro tradicional *apostolado seglar*.

Los filólogos reconocen y admiran en nuestra lengua castellana la gran riqueza de matices y distinciones filosóficas que atesora. Así, por ejemplo, existe en castellano perfecta distinción entre los conceptos de *ser* y *estar*, que se expresan ambiguamente, con sólo el verbo *ser*, tanto en latín como en francés, en italiano y en casi todas las lenguas conocidas, menos en el castellano y en el éuscaro o vasco. En todas aquellas lenguas se dice, por ejemplo: «*Juan es alegre y Pedro es triste*», sin distinguir si se trata de un accidente transitorio o de una cualidad permanente de la persona. En castellano se distinguen netamente ambos casos: se dice, con el verbo *estar*, que «*Juan está alegre y Pedro está triste*», si se trata de un accidente transitorio de ambos, y, en cambio, se usa el verbo *ser*, diciendo: «*Juan es alegre y Pedro es triste*», si se quiere indicar una cualidad permanente de ellos.

Lo mismo pasa en la lengua éuscara o vasca, idioma antiquísimo de los aborígenes de España, desde la Edad Prehistórica. Lo hablaron los españoles en gran parte de la Península, y su uso vulgar se extendía, aún en el siglo X, desde los Pirineos hasta el Duero. A este

burgo y Presidente del Consejo de Ministros don Antonio Cánovas del Castillo, el Estado español, al celebrar el IV Centenario del Descubrimiento, manifestaba de modo explícito su propósito de instituir como Fiesta Nacional el aniversario del día en que las carabelas de Palos de Moguer arribaron a las costas de Guanahaní, con el pendón de Castilla en la proa y en la vela del trinquete la cruz.

Con los años, este sentimiento se difundió por toda la anchura de las tierras hispánicas.

Fué inolvidable privilegio de la República Argentina y de su insigne Presidente don Hipólito Irigoyen extender a todo el ámbito de la Hispanidad la celebración de la Fiesta del Descubrimiento, hasta entonces limitada a sencillos y conmovedores actos rituales, sin reconocimiento oficial.

Despierta incontenible emoción la lectura del preámbulo del Decreto del Presidente Irigoyen, que al declarar, en mil novecientos diecisiete, Fiesta Nacional el doce de octubre de cada año, consagraba «esa festividad en homenaje a España, progenitora de naciones, a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal, que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento».

El ejemplo argentino logró una inmediata adhesión por parte de las naciones hispanoamericanas, probándose por la vía de tan fervorosa unanimidad que había en ello algo más profundo que un mero afán de ritos perecederos.

El Gobierno español, queriendo elevar a la máxima categoría legislativa la conmemoración de la gesta descubridora, y dando cumplimiento a la promesa contenida en el Decreto de doce de octubre de mil ochocientos noventa y dos, presentó a las Cortes del Reino, y éstas aprobaron, la Ley de quince de junio de mil novecientos dieciocho, que lleva la augusta sanción de Su Majestad Don Alfonso XIII y el refrendo de su Presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Maura.

No sería justo limitar hoy la conmemoración del Descubrimiento al recuerdo de un pasado incomparablemente grande y bello.

La Comunidad Hispánica de Naciones —que convive fraternalmente en la Península y en el Nuevo Continente con la Comunidad Lusobrasileña—tiene el ineludible deber de interpretar la Hispanidad como un sistema de principios y de normas destinado a la mejor defensa de la civilización cristiana y al ordenamiento de la vida internacional en el servicio de la paz.

De aquí el que debamos entender principalmente este aniversario como una prometedora vertiente hacia el futuro, y la Hispanidad misma, como doctrina de fe, de amor y de esperanza, que, ase-

contacto milenario con el éuscaro atribuye el filólogo italiano Mateo Bartoli varias de las modalidades que distinguen a la lengua castellana entre las neolatinas. *(Atti del I Congresso Nazionale di Studi Romani.* Roma, 1929.)

Pues bien, los vascos distinguen también perfectamente en su vieja lengua los dos conceptos de *ser* y *estar*, y dicen, por ejemplo, cuando se trata de cualidades permanentes o naturales: «*otza DA leia, epela DA odola, beroa DA sua*» («frío ES el hielo, tibia ES la sangre, caliente ES el fuego»); pero si se trata de estados mudables y transitorios, dicen: «*otza DAGO ura, epela DAGO ardoa, beroa DAGO esnia*» («fría ESTA el agua, tibio ESTA el vino, caliente ESTA la leche»). ¿Habrá sido esa lengua de los aborígenes la que ha influído en la mencionada modalidad especial de la lengua castellana?

GALICISMO INACEPTABLE: «CARREFOUR».—Está poniéndose de moda, en asambleas y conferencias, la palabra francesa *carrefour*, galicismo reciente, inexpresivo y feo, con el cual se quiere sustituir otra denominación más clásica, más lógica y más apta, para designar las conversaciones celebradas en forma dialogada por las personas que asisten a alguna conferencia o asamblea, como complemento de la misma.

No conoce todavía esta significación de *carrefour* el voluminoso diccionario francés *Larousse Universel* ni los demás que hemos podido consultar. Según Larousse, esa palabra viene de la latina *quadrifurcum* («lo que forma cuatro horcas»), y significa en francés *cruce de caminos, plazuela, encrucijada.* Añade que se llama *langage de carrefour* el lenguaje que nosotros llamamos despectivamente *lenguaje de plazuela.* ¿Hay necesidad de introducir este nuevo galicismo, de tan humilde significación, cuando tenemos, desde hace siglos, una palabra que Cervantes inmortalizó en el famoso *Coloquio* de Cepión y Berganza? ¿Y no tienen también los mismos franceses en su diccionario la palabra *colloque*, y en su historia patria el célebre *Colloque de Poissy*, convocado en 1561? Tampoco falta en el diccionario italiano la palabra *colloquio*, ni en el inglés su *colloquy*, con sus numerosos derivados *colloquial, colloquially, colloquialist*, etc.

Creemos, pues, que no es aceptable la reciente moda, y debemos seguir usando la denominación clásica de *coloquio*, para significar esta clase de conversaciones.

EL «DIRIGENTE» NO ES «DIRECTIVO».—Los socialistas inventaron la palabra *directivo* para designar a los dirigentes que gobernaban su partido. Y luego, muchos que no son socialistas respetan esa invención, como si la hubiera descubierto la Academia de la Lengua. Pero la juzgamos también inaceptable. No se debe confundir *dirigente*, es decir, *persona* que dirige, con *directivo*, que significa *cosa* relacionada con el dirigente o la dirección. Nadie llama *contributivo* al *contribuyente*, ni *auditivo* al *oyente*, ni *gubernativo* al gobernante. Es tan absurdo celebrar una reunión de *directivos* como convocar una asamblea de *contributivos* o *auditivos*. Aun sería más absurdo ir a un centro femenino para trazar *directivas* a las *directivas*.

«LA ORDEN DEL DIA» NO ES «EL ORDEN DEL DIA».—A pesar de que los buenos diccionarios advierten que no se debe decir *el orden del día* en lugar de *la orden del día*, son muchísimos los que optan por la forma masculina, en contradicción con el significado real de *la orden del día*, que, como dice el diccionario que tengo a la vista, es propiamente el señalamiento de las «*cuestiones de las que DEBE ocuparse una asamblea en una sesión*». Puede alterarse, y se altera frecuentemente, *el orden* en que se tratan dichas cuestiones; pero subsiste *la orden* de tratarlas, en *el orden* que más convenga a las circunstancias.

Se confirma este concepto con el uso general del pueblo, en frases análogas estereotipadas. Todos dirán: «*Este asunto está hoy a la orden del día*», y nadie se atreverá a decir que está «*al orden del día*». Ningún militar dirá tampoco a su jefe: «*Al orden, mi general*», sino que respetará la fórmula consagrada: «*A la orden, mi general.*»

Serán muchos los que no darán importancia a la conservación de la pureza de nuestra hermosa lengua; pero creo que la limpieza del lenguaje puede compararse con la limpieza del cuerpo y del vestido, aunque sean también muchos los que descuidan ésta.

---

gurando la libertad y la dignidad del hombre, alcanza con idéntico rigor a España y a todos los pueblos de la América hispánica.

El Decreto de veintitrés de diciembre de mil novecientos cincuenta y siete, por el que se establece el Calendario Oficial de Fiestas, atribuye en su artículo octavo al Gobierno la facultad de declarar festivas aquellas jornadas que por muy señalados motivos lo merezcan.

Por cuanto antecede, se estima conveniente unificar las diversas disposiciones vigentes sobre la conmemoración anual del doce de octubre, y en su virtud, teniendo en cuenta la Ley de treinta y uno de diciembre de mil novecientos cuarenta y cinco y los Decretos de dieciocho de abril de mil novecientos cuarenta y siete y de veintitrés de diciembre de mil novecientos cincuenta y siete, a propuesta de los Ministros de Asuntos Exteriores y de Educación Nacional, previa la deliberación del Consejo de Ministros,

DISPONGO:

Artículo primero.—La fecha del doce de octubre de cada año tendrá carácter permanente de Fiesta Nacional, a todos los efectos, con la denominación de «Día de la Hispanidad».

Artículo segundo.—Se encomienda al Instituto de Cultura Hispánica la organización de los actos que el Estado español disponga para celebrar el aniversario del Descubrimiento de América.

Artículo tercero.—Las representaciones diplomáticas de España en el extranjero se asociarán a los actos conmemorativos del doce de octubre que organicen los Gobiernos y las Instituciones Culturales y Sociales, tanto en las naciones hermanas de América como en aquellos otros países en los que se exalte la significación hispánica de la gesta del Descubrimiento.

Cuando no esté prevista la adecuada conmemoración, las representaciones diplomáticas de España cuidarán de organizar los actos que estimen necesarios para realzar tan gloriosa efemérides.

Artículo cuarto.—El Ministerio de Educación Nacional adoptará las medidas oportunas que aseguren la colaboración de los centros docentes españoles en los actos conmemorativos del Día de la Hispanidad.

Artículo quinto.—Quedan expresamente derogadas cuantas disposiciones se opongan a lo que determina el presente Decreto.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a diez de enero de mil novecientos cincuenta y ocho.— FRANCISCO FRANCO.

El Ministro Subsecretario de la Presidencia del Gobierno, LUIS CARRERO BLANCO.

CHILE, país del presente

(Viene de la pág. 39.) te en la cordillera de los Andes, y en el cual se cifra el porvenir hidroeléctrico e industrial.

FRENTE MINERO

Por las características expuestas, Chile ha debido utilizar sus posibilidades adaptándolas a la fisonomía del país, para hacer descansar la mayor parte de su estructura económica en la minería. La riqueza mineral representa el 82 por 100 de sus exportaciones, que son constituídas fundamentalmente por salitre y cobre. Ellas producen casi el 20 por 100 de la renta nacional. En estas circunstancias, se ha colocado en el primer lugar como país minero de América del Sur; permanece en sitio de privilegio entre los grandes productores mundiales de salitre o nitrato natural y entrega el 69 por 100 del yodo que se consume en el mundo.

En su actividad minera, Chile arranca además a la tierra 2.320.000 toneladas de carbón por año, aparte de hierro, plata, oro, manganeso, azufre, plomo, molibdeno, aluminio, bismuto, yeso, bórax, cobalto, aluminio y otros metales.

Asimismo, exploraciones recientes en las tierras y montañas de la provincia de Aisén—región austral, donde el territorio se quiebra en enmarañado archipiélago—han revelado indicios de uranio. Y en Magallanes—donde el continente termina—la industria petrolera, en actividad constante, en el año 1956 entregó 600.000 metros cúbicos de petróleo, producido por 53 pozos, y que abastecieron la mitad de la demanda nacional, no obstante tener dicho centro industrial sólo quince años de existencia. Ello significa ya una reducción en el índice de importaciones, con el consiguiente beneficio que deriva de la economía de divisas por tal concepto.

Por eso Chile se sabe y conoce país esencialmente minero. La naturaleza ha sido pródiga al ofrecerle las riquezas de sus tierras y montañas, y el país—joven y pequeño—ha sabido aprovechar esforzadamente tal generosidad.

SINOPSIS DEL SALITRE

Desde los años distantes en que, según la leyenda con que da comienzo a esta crónica, los indígenas y el cura de Camiña descubrieron el caliche en el suelo norteño chileno, la economía nacional ha dependido en alto porcentaje de las ventas de salitre al exterior. Pero dicha leyenda no ofrece hasta el momento fundamentos de peso. Lo interesante sería saber en qué fecha se descubrieron en el salitre sus cualidades para la fabricación de la pólvora. Al respecto, en las Leyes de Indias existe una real orden de Felipe II—año 1571—por la cual se ordena que no puede fabricarse pólvora en ninguna parte de las Indias sin licencia del gobernador o corregidor. En 1729, al extraerse en los minerales de Huantajaya un trozo de plata pura de cinco quintales de peso, se habló mucho de la buena calidad de la pólvora usada en las faenas. Eso ya es un indicio. Pero desde mucho antes diversos asientos mineros empleaban caliche en la elaboración de nitrato de potasa. Obtenían el producto colocando las piedras molidas en recipientes de cuero, que en su parte baja tenían un taladro. Le echaban agua, y después de veinticuatro horas recibían en botijas el líquido, que destilaban, y al cual aplicaban cocción en pailas de cobre. Surgían así canutillos de salitre, que eran nuevamente refinados.

¡Tal era la situación de la industria salitrera a fines del siglo XVIII!

Fué Tadeo Taenke el primer químico que encontró el nitrato de sodio en el caliche, y que en 1809 dió el impulso inicial a la explotación con un procedimiento por el inventado.

Hasta el año 1879 siguieron estas actividades. Entonces fué cuando exploradores e industriales chilenos iniciaron el descubrimiento y explotación de depósitos calicheros, levantando plantas productoras de salitre. Surgieron ciudades en las provincias del Norte y el salitre empezó a gravitar sobre la economía chilena.

El país llegó a abastecer dos tercios del consumo mundial de abonos nitrogenados. Ahora, debido al enorme desarrollo de la producción sintética y al aumento de consumos, la participación proporcional es del 4 por 100. No obstante, sigue siendo fundamental para la economía chilena su industria salitrera. Da trabajo directamente a 30.000 personas y medios de vida a 90.000 que residen en la pampa. Se elaboran un millón y medio de toneladas de salitre y un millón de kilos de yodo, los cuales producen al año 63 millones, 800.000 dólares, por concepto de ventas al extranjero.

Sin embargo, y como dato ilustrativo, debe considerarse que, cuando Chile producía el 65,8 por 100 del consumo mundial de salitre, esa demanda alcanzaba a 1.932.000 toneladas de abono. Ahora se ha elevado al orden de los 43 millones de toneladas. ¡Naturalmente que aquello ocurría a comienzos del siglo!...

Treinta mil hombres, y el complemento indispensable de las máquinas, remueven 2.700.000 toneladas mensuales de material, del cual se extrae el caliche necesario para la obtención del salitre y yodo, mediante un procedimiento costoso y esforzado. Así, la industria salitrera de Chile sigue su curso progresivo. Durante los primeros tiempos de producción se beneficiaban caliches con ley mínima de 35 por 100. Ahora, con el sistema Guggenheim, complementado por la evaporación solar, es posible beneficiar caliches de ley del 5 por 100, y hasta ripios. Esto significa que la extracción será interminable.

A la fecha, la situación del salitre para Chile puede resumirse en los siguientes aspectos: *a*) es un producto esencialmente de exportación; *b*) se puede producir en Chile mientras pueda ser vendido en el extranjero, luchando con posibilidades satisfactorias en el mercado internacional, donde debe afrontar la competencia del sintético; *c*) la construcción de plantas para fabricación de nitrato sintético ha producido un decrecimiento en los mercados salitreros; *d*) no obstante, Chile se mantiene con mercado estable en España, Estados Unidos, Francia, Egipto, Brasil, Italia, Bélgica y Alemania. En Australia y Africa, España o Estados Unidos, Gran Bretaña o la India, y en más de 60 países de los cinco continentes, millones de campesinos saben que sus plantaciones crecen y dan mejores frutos por la acción de un producto que extrae el esfuerzo de trabajadores chilenos allá en un lejano país austral hacia el cual se asoma la Antártica.

Hoy la elaboración se produce por medios avanzados, con los cuales se permite su máxima extracción y el envío a las diversas regiones del mundo. Las ventas y la industria misma están regidas por la Corporación de Ventas del Salitre y Yodo, cuya función consiste en adquirir los productos de las empresas, venderlos, exportarlos, transportalos y distribuirlos por el mundo. Es en esa forma como el nitrato continúa siendo el principal factor influyente en las alternativas de la maquinaria económica chilena.

MICROBIOGRAFIA DEL COBRE

Determinante también en este sistema económico del país es el cobre, que en el rojizo color de sus lingotes enseña el nombre de Chile por toda Europa.

En las minas de Chuquicamata—las más grandes del mundo—, una reserva de 20.200.000 toneladas aguarda el curso de las explotaciones. En Potrerillos la reserva alcanza un total de 1.700.000 toneladas, y en El Teniente se cuenta con cuatro millones y medio de toneladas por extraer a la montaña de Sewell, donde está el yacimiento.

Tales son los tres centros principales de la industria cuprera, que es regida por el Departamento del Cobre, organismo estatal de reciente creación.

En la historia del cobre se señala que, muchos años antes del descubrimiento de América, los aborígenes trabajaban en forma rudimentaria depósitos cupreros en la zona norte chilena. Se denominaban «chucos», de lo cual parece derivar el nombre «Chuquicamata». Fueron dominados por los incas, quienes construyeron toscos hornos en los bancos del río Salado, donde fundían el mineral. En el tiempo subsiguiente a la conquista española, la Historia registra el hecho de que el capitán don Diego de Almagro, a su regreso a El Cuzco, en 1536, obtuvo de los mencionados hornos herraduras de cobre para las cabalgaduras de su tropa montada.

Entre 1560 y 1879, las venas de alta ley que se encontraban en Chuquicamata fueron explotadas sumariamente por españoles y bolivianos. Al incorporarse a Chile el territorio, el yacimiento comenzó a explotarse de manera constante, aunque circunscrita a las venas de alta ley. En la actualidad, dentro de la producción de la gran minería del cobre, Chuquicamata representa el 43 por 100. En 1956, la industria cuprera en general aportó el 53,5 por 100 de las divisas de que dispone el país; pagó al Estado 63.354 millones por concepto de tributos—lo que significó el 23 por 100 del total de entradas fiscales—y realizó compras de productos y artículos nacionales por valor de 8.700 millones de pesos.

De estos antecedentes puede colegirse la significación económica que la industria cubrera encierra para el país. Después de la guerra mundial última, la producción fluctúa alrededor de las 360.000 toneladas por año.

Las alternativas del mercado mundial y sus precios, lógicamente, despiertan la preocupación de los chilenos, ya que cada centavo de dólar por libra de cobre, en descenso o alza, se proyecta de inmediato sobre la economía general del país.

Por esta razón se resolvió hace dos años la reforma legal tendiente a estimular y mejorar la industria. Se volvía notorio que la situación del cobre estaba lejos de ser satisfactoria. La legislación vigente entonces, con un sistema tributario discriminatorio para las compañías productoras, significaba en la práctica un impuesto a los costos de producción y no un gravamen sobre las utilidades. Frente a competidores que explotaban minerales de leyes mucho más altas, como los de Rhodesia, o de costos más reducidos, como los del Canadá, la gran minería cuprera chilena no podía tener expansión ni desarrollo mayor. Una ley promulgada en mayo de 1955 alteró el referido régimen al establecer un sistema impositivo destinado a fomentar la producción y a dar facilidades para la inversión de capitales en la industria. Esto determinó a las empresas productoras a realizar un plan de nuevas inversiones por más de 130 millones de dólares sobre los capitales ya invertidos, que ascendían a 350 millones de dólares. Es así como en la actualidad la gran minería del cobre en Chile se encuentra empeñada en sus planes de ampliación, transformación y modernización, tendientes a bajar costos y a aumentar la producción, para competir satisfactoriamente en el mercado internacional.

A este respecto puede sintetizarse la situación cuprera chilena en las palabras pronunciadas ante la prensa norteamericana por el presidente de la Anaconda Co., que explota Chuquicamata y Potrerillos, señor Roy Glover:

«En relación con nuestras perspectivas, el problema de los próximos cinco años no consiste en encontrar mercados para nuestra producción, sino en cómo puede aumentarse la producción en forma adecuada para hacer frente a la siempre creciente demanda, provocada por la nueva técnica y por el constante crecimiento de la población.»

REALIDADES Y PROYECCIONES FUTURAS

Chile es un país en creciente desarrollo. Se encuentra en un período de capitalización interna, que significa, consiguientemente, la creación de nuevas fuentes de producción, y en forma paralela, de centros de empleo y tecnificación. Ha venido afrontando una intensa inflación, que se ha combatido con decisión y sacrificios.

La economía del país puede dividirse, en este último medio siglo, en dos grandes períodos: anterior a la gran depresión que se inició en 1930, y posterior, con variaciones de acuerdo con los factores externos que gravitaron en sentido positivo o negativo. En el primero hubo lento crecimiento de las industrias y actividades internas, debido a las limitaciones propias del mercado nacional y a que se produjo el incremento

vigoroso de las industrias de exportación, estimuladas por las fuerzas expansivas del mercado internacional. En el segundo, el país comenzó a desarrollar nuevas fuerzas, que estimularon el desenvolvimiento interno de su economía, con decrecimiento de sus exportaciones.

Característica de la realidad económica chilena—como ha podido observarse—es su dependencia del factor externo, como país productor de materias primas, puesto que las variaciones del precio del cobre o del salitre influyen resueltamente sobre la estructura total de su economía.

Por otra parte, cabe señalar que sus importaciones alcanzan un promedio de 500 millones de dólares por año, mientras que las exportaciones llegan sólo a 400 millones. El 50 por 100 de estas transacciones se efectúan con los Estados Unidos.

De lo anterior se desprende la necesidad de diversificar la producción, para obtener mayores fuentes de entradas, que liberen al país de la espada de Damocles que supone su dependencia económica de sólo dos productos de exportación. Y en tal virtud está orientada la política económica chilena desde hace poco más de quince años. La construcción de centrales hidroeléctricas, estímulo a las industrias maderera y de pesquería; planes de electrificación, agrícolas; fomento a la siderurgia y máxima utilización de todos los recursos naturales, constituyen las bases de esta política.

Mientras tanto, el país mira confiado al porvenir. Tiene fe en su futuro y guarda el propósito de encarar sus propias responsabilidades ante América y el mundo. Al margen de las incertidumbres internacionales o de las querellas circunstanciales, Chile está consciente del lugar que le corresponde en el bloque de Repúblicas hispanoamericanas y capitaliza su esfuerzo económico para estructurar su aporte material y espiritual al destino de América. Así, Chile, en el presente, va con segura confianza hacia el porvenir.

HÉCTOR SUAREZ

Un torero llamado el "Yankee"

(Viene de la pág. 17.) Houston, en Texas, con lo cual su cartel en aquellas regiones se valoró indudablemente.

Tan pronto le fué concedida la licencia del Ejército, Fulton partió para España, en donde se entregó a un entrenamiento severísimo, granjeándose pronto la amistad de varias destacadas figuras del toreo: el «Gallo» y Belmonte entre ellos.

Hoy, después de su intervención en varios festivales y corridas—en Ubrique, cerca de Ronda; en Alagón, en Málaga, en Cartagena—, el «Yankee», que tal es su nombre taurino, lleva camino de superar la fama y los éxitos de otro compatriota suyo, Sidney Franklin, que ocupó hace algunos años un puesto de relieve en los carteles de las plazas españolas.

UNA TORERA YANQUI EN FILIPINAS

En las islas Filipinas el nombre de Bette Ford es conocidísimo entre los aficionados a la fiesta brava. Muchas revistas dan su retrato en las portadas y la televisión lleva a los hogares su fotogénica belleza. Son seis hasta ahora las corridas en que Bette Ford, la antigua modelo y actriz, ha tomado parte en tierras filipinas, y sus aventuras, unas reales, otras fantásticas, llenan en español, inglés y tagalo las columnas de los periódicos de aquellas islas.

Los críticos que la han visto dicen que posiblemente Bette Ford sea, entre las «señoritas toreras», la que mejor maneja el estoque. De hecho, a lo largo de tres años de actuación en las plazas de México, América Central y Filipinas, Bette Ford arrastra una considerable cantidad de admiradores, que aplauden no sólo su arte torero, sino su belleza estallante.

Bette debutó el 4 de julio de 1954 en Matamoros, localidad mexicana cercana a la frontera, después de un año de severísimo entrenamiento con los más destacados maestros y de asistir a todas las corridas, festivales y tientas que estaban a su alcance, y de leer y estudiar, asimismo, toda la literatura taurina que cayó en sus manos.

Miss Ford marcó una fecha importante en la historia taurina azteca, ya que ha sido la primera mujer que ha toreado a pie en México. Tres corridas en el coso de la capital, en 1955, convencieron a los más escépticos, y una adecuada propaganda en revistas y la televisión llevaron su fama a todos los rincones.

En un país en que la propaganda es parte fundamental de cualquier empresa, Bette Ford ha sabido buscar recursos—al fin y al cabo ha sido actriz antes que torera—para aumentar más la atracción en torno a su figura. Y así, de pronto, la que hasta entonces poseía una cabellera dorada apareció luciendo un pelo ceniciento, de reflejos rojizos. La literatura en torno a su nombre relata ya aquella ocasión en que, herida de un puntazo en la cara, la sangre que manaba de su rostro contrastaba bellamente con el color de sus cabellos en desorden.

Al comienzo de su cuarto año de vida torera, Bette, que celebró en Nueva York su vigésimosexto aniversario recientemente, convenientemente aireado por la prensa, la radio y la televisión, prepara ahora su nueva jira por Hispanoamérica.

JOSÉ DE SEGURA

El mensaje de Bernadette

(Viene de la pág. 10.) rostro bañado en lágrimas, Bernadette se vuelve a la multitud y repite por tres veces una sola palabra:

—¡Penitencia!

La multitud, conmovida, se retira en silencio.

Al día siguiente, la conducta de Bernadette resulta, para las turbas que han acudido de nuevo, inexplicable. La muchacha está con el rosario entre las manos, arrodillada, cuando de repente se dirige a rastras a la gruta y empieza a arañar el suelo cenagoso de la cueva; el barro le salpica la cara... Donde Bernadette ha hundido las manos surge un manantial de agua fresquísima y limpia.

EL PRIMER MILAGRO

No son ya quinientas o seiscientas personas las que se dirigen a la gruta, sino mil, dos mil, tres mil... El alcalde de Lourdes pierde la cabeza y se dirige al prefecto de la región; éste da órdenes al comandante de la Gendarmería; el comandante las transmite a sus subordinados: «Orden de llevar el mosquetón cargado y la pistola en el cinturón.» Al alba, los gendarmes, aterrorizados, ven llegar a la gruta una multitud compuesta por unas 20.000 personas.

La Dama no ha dicho todavía su nombre. Pero ha expresado a Bernadette su deseo de que en aquel lugar se construya una capilla. La pastora va a comunicárselo al señor cura.

—Pero vamos a ver, muchacha: ¿qué es esa aparición?

—Es una Dama muy hermosa, rodeada de luz.

—¿Y cómo se llama?

—No lo sé; no me lo ha dicho.

—Entonces, hija mía, ¿cómo ¿quieres que hagamos una capilla en honor de alguien a quien no conocemos?

Pero el cura acabará por enterarse. En la noche del 24 al 25 de marzo, Bernadette oye una llamada misteriosa. El jueves 25 de marzo es la fiesta de la Anunciación; Bernadette está al alba en la gruta. Cuando la Dama se aparece, la niña le pregunta su nombre. La Señora sonríe y, por fin, le contesta:

—Soy la Inmaculada Concepción.

Bernadette vuelve al pueblo, repitiendo durante el camino las palabras de la Señora, pues tiene miedo de que se le olviden, y se dirige a la parroquia.

—Bueno—le dice el señor Peyramale, el cura—, ¿qué vienes a contarme hoy?

—Soy la Inmaculada Concepción—dice la niña en el dialecto de la comarca.

—¡Cómo! Repite esas palabras...

—Es la Señora la que me lo ha dicho.

El cura se estremece y vuelve a preguntar:

—¿Sabes, al menos, lo que quiere decir lo que me estás diciendo?

Y Bernadette contesta:

—No, señor cura. Pero he venido repitiéndolo desde la gruta para que no se me olvidara.

Después de esta aparición, Bernadette vuelve a ver solamente dos veces a la Señora: el 7 de abril y el 16 de julio. Su misión ha terminado. Años después entra en un convento de religiosas en Nevers. No fué nunca una mujer instruída. La abadesa de su convento la describe «como una verdadera campesina».

Y VERAN LOS CIEGOS

El mismo año de las apariciones, el doctor Dozous, el escéptico galeno que había tomado el pulso a Bernadette cuando ésta entraba en trance, contaba entre sus enfermos a un picapedrero víctima de un accidente: al estallar un barreno en las canteras del pico de Ger, una carga le había explotado en la cara. Había sucedido esto veinte años atrás, y desde entonces Pierre Bouriette, que así se llamaba el obrero, había luchado, con ayuda de los médicos, porque la llaga purulenta en que uno de sus ojos se hallaba convertido no se extendiera al resto de la cara. No se podía pretender más.

Pero Bouriette no había perdido la esperanza. Cuando oyó contar que el agua de Massabielle había hecho curas milagrosas, fué a consultar con el doctor Dozous. «¿Y si probara...?»

El médico trató de disuadirle. Sí, en efecto. El también había oído rumores: una mujer paralítica se había puesto en pie después de frotarse las piernas con el agua

de la gruta; un niño había sido curado de sus convulsiones... Pero ¿qué era todo ello? Típicas manifestaciones histéricas...

—Escucha, Pierre: haz lo que te dé la gana. Ve a la gruta, báñate el ojo con el agua milagrosa. Y si vuelves sano..., te prometo que creeré que ha sido un milagro.

El agua de Massabielle llevaba sólo unos días fluyendo, y el lecho cenagoso de la gruta la enturbiaba considerablemente. Bouriette recogió una poca en el hueco de su mano y bañó la órbita purulenta. Se levantó y cerró el ojo bueno, intentando ver con el enfermo. Se tambaleó, las piernas le abandonaban: VEIA. Recogió su gorra del suelo y, sin acordarse de dar las gracias a la Virgen, corió al domicilio del doctor Dozous:

—Curado, curado, doctor... Ya veo.

Dozous conocía bien a ese tipo de ilusos. Cogió un papel y escribió una frase que se iba a hacer célebre: tapó con su mano el ojo bueno del picapedrero y le dijo:

—Puesto que estás curado, haz el favor de leer lo que acabo de escribir. Y Bouriette leyó:

Bouriette padece una amaurosis incurable. No puede ver. No verá jamás.

Y así fué cómo el doctor Pierre Romain Dozous dió origen al primer documento del Archivo de Comprobaciones Médicas de Lourdes.

LA FE DE UNA MADRE

Pocos días después se produjo otra curación milagrosa, históricamente comprobada: la del niño Louis-Justin Bouhohorts. Este niño padecía, desde su nacimiento, de lo que se llamaba entonces «osteomalacia», esto es, un síndrome de fragilidad ósea. Contaba año y medio de edad, y el pobrecito no había salido de la cuna. Su madre le prodigaba todos los cuidados imaginables, pero los médicos habían vaticinado al niño una vida muy corta.

Un día la señora Bouhohorts encontró al niño rígido, presa, al parecer, de un coma. Llamó a las vecinas. Era cosa de momentos. Alguna pensó ya en los preparativos para el entierro y trajo un sudario apropiado para el tamaño del niño. La madre, de repente, tuvo un acceso de furor:

—Podíais esperar, al menos, a que estuviera frío para enterrarlo.

Cogió un delantal de cocina, envolvió al pequeño y salió de casa, enloquecida.

—¿Dónde va? Detenedla—gritaron las vecinas.

La señora Bouhohorts se dirigió a la gruta. Por el camino tropezó varias veces y estuvo a punto de caer con el niño. En la gruta estaba Bernadette arrodillada, rezando. Los compañeros de Bouriette habían cavado una oquedad junto al manantial, y el agua iba a remansarse en esta primera y rústica «piscina». Estaba muy fría. La madre desvistió al niño y lo sumergió bruscamente, sosteniéndole en alto la cabeza. El pequeño Louis estaba pálido y rígido; al sacarlo del agua, su cuerpo se había puesto azul. La señora Bouhohorts, un poco asustada, lo envolvió en el delantal y se dirigió a su casa.

—No has tenido paciencia para que se muriera solo—le dijo su marido al verla volver.

La madre dejó al niño en la cuna y se puso a rezar:

—Mira, respira. Y parece tranquilo...

Louis pasó la noche en calma, y por la mañana se despertó gritando y reclamando la pitanza, cosa que no había hecho nunca. La madre, dichosa, le dió de comer, lo lavó y se fué luego a ocuparse de los pequeños menesteres de la casa.

Al poco rató oyó como si un animalito trotara en la habitación de al lado. Abrió la puerta y encontró a Louis-Justin en el suelo, de pie, titubeando y dirigiéndose hacia ella, con las manos extendidas y una sonrisa en los labios. La madre cayó de rodillas y extendió los brazos en cruz.

Ocurría esto el 29 de febrero de 1858. Louis-Justin, el niño deshauciado por los médicos, murió septuagenario en 1935, en Pau, donde había sido jardinero de los preciosos parques de la ciudad pirenaica.

LO QUE HACE FALTA PARA QUE LA IGLESIA ACEPTE UN MILAGRO

Desde que Dozous fundó el Bureau Médical han sido miles y miles los casos de curaciones «inexplicables» que han recogido sus archivos. La Iglesia, sin embargo, no ha reconocido oficialmente como milagrosos más que una cincuentena. Antes de pronunciar su sentencia, el Episcopado estudia con suma atención los datos recogidos por el Bureau Médical y multiplica las encuestas. Una curación no puede ser declarada «milagrosa» si no satisface las siete reglas establecidas por el Papa Benedicto XIV. Es preciso probar:

1. Que la enfermedad existía.
2. Que era grave, y si no incurable, al menos de difícil curación.
3. Que la curación repentina no había sido precedida de una mejora perceptible.
4. Que ningún remedio había sido aplicado en los días precedentes o que los remedios aplicados habían resultado ineficaces.
5. Que la curación había sido súbita o casi súbita.
6. Que la curación había sido perfecta.
7. Que la curación había sido definitiva.

Estas reglas, realmente rigurosas, explican por qué un gran número de curaciones espontáneas registradas en el Bureau Médical por doctores en Medicina (al doctor Dozous siguieron los doctores Saint-Maclou, Boissaire, famoso por su polémica con Zola; Le Bec, Marchand, Abadie, Vallet, y actualmente, el doctor Pellissier) y con frecuencia por grandes especialistas que han acudido a Lourdes movidos por la curiosidad, no han sido aceptadas como milagrosas por la Iglesia.

Un caso de éstos, y relativamente reciente, ha sido el del niño Gérard Baillie, cuya curación había sido juzgada como extraordinaria por el Bureau Médical de Lourdes en 1948 y por una Comisión médica de París al año siguiente. Sin embargo, la Comisión Canónica de Lille, encargada de resolver en última instancia, tomó como pretexto una declaración del doctor Delogède Nancy a propósito de que «ciertas mejoras de la vista pueden producirse por la influencia de un *shock* nervioso», para denegar el carácter milagroso a la curación.

Gérard Baillie nació en 1940 en Saint-Pol-sur-Mer. Contaba año y medio cuando fué víctima de una enfermedad cruel: coriorretinitis bilateral, esto es, una infección progresiva y evolutiva de las túnicas internas del ojo, coroide y retina. La destrucción de la retina implica la desaparición de los conos y bastoncillos, esto es, de las terminaciones nerviosas y sensoriales de la vista; las células nerviosas no se regeneran jamás; al

destruirse la neurona, la ceguera es inevitable e incurable.

Gérard ingresó a los dos años y medio en el Instituto para niños ciegos de Arras, donde empezó a descifrar la escritura Braille. Un día sus padres decidieron llevarle a Lourdes.

Al llegar a Lourdes, el niño estaba totalmente ciego. Hay testimonio de muchas personas que le vieron, a más de quince certificados médicos. Al tercer día de la peregrinación, Gérard seguía sin ver; pero al cuarto, cuando, de la mano de su madre, recorría el sendero rocoso del via crucis, se arrodilla a la tercera estación, reza un Padrenuestro y un Avemaría, se levanta, vuelve su carita a su mamá y le dice:

—Mamá, qué bonito vestido llevas.

Y empieza a señalar con el dedo y a enumerar los objetos que están más próximos a él.

El médico que le atiende en Lourdes no se atreve a creer en su propio diagnóstico. Mete al niño en un coche y lo lleva a Tarbes para que lo examine un famoso oftalmólogo, el doctor Camps. Por el camino Gérard hace numerosas preguntas: aquello es nieve, esto son montañas, ahora cruzamos un río... Es preciso explicarle todo, es preciso explicarle lo que son las montañas, la nieve, el sol. El doctor Camps comprueba que el niño no «debiera ver», dado el estado de sus ojos, y que, sin embargo, ve.

Otros oftalmólogos, entre ellos un inglés, el doctor Smith, le examinan. En 1950, tres años después, se comprueba que las túnicas y los nervios ópticos se han regenerado por completo, a pesar de que la experiencia clínica prueba que la destrucción infecciosa de la retina es una lesión irreparable.

EL CASO DEL SARGENTO TRAYNOR

Es el mes de octubre de 1914. Se está librando a las puertas de Anvers una batalla espantosa. Las ambulancias que llegan a Amberes están llenas de cadáveres. En una de ellas hay un muchacho de veinticuatro años con el cráneo destrozado, pero parece vivir todavía; se le opera urgentemente, y el herido recobra el conocimiento cinco semanas más tarde.

Jack Traynor, que así se llama el muchacho, está, al cabo de un año, otra vez en el campo de batalla. Vuelve a ser herido gravísimamente al atacar la fortaleza de Sebdul-Bar: tiene dos balas alojadas en el pulmón y una tercera le ha destrozado el plexus nervioso que dirige los movimientos del brazo. Le opera con infinitas precauciones el médico personal de Eduardo VII, sir Frederik Treves, que intenta suturar, sin éxito, las fibras nerviosas; cuando el estado general de Jack lo permite, el muchacho es embarcado con dirección a Inglaterra en el barco-hospital *Gurka*. El sargento Traynor es un inválido.

Una segunda operación y una tercera no producen más resultado que dejar al pobre muchacho tan extenuado en lo moral como en lo físico. Además se le empiezan a presentar terribles dolores de cabeza. Una noche, en el hospital de Portsmouth, los dolores son tan atroces, que se pone a aullar como un loco. Pierde el conocimiento, y cuando lo recobra, se encuentra atado a la cama. El médico le explica que ha sufrido un ataque epiléptico. Las crisis se multiplican a partir de ese momento. La pensión que le otorga el Ministerio de la Guerra es aumentada de un 80 a un 140 por 100, visto que «la presencia de una enfermera a su lado es absolutamente necesaria».

Se piensa en amputarle el brazo como un posible foco epiléptico, pero Jack se opone. Los músculos del brazo inerte comienzan a atrofiarse. Un cirujano amigo sospecha que las crisis puedan provenir de un traumatismo craneano, consecuencia de las heridas de Anvers, y esta vez Jack acepta ser operado. Las consecuencias son espantosas: no sólo las crisis epilépticas se suceden como antes, sino que, a causa del estado de agotamiento total del inválido, la cicatriz ósea del cráneo permanece abierta. Jack Traynor, epiléptico y paralítico, llevará de ahora en adelante una placa de metal en la cabeza.

Estamos en 1923. Han pasado ocho años desde que el sargento Traynor fué herido en Anvers. En el hospital de Incurables de Mosley Hill el director espera a un nuevo huésped, pero éste no se presentará jamás. El sargento se ha enrolado en la peregrinación que sale de Liverpool para Lourdes.

—Un viaje de 1.600 kilómetros. No volverá...

Antes de meterse en el barco, Traynor, en su sillón de ruedas, ha hecho que le llevaran a una zapatería y se ha comprado un par de botas de montaña. ¡Y llevaba siete años sin tenerse de pie!

Al llegar a Lourdes se presenta en el Bureau Médical, donde se le hace la siguiente ficha:

«Jack Traynor sufre: 1) de epilepsia, con crisis graves y frecuentes; 2) de parálisis de los nervios radial medio y cúbito del brazo derecho; 3) de atrofia de los músculos escapulares y pectorales del lado derecho; 4) de traumatismo craneano, con abertura de trepanación, sin cerrar; 5) de ausencia de movimientos voluntarios en las piernas y pérdida de sensibilidad; 6) de pérdida de control corporal.»

Los camilleros se sienten impresionados cuando lo llevan a la piscina. Al sumergirlo, el agua glacial le hace retorcerse de dolor. Los enfermeros están alerta por miedo a que se reproduzca un ataque epiléptico; lo sacan de la piscina y le llevan rápidamente al hospital.

A la mañana siguiente Jack Traynor salta de su lecho; se lava, se afeita y sale del hospital andando, totalmente curado.

LA CIUDAD DE LOS MILAGROS

Lourdes... ¿Qué significa esa ciudad, nacida de la plegaria, que ninguna razón de ser, ni económica ni topográficamente, tiene a los ojos del geógrafo? Una campesina oscura, que, fuera del breve período de sus visiones, apenas se disntiguió de las otras, reconoció a la Santísima Virgen como interlocutora de sus éxtasis y recibió de Ella un mensaje para la humanidad. Y durante un siglo las multitudes acuden, año tras año, al pequeño rincón pirenaico; los enfermos acuden en sus carritos de todos los puntos del globo...

La existencia de Lourdes en un mundo materialista como es el nuestro resulta realmente inconcebible según las leyes humanas de la necesidad y el interés; prueba, sin embargo, que hay realidades tan importantes como el comer y beber, realidades a las que el hombre sacrifica comodidades, dinero y tiempo. Porque el hombre «no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Pero «¿qué es lo espiritual en Lourdes?», se preguntan algunos. Y añaden, no sin malicia: «Lo que vienen a buscar aquí esos inválidos de los carritos es la más vulgar de las esperanzas: el milagro que ponga fin a su dolor.»

No, no es así. Y no todos, aunque las curaciones se cuenten por millares, se curan en Lourdes. Lo que vienen a buscar, aun en el ápice del sufrimiento físico, esos enfermos, es la resignación, la aceptación, la confianza. Lo que vienen a curar es más el espíritu que el cuerpo.

Nuestra civilización ha querido eliminar el sufrimiento. Y cuando el sufrimiento aparece, el hombre se siente desconcertado, abrumado, porque ha perdido la conciencia del dolor, ha olvidado el sabor de la desgracia. No sabe qué hacer, no sabe a dónde dirigirse. Las «píldoras de la felicidad» son impotentes para calmar un auténtico sufrimiento, una de esas dolencias, físicas o morales, que arrancan nuestro ser de cuajo, de raíz.

Y es entonces cuando se dirige a Lourdes. Porque Lourdes le devuelve el sentido del dolor.

Este y no otro fué el confiado mensaje a Bernadette cuando, con el rostro bañado en lágrimas, dialogaba con la Señora, de quien no conocía el nombre.

LIBROS ABIERTOS

ENSAYOS MEDICOS Y LITERARIOS, *por Francisco Marco Merenciano.—Prólogo de Pedro Laín Entralgo y J. J. López Ibor; selección y notas de José M.ª Poveda. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1958.*

En la larga nómina de los médicos escritores, que tan preclaras firmas ha dado a la literatura española, se puede contar desde ahora con la de Francisco Marco Merenciano, nacido en Liria (Valencia) en 1903 y muerto en 1954, cuando su vida profesional y su obra literaria prometían triunfos nuevos y seguros.

Los amigos del doctor—buenos cuidadores son los nombres de Laín Entralgo y López Ibor, que presentan el libro—se han ocupado de la tarea—grata si se hace por fidelidad al amigo y respeto y amor a su obra—de conjuntar los trabajos dispersos de Marco Merenciano. Acaso entre todas las ramas de la Medicina no haya otra como la de la Psiquiatría donde más precisa sea una voluntad y una vocación de escritor para tratar sus temas. Marco Merenciano, psiquíatra y psicólogo agudísimo, unió con un feliz resultado su profesión primera a su gratuita vocación para escribir estas páginas, que han de tener un interés singular no sólo para el técnico en las cuestiones psicopáticas, sino para el lector en general, porque la prosa del doctor Marco Merenciano tiene la suficiente flexibilidad, claridad y elegancia para que el seguidor de sus escritos se vea pronto captado por el escritor. Aparte de los capítulos donde se tratan temas que tienen didácticamente un interés fundamental, existen dos apartados en el libro de verdadera importancia: los que se dedican a San Agustín y a Santa Teresa. También el capítulo «Sexo y cultura» está lleno de novedad en su planteamiento y de agudeza en el estudio de sus diferentes divisiones.

LA BIBLIA PARA LOS NIÑOS, *por P. César Gallina, M. S. C.—Traducción del italiano por monseñor Cipriano Montserrat (Antiguo Testamento). Editorial Luis Gili. Córcega, 415. Barcelona, 1957.*

Una vez más se trata en este libro de poner los sagrados textos a la altura de la juventud, eliminando todo aquello que pudiera ser de difícil comprensión y buscando una forma verbal de fácil inteligencia. Esta nueva Biblia, de la que se publica ahora el Antiguo Testamento, ha logrado felizmente su objetivo. Cada capítulo tiene la justa esencia de lo glosado, y así resulta una estupenda iniciación para lecturas posteriores más completas de los textos sagrados. Una serie de preguntas se formulan al acabar cada parte, para que el lector pueda recapitular sobre lo leído y estructurarlo mejor en su memoria.

El estilo es claro y singularmente didáctico, y además se ha resuelto en esta edición el grave problema de la ilustración de los pasajes religiosos. Los grabados, de J. Schnorr—hasta 48 contiene el libro—, son sugerentes y evocadores. Hay algunos a todo color, y son, en suma, un complemento acertadísimo del cuidado y sintético texto.

ANTOLOGIA POETICA EN HONOR DE GARCILASO DE LA VEGA.—*Selección y razón previa por Antonio Gallego Morell; estudio preliminar de Gregorio Marañón. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1958.*

Antonio Gallego Morell, estudioso atento y capaz de las letras españolas, ha tenido siempre una devoción marcada por el poeta toledano, y esta fidelidad, que ya había dado frutos estimables, tenía que cuajar un día en una obra de mayor importancia. Hoy se ha cumplido esto con la publicación del libro que nos ocupa. La revisión del poeta, su actualización, más efectiva que erudita, que ha tenido lugar en estos últimos años, se ha logrado ahora cumpliendo ambos extremos de la recordación, porque nada mejor que una corona tan amplia como la recogida por Gallego Morell a través de los siglos que han sucedido a Garcilaso para que sirva de rememoración y homenaje.

Emociona ver en esta selección como, a lo largo de los años, diferentes poetas, afiliados a distintas maneras y escuelas, han movido su pluma para elogiar a Garcilaso o para apoyarse en sus versos y cantar desde ellos. Antonio Gallego Morell ha puesto en su justo lugar la estimación y la valoración dilatada del poeta. A la estupenda colección de poemas en castellano se unen otros en latín, italiano, portugués, francés, catalán e inglés, y en el tiempo, «desde los versos de su amigo Boscán hasta composiciones nacidas en los veladores del café Gijón, de Madrid, en el tercer cuarto del siglo XX», como nos dice Gallego Morell en la atinada introducción del libro.

Gregorio Marañón, con su autoridad y magisterio, ha escrito un excelente prólogo, que enriquece el libro, en el que estudia detenidamente la vida y la gloria de Garcilaso, «grave y dulce poeta, lleno él también de claridad y pesadumbre, como definió en un verso—de los eternos, de los que se saben de memoria para siempre—a Toledo, la ciudad donde vivió, y sufrió, y creó».

El libro está bellísimamente editado, y se hace expreso en el colofón que se ha terminado conmemorando el IV centenario del emperador Carlos V, el señor tan bien servido por tan preclaro caballero.—J. G. N.

I Exposición Iberoamericana de Arte Infantil

Se celebrará en Madrid en 1959

Ha sido convocada la Primera Exposición Iberoamericana de Arte Infantil, que se celebrará en Madrid (España) el día 6 de enero de 1959, organizada por la Oficina Iberoamericana de Educación. Han sido editadas las normas que regulan dicha Exposición. Pueden ser solicitadas a la O. I. E., Ciudad Universitaria, edificio del Instituto de Cultura Hispánica, Madrid (España).

Amistad inviolable entre España y Argentina

(Viene de la pág. 40.) común del idioma—sangre del espíritu, como lo llamó Unamuno—y nuestro común entronque histórico han podido mantener esta amistad inviolable entre España y Argentina, a pesar del largo tiempo que estuvieron interrumpidas nuestras relaciones comerciales. Creo, sin embargo, que por más fuertes que sean los imperativos de los pueblos, las relaciones entre los mismos no se intensifican sólo con declaraciones vagas y sentimentales, sino con los hechos concretos, como el que acabamos de realizar.»

PUNTOS PRINCIPALES DEL CONVENIO

El examen del texto completo del Convenio Comercial y de Pagos Argentino-español permite resaltar las siguientes particularidades ofrecidas respecto a la generalidad de los acuerdos de pagos que normalmente ha concertado nuestro país:

Ambos Gobiernos se conceden mutuamente el trato de nación más favorecida, y se prevé incluso la posible articulación respectiva dentro de integraciones o sistemas preferenciales que rebasen el ámbito nacional (artículos 2.º y 3.º).

Son permitidas las operaciones de tránsito o de reexportación, así como los pagos en moneda de un tercer país, aunque siempre previa conformidad de las respectivas autoridades competentes (artículos 1.º y 14).

La unidad contable del convenio es el dólar U. S. A., como en la mayor parte de los acuerdos de pagos que tiene concertados España. Se precisa, por otro lado, que a los dólares «cuenta-convenio argentino-español se aplicarán cambios no menos favorables que los vigentes para los dólares estadounidenses de libre disponibilidad (art. 12.).

La prolongada duración prevista para el convenio (15 de marzo de 1958-31 de diciembre de 1971, que supera la brevedad de otros acuerdos, permitirá nivelar posibles desequilibrios temporales y facilitará la fluidez del intercambio. Cada tres años, sin embargo, el país que tenga posición deudora liquidará su saldo negativo mediante transferencia telegráfica en dólares estadounidenses de libre disponibilidad, en monedas transferibles que acepte el país acreedor (arts. 16 y 22).

No se incluyen listas anexas de intercambio, con especificación de cupos o contingentes, por lo que las mutuas exportaciones pueden desarrollarse con la mayor libertad, sujetas tan sólo a las disposiciones de carácter general que, respecto a su comercio, rijan en ambos países (artículo 5.º).

Arturo Frondizi

(Viene de la pág. 47.) pueblo son evidentes en la hora de la prueba de septiembre de 1955: cuando fuerzas poderosas se alzan contra él, se encuentra prácticamente solo. Si la etapa Lonardi—convivencia nacional, ni vencedores ni vencidos, unidad de los Sindicatos, mantenimiento de las conquistas sociales, nacionalismo—se hubiera consolidado en su carácter de continuación de la revolución de 1943 por vías pacíficas, el peronismo habría pasado a la Historia. Pero el golpe del 20 de noviembre instaló en el dominio político al «gorilismo», representación cabal de las tesis oligárquicas. La Argentina reasumió su viejo papel de frigorífico inglés, los Sindicatos se intervinieron y dividieron, el signo católico de la revolución libertadora fué burlado. Y la figura de Perón volvió a engrandecerse y a contar con masas fervorosas de partidarios. Entre «gorilas» del coloniaje y terroristas autosignados de «peronismo», el país arde en un clima de guerra civil.

Y Frondizi, heredero de una corriente radical irigoyenista, popular y nacional, defensor acérrimo de aquello en que se basa toda auténtica defensa de la independencia nacional—la promoción al máximo de las fuentes energéticas del país—, rodeado por muchos hombres de distintos campos, pero todos probados en la pasión por la Argentina—Scalabrini Ortiz, Jauretche, Amadeo, etcétera—, tiene que reducir a convivencia pacífica esa guerra civil y tiene que tomar el timón fuertemente en sus manos para dar un tremendo viraje hacia la independencia económica nacional.

Pocos han conquistado el poder tan aplastantemente como él. Pero también pocos lo han conquistado sujetos a un compromiso doctrinario tan grande. No se ha votado a Frondizi persona: se ha votado un plan de gobierno: el plan contrario al de la oligarquía. Frondizi es prisionero de sus promesas. Si sabe cumplirlas, esa prisión puede darle alas para clavarle decisivamente en las páginas cumbres de la historia argentina.

J. L. RUBIO

estafeta

VACACIONES EN INGLATERRA, Archer's Court, Hastings. Teléfono 51577. — Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0. (pesetas 1.235) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0. (pesetas 882) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines arboleda, extensos. Escriban vuelta correo.

CESAR A. DOLDAN. Carrasco, 480. Buenos Aires (R. Argentina).—Desea correspondencia con personas de cualquier parte del mundo aficionadas a la colección de botellas de bebidas en miniatura.

MARIA ANGELES CANO. San Francisco, 48. Alcoy (Alicante).—Desea correspondencia con jóvenes de veinte a treinta años, en francés y en español, para intercambio de postales, revistas, etc.

RAMON MORALES PACHECO y RAFAEL BENITEZ GARCIA. Tercio Gran Capitán, I de la Legión; 19 compañía. Plaza M. M. Tauima (Marruecos).—Desean correspondencia con jóvenes españolas o extranjeras.

ELIAS CANO. Avenida de los Mártires, 6. Ubeda (Jaén).—De dieciocho años de edad, solicita correspondencia con señoritas extranjeras de dieciséis a veinte años, en francés o español.

ERIC WILLEAUME. 525, Ch. de Waterloo. Bruxelles. De dieciocho años de edad, solicita correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo en inglés, español, holandés o francés.

CRISPIN GONZALEZ ALONSO. Corredera del Cristo, 28. Talavera de la Reina (Toledo).—De diecisiete años de edad, solicita correspondencia con alguna joven hispanoamericana, en español o francés.

MIGUEL MARIN CRUZ y LUIS RAUL ALVAREZ BLANCO. Sanatorio de la Asunción. Apartado 10. El Escorial.—Desean correspondencia con señoritas mayores de veinticinco años.

FERNANDO MORENO. Tercio Gran Capitán, I de la Legión. Tauima (Marruecos).—Desea correspondencia con señoritas de cualquier nacionalidad.

JOSEFINA ESCODA BARCELO. Mayor, 14. Bandellos (Tarragona). — De dieciséis años de edad, solicita correspondencia con jóvenes de dieciséis a diecinueve años.

MANUEL Z. MEDINA. Carmen, 6. Almería.—Desea correspondencia en español o francés con chicas de todos los países.

MARGARITA MONTSERRAT. Plaza García Drell, número 11. Palma de Mallorca. — Desea correspondencia con estudiantes universitarios, en español o francés.

MARUJA M. J. CHELO ALEMANY, ANA MARIA SENDRA y MARIA GARCIA OLIVER. Ramón y Cajal, 4. Pego (Alicante). Desean correspondencia con jóvenes de veintitrés a treinta años de edad, españoles o extranjeros.

RAMON ANCHO PUYAL. Avenida José Antonio, 48. Sallent (Barcelona).—De veintiún años de edad, solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo.

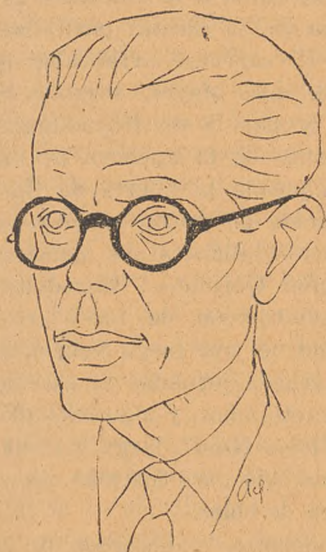
PARMENJO GONZALEZ. Campillo, 942. Alta Córdoba (Córdoba, República Argentina).—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo para intercambio de postales, revistas, etc.

MARILINES FERNANDEZ. Vallehermoso, 104. Madrid.—De dieciocho años, desea correspondencia con jóvenes de cualquier nacionalidad, en español o inglés.

TORRE-PACHECO

HISTORIA DE PEQUEÑAS HISTORIAS

Por LUIS MANZANARES



TORRE-PACHECO es un pequeño lugar en el campo de Cartagena, un campo abierto como la palma de la mano, con molinos de viento y el Mare Nostrum a la vuelta de la esquina. Torre-Pacheco es un pueblo feliz, y por eso su historia no pasa de ser una pequeña historia. Luis Manzanares, el autor de este libro, del que damos aquí algunos capítulos, ha querido con él reivindicar una porción de la geografía española muy poco conocida. El campo de Cartagena tiene dos vecinos de mucha fama: la huerta de Murcia y el mar Mediterráneo, que con un renombre casi mitológico han oscurecido injustamente las bellezas de aquél. "Torre-Pacheco", el libro que hoy, casi recién salido, se asoma a las páginas de MUNDO HISPÁNICO, *quiere reivindicar, a través de la pluma de un hombre sencillo, enamorado de su tierra, esta región suave, de tierras llanas, que está esperando la llegada del agua dirigida para volcarse en una fecundidad sin límites.*

Las velas latinas que surcan el mar azul de Ulises se reflejan, tierra adentro, en las telas triangulares que componen las aspas de estos molinos cartageneros. Uno, después de haber leído el libro de Manzanares, se siente irremediablemente tentado a redescubrir aquellos paisajes, acariciados por la brisa marina, bañados en luz dorada y en olor a yodo, y que tan cerca del agua suspiran, día a día, año tras año, por verla discurrir pacífica, germinal, en los surcos sedientos.

¡Han salido las ramblas!

NEGRA y densa, como un algodón empapado en tinta china, la nube se acercaba por el sudeste, rasando el horizonte—desde los montículos de Cartagena hasta Carrascoy—y componiendo uno de esos fondos apocalípticos que Gustavo Doré escogía para la deificación de sus héroes.

Ya aquella mañana de final de septiembre el sol había roto lanzas de fuego contra un enemigo invisible, pero seguramente aguerrido. Al mediodía, las moscas—las nuestras, las locales, reforzadas por las que venían de Los Alcázares—no cesaron de atormentar a las diligentes amas de casa; en los patios, los gallos, barruntando apariciones extrañas, se transmitieron inquietos alertas, y hasta las golondrinas—afanosas siempre en la callada artesanía de sus nidos—abandonaron los refugios y enfilaron las calles, estremecidas por un ramalazo de locura.

Después de la comida repasé, en la mecedora, mi lección de manuscrito Palucie, acudí a la plaza para disputar una partida de caliche y antes de que sonaran las cuatro—en súbita paz los tejos y prontas las piernas—, jugadores y mirones corrimos hacia la escuela para no retrasar la entrada ni un solo minuto.

Sentados en los bancos, comenzamos a escribir el tema de redacción propuesto. Por las abiertas ventanas nos entraba el vaho de la plazuela calcinada; pronto, remolinos de arenisca azotaron las maderas, y luego un relámpago fulminó su amenaza, y momentos después pesadas gotas de agua refrescaron ligeramente la atmósfera. La tormenta, sorbiendo el último rayo de sol, dejó tan oscurecida la clase, que casi se hacía imposible distinguir las gruesas líneas de la falsilla bajo la hoja del cuaderno. Ignacio Gutiérrez, mi compañero de pupitre, contaba los segundos entre el relámpago y el trueno, calculaba rápido y me susurraba:

—¿Sabes a qué distancia está la nube?

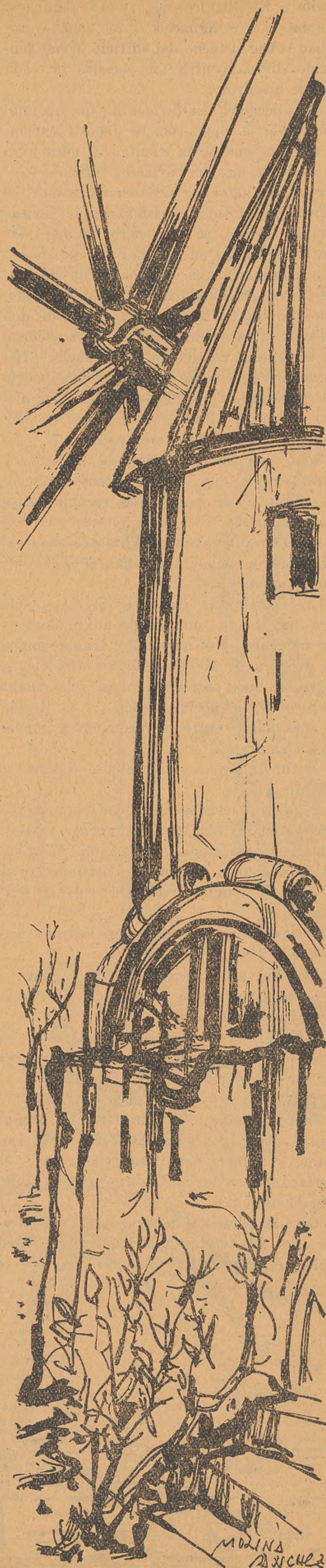
—Sí—le respondía—; a 2.720 metros, porque multiplicando ocho segundos por 340 metros...

—De acuerdo.

El maestro dejó el sillón y salió afuera, para comprobar el cielo y la veleta. Volvió aprisa, serio el gesto, dió un golpe de puntero en la mesa—señal de algo extraordinario—y dijo con aquella voz que se oía precisa y autoritaria, por encima de nuestras cien cabezas: "Los alumnos del campo deben marchar inmediatamente..." "Servidor, servidor, servi..., se..."

Hubo un revuelo de carteras, de papeles con meriendas, de gorras en el perchero, y escaparon los muchachos que vivían en Los Ruices, El Albardinal, Las Mateas, Los Bastida, La Estación..., a uno, dos, tres kilómetros del casco. El silencio se hizo de nuevo; un silencio de clase copada por el temor, roto y agravado en seguida por la arenga del trueno y el látigo violento del agua.

Todos observamos al profesor. ¿Continuaríamos las tareas hasta el primer descanso? ¿Nos permitiría abandonar el local? ¿Quedaríamos en los asientos, relevados de



lección? El abanico del viento jugaba a trombas con el aguacero y los truenos rodaban sobre el techo del edificio, como acusación divina contra los pecados de cada uno de nosotros.

¡Mis pecados! La tormenta—que yo imaginaba ser la misma voz de Jehová acusando a Caín—me pedía cuentas de ellos y yo se las daba, con las párpados cerrados—cobardes al fulgor de las exhalaciones—, el corazón a punto de estallar y la lengua amarga de no sé qué raros zumos. Me sentía náufrago en un mar sin lanchas o empujado hacia una pavorosa sima sin fondo. De vez en cuando abría los ojos, y fijándolos en los pararrayos del chalet de don Eusebio, a excesiva distancia de la escuela, me estremecía con mayor desconsuelo: "No, no me protegerían de una muerte que podría ser instantánea... ¡Señor, Señor, ten piedad de mí...! ¡Prometo ser bueno en adelante! Confiteor Deo omnipotenti..."

Sonó un segundo golpe de puntero, y puesto en pie, don Vicente ordenó con acento—distinto—de padre que recogía nuestras angustias:

—¡De rodillas todos! Vamos a rezar el Trisagio—y haciendo la señal de la cruz—: En el nombre del...

Creí distinguir entonces—en el mismo mar imaginado—una barca auxiliadora, y me pareció que el abismo se transformaba en escalera de fáciles peldaños. Oré con el fervor de las postcomuniones, y el ancho respiro de las noches serenas y la ilusión de mis manos entre las pequeñas y suaves de mi madre.

—Abrid, Señor, mis labios—guiaba el maestro.

Y la respuesta general, de compañeros que habíamos olvidado de repente recelos, disputas y enemistades, ascendía purificada, buscando la gracia del Altísimo.

—Y mi lengua publicará vuestra alabanza.

—Dios mío, en mi favor benigno entiende.

—Señor, a mi socorro presto atiende.

El maestro recitó la plegaria al Padre, y repitió nueve veces:

—Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

Tras la Antífona y la oración final, don Vicente, más bajo el tono, leyó con humildad y ansia: "A domo tua, quesumus, Domine, spiritales nequitiae repellantur: et aeriarum discedut malignitas tempestatum. Per Dominum..."

Giré la mirada a la izquierda y vi pintado sobre los terebintos del huerto de Albadalejo el mensaje del arco iris. La nube se alejaba hacia el mar, allá por la Ribera y San Pedro, y, Mediterráneo adentro, encontraría, sin duda, la réplica furiosa del oleaje. El cielo cambiaba sus rasgos y la tarde entraba en rápida convalecencia de pulso y de color.

No tuvo necesidad don Vicente de utilizar ahora el aviso del puntero. Batió unas palmadas de confianza y nos despidió alegremente:

—¡A casa, a casa; hasta mañana!

Ya en la calle, procurando no dejarnos las alpargatas en el barrizal, fuimos derechamente a la boquera de Pinares, para gozarnos con su énfasis de aprendiz de afluente. El turbión, sucio de broza y de ramas tronchadas, lamía el borde de la baldosa y rebasaba el bancal del antiguo cementerio. En las aceras, de puerta a puerta, los vecinos se cambiaban noticias, como egipcios ante la bienandanza del Nilo desbordado:

—¡Han salido las ramblas! La de los Fontes, la de la Casa del Alto, la de Hortichuela y la Maraña...

—Se han roto los trenques de Bernal y Santa Cruz...

—Las carreteras de Cartagena y de Dolores quedaron cortadas.

—El correo de Madrid está detenido cerca del puente de diez ojos.

Todos comprendíamos el significado de aquellas noticias: el campo, borracho de agua, entraría sucesivamente en la razón de la siembra, la canción de la espiga, la parábola generosa de cien granos por uno.

Nuestro Mar Menor

Hasta que los tres cereales hermanos —trigo, cebada y avena—no estuviesen almacenados en el granero, mientras las dulces y blancas almendras no quedaran libres de su durísima cáscara, en tanto que los chumbos no fuesen voceados por las calles a diez céntimos la docena, no cabía pensar en el veraneo de Los Alcázares.

Siempre me pareció una sinrazón local que, a nueve kilómetros del Mar Menor, viéndole brillar desde la torre, oyendo en las noches alborotadas la respiración de su oleaje, conocedores de la eficaz y gratuita terapéutica de su yodo, grandes y chicos hubiésemos de esperar once meses para gozarle sólo uno: el de agosto.

Pero así sucedía. Nadie en el pueblo rompía esa cláusula, general y tácita, y hubieron de pasar muchos años para que algunas familias se atreviesen a adelantar la vacación al 24 de julio, víspera de Santiago Apóstol. La mía, sin embargo, continuó ateniéndose a la vieja costumbre, inspirada quizá en un terceto de la musa anónima:

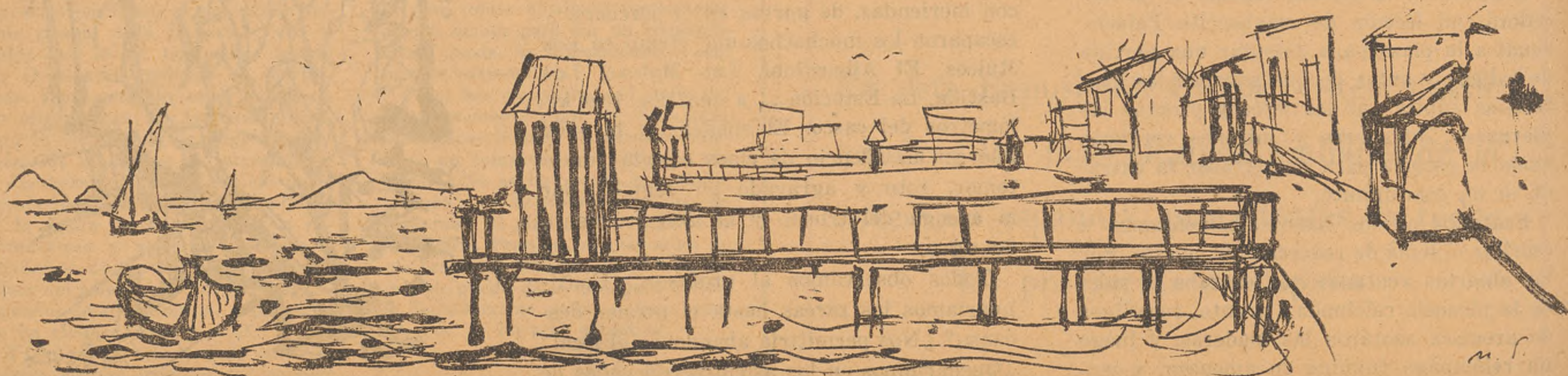
Desde primero de agosto,
baño completo en el mar...
¡empezando por el rostro!

Eran tiempos aquellos de ahorro metódico y de gastos reflexivos, de exactitud en el pensamiento y en la acción, de holganza oportuna y merecida, de tartanas con caballos y cascabeles, de caminos entregados a la clemencia—no siempre efectiva—de la Naturaleza. Y hechos los preparativos el 31 de julio, a la siguiente fecha, con la hora de la siesta, partíamos hacia la playa. El carruaje arrancaba de casa, enfilaba la calle Mayor, sesgaba la Puerta del Sol, y por la de Hoyamorena desembocaba pronto en la anchura de los rastrojos... Flanqueada la huerta de Cesnejas, alcanzábamos en pocos minutos el molino de Matías—vigilantes sus aspas al ataque de cualquier Quijote—; inmediatamente, la morada-torreón de La Cierva, donde la juventud del que luego habría de ser ministro alternara jornadas de estudio con otras de discreto amor, y algo más allá, la boquera del "Rojo Nino", larga y cuidada, como pista de lujo para los más espectaculares desafíos de bolos.

De aquí en adelante, el decorado de la llanura aparecía algo distinto: al fondo derecha, la sierra minera, escorando un hombro hacia la bahía de Portmán; a la izquierda, la soledad del Cabezo Gordo; entre ambos, leguas planas y tostadas, apenas interrumpidas por brotes de algarrobos y almendros, y, en primer término, la hacienda de Hoyamorena, ancha, olivarera, con la leyenda incierta de sus culebrones y la historia real de una aristócrata demente, gemidora y pálida.

Nos acercábamos a la enorme mansión, recreada por un huerto de granados, perales, limoneros, naranjos, higueras... Mi padre, conocedor de todos los secretos del término municipal, ponderaba la riqueza de la finca, citando cantidades (tantas... arrobas de aceite; tantas... fanegas de trigo candeal, de cebada y avena; tantas... cabezas de ganado); pero yo, lector alucinado de novelas, atendía solamente a los balcones del inmueble, ansioso de espiar el rostro descolorido, los cabellos sueltos, la larga bata de la doliente.

Sin embargo, nada veía. Ladraban los perros a nuestro carruaje, salían por el portón los volquetes colmados de paja, lucían su plumaje de arco iris los pavos reales, reposaba su siesta la campana de la



capilla-panteón y las maderas de los huecos seguían cerradas, como si asustara que la gloria de la tarde penetrase en las grandes estancias. ¿En cuál de ellas—pensaba yo—estaría la enferma? ¿Dormiría sueños de relatos inocentes? ¿Rezaría en silencio? ¿Rehusaría los cuidados de la monja enfermera? ¿Hablaría de amor a su propia imagen en el espejo? Y tornaba a escudriñar la fachada, pendiente de cualquier detalle que acelerase aún más el galope de mi corazón.

Esta preocupación — mientras los ojos quedaban fijos en el cada vez más distante solar—me apartaba por un rato del paisaje que atravesábamos, y cuando volvía a observarlo ya podía distinguirse el casal de Las Conquetas, las feligresías de Santa Rosalía, Dolores y Rodas y—¡oh privilegio de Torre-Pacheco sobre el mundo entero!—la anunciación de un mar eternamente niño.

¿Sentía el caballejo de Paco Castejón el estímulo de la brisa creciente? No lo sabía yo, pero lo cierto era que sus cascos levantaban más polvo, que las ruedas traqueteaban con molesta violencia en los relejes y que mis piernas se contagiaban de velocidad.

Habíamos vencido la mitad del trayecto y me esperaba un nuevo sobresalto, aunque de índole distinta: "la zanja"... Recibía este nombre una hendidura, especie de canal de drenaje, de casi cuatro kilómetros de longitud, que, de predio en predio, iba a morir en la misma playa. Con hondura bastante en algunos tramos para cubrir a una persona, sanguinolenta de color, matosa de cañas, aneas y juncos, invisible su lecho y, por tanto, misterioso también, sobre ella corrían noticias de reptiles silbantes y de monstruosos sapos malignos. Me inspiraba repugnancia y horror aquella herida tumefacta del terreno y animé con el pensamiento al animal, que pareció haberse adelantado a mis deseos: "¡Aprisa, aprisa, pronto lejos de aquí!"

Y en seguida dejamos el boquerón, cruzamos por lindes de huertas y de bancales salitrosos y nos colocamos a tiro de fusil del litoral. La tarde, como si estrenase su luz, permitía ver las salinas, los cuarteles de La Manga, el faro de Palos, los poblados de Los Nietos y Los Urrutia, el suave cono del monte Carmolí y la torre del Rame, tan próxima ésta que podían contarse las palmeras que formaban su largo séquito africano.

Paramos un momento, porque un bracero—Diego Lucas—, sirviéndose de azada, capacho con tierra y manojos de albardín, arreglaba los hondos baches. Ceñida la cabeza por un pañuelo de hierbas, resistía el ataque de trece horas de sol, sin otra recompensa que la buena voluntad de los viajeros.

—A la paz de Dios—dijo, y levantó la frente, hervosa de sudor.

—¡Hola!—devolvió Castejón—. ¿Cómo van las propinas?

—Parece que se presenta una buena racha.

—¿Un pitillo?

—Se agradece—y cogió el que le ofrecía el tartanero.

Le dimos unas monedas de cobre y continuamos con marcha redoblada, porque ya a todos nos picaba la impaciencia de instalarnos en la pequeña corte veraniega de Los Alcázares. A medida que nos acercábamos crecía el aflujo de carros vencidos por el peso de muebles para las casas alquiladas, de recoveros con jaulas de aves, de tartanas airosas, rápidos cabriolés, burguesas galeras. Al fin, salvando la rampa de la carretera general, junto a las posadas de Carrión, nos desviamos entre solares y ejidos para serpear varios callejones y salir a la luneta del paseo de la Condesa.

Yo era el primero en saltar y quedarme mudo delante del agua. Quería sorprender la inconstancia de su color, apostar en el combate de las olas, penetrarme de un fuerte olor a algas, contar las pantasanas que regresaban de las Encañizadas, tomar posesión, poco a poco, de su belleza intacta.

Me sacaba del éxtasis el júbilo de alguna voz conocida:

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo.

—Aquí están Perico Guijarro, Andrés Conesa, Joaquín Páez, Meseguer...—y me relacionaba nombres amistosos de Murcia, La Unión, Cartagena, El Algar, Miranda, Espinardo...

—¿Y Lara? ¿Y Dorda?

—También, también...

Daba un quiebro a la respuesta para tentarme con otro motivo:

—¿Visitamos la feria?

—Corriendo.

Allá íbamos. Desde el muelle, por el patio del hotel *La Encarnación*, caíamos en el Real de las amplias barracas de madera. Cada una alojaba una tienda de juguetes, de joyas, de calzado, una horchatería, un tiro al blanco, una sucursal de rifas, un puesto de sandías.



La publicidad utilizaba los medios más varios para atraer a los compradores: sonajas, bocinas, campanillas, timbres... Por encima de aquel estruendo, la sirena del café de Ramoné, ululante y sostenida, imponía el reclamo de su espectáculo: un tablado, unas parejas de baile, unas guitarras y, en ocasiones, un alborotado organillo zarzuelero.

Un museo para mi solo

Por el año 1906 vino a avecindarse en el pueblo, procedente de Murcia, la viuda de don José Noguera, con su hijo Vicente, aspirante a ingreso en la Escuela Superior del Magisterio. Familiares suyos, tuvimos su casa inmediata y cariñosamente abierta. Se instalaron primero en una de la plaza del Mercado, y después en otra de la calle de Fontes, donde hoy habita José Pedreño (el "Pariente"). Sorprendía en aquella morada el refinamiento del mobiliario, la selección de porcelanas y azulejería, la variedad de cornucopias, la calidad de las cortinas y alfombras; pero aún aguardaba al visitante una revelación mayor: los dos gabinetes dedicados a pequeño museo, de cuyos muros colgaban casi un centenar de cuadros.

Oleos, acuarelas, pasteles, grabados, dibujos a pluma y a lápiz, formaban espléndida colección. Las firmas de Sorolla, Fortuny, Eliseo Maifrén, Emilio Sala, Atalaya, Escudé Bartolí, Seiquer, Pinazo, Genovés, Agrasot..., justificaban el rango del conjunto, casi ignorado en el resto de la provincia, porque los Noguera, abrumados por la muerte del padre y la posterior del hijo Pepe, estudiante de Derecho en la Universidad de Granada, se recogieron en una existencia sin ecos, apenas turbada por el tic-tac de los relojes isabelinos que presidían las habitaciones.

Hubieron de pasar varios lustros para que Vicente, único miembro restante, desistido del profesorado de Normales, abogado después, prosista, poeta y orador de altas calidades, celoso propietario de aquel patrimonio, lo acreciera con múltiples compras de obras nacionales y extranjeras (francesas, inglesas, italianas y flamencas), amén de interesantes esculturas y piezas de artes industriales, haciendo realidad su viejo y ambicioso proyecto de dotar a Torre-Pacheco de una sala dedicada exclusivamente a pinacoteca... Y así fué: el año 1947 se inauguró la galería, amplia, luminosa, avalorada con mesas Luis XV, bargueños, tibores orientales, espejos venecianos, libros que pertenecieron a la Emperatriz Eugenia de Montijo... Torre-Pacheco pudo destacar en el mapa nacional como un lugar si siempre favorecido por el espíritu, ahora predilecto de la belleza plástica.

Pero he de volver atrás, hacia los tiempos en que mi corazón saltaba infatigable, accionado por los escondidos resortes de la ilusión...

Al amparo de la libertad que me estaba concedida, empujaba la puerta de mis deudos, sin tener que decir en alta voz mi nombre; iba en seguida a besar a tía María—gruesa, blanca, hundida en un sillón de terciopelo, el rosario de plata entre las manos—y corría después a las saletas de pintura. Nadie molestaba mi acceso, mi afán de ver, de comprender y soñar. Los retratos me aleccionaban con sus ojos, me entretenían las composiciones con sus anécdotas, me llevaban los paisajes por el aire blando de sus lejanías. Las horas alargaban allí sus minutos, para ayudar a mi ventura. Parecía, en efecto, como si los relojes, rodeados de un mundo que fué se resistieran a acomodar los péndulos al mandato de los años posteriores.

Mediada la tarde, Consuelo, la sirvienta, se acercaba: "Luisito, la señora pregunta si quieres tomar algo." Me traía golosinas, que yo comía despacio, sonreído por damas, autorizado por caballeros, espiado por astutos huertanos levantinos... Cada vez descendía más la luz del poniente. El sol no era ya rayo atrevido, sino reflejo asustado. Los momentos comenzaban a naufragar en la penumbra. Minutos después, las figuras conocidas y las anónimas cerrarían los párpados, porque la noche es reposo para los que viven y para los que dejaron de existir.

No solían encenderse los quinqués en aquellas saletas, y entonces yo las abandonaba despacio, de puntillas, feliz.

Murcia o Cartagena: la elección

Para nosotros—el pelotón de los once años—, la Geografía española no se acomodaba al conocido y regular diseño de la piel de toro, sino que se reducía al breve espacio de un triángulo escaleno, en el que Murcia, Cartagena y Torre-Pacheco ocupaban, de mayor a menor, los respectivos vértices. Esto era lo que el horizonte visible y casi tangible nos enseñaba a cada momento, testimoniado además por los periódicos de la provincia, los recaderos, los viajes de nuestros familiares y amigos y—¡oh feliz ocasión!—por nuestra propia experiencia.

Cierto que el enorme mapa peninsular colgado en un muro de la escuela se abría, como ventanal de color, sobre las 49 provincias de entonces. Cierto que en nuestra "Geografía", de Ascarza—en rústica, 1,50 pesetas—, se trataban los variados aspectos físicos de la Península, y que cualquiera de nosotros, por ejemplo, podía enumerar de carrerilla los nueve afluentes más importantes del Ebro, los picos más altos del sistema pirenaico o los quince cabos sobresalientes, desde Gerona a Guipúzcoa, pasando por Cádiz y La Coruña. Es decir, que conocíamos la verdad escrita y pintada de la patria; pero, llegado el momento de jurar sobre el texto inconfundible de lo real y vivo, todos, según antes indiqué, hubiésemos confesado que España comenzaba en Torre-Pacheco, se extendía a Cartagena y terminaba dulcemente en Murcia. Y quizá, quizá comprendía aquella extraña y distante Babel que se hacía llamar con un nombre de tantas consonantes: Madrid.

Cartagena, cerca del sol saliente, y Murcia, más bien al poniente, constituían, pues, los extremos de la porción material—tierra + tierra + tierra—que adorábamos con el nombre de España, el retrato de un monarca joven y apuesto, los colores de la bandera y los compases de la Marcha Real.

Cartagena estaba al alcance de la mano. Tan próxima, que desde la calle de Fontes podíamos distinguir las montañas de su bahía y la centinela de un fuerte militar, y en fechas solemnes, contar las salvas jubilosas de su artillería.

Murcia, contrariamente, se nos ocultaba tras el rebulto de una serranía. Remontando la arboleda de los alrededores del pueblo, mirábamos al fondo y, allá donde azuleaban los picachos, tratábamos de descubrir el "puerto" o tajo abierto en la roca, por donde el tren—dejando a sus espaldas nuestra gleba sin agua—comenzaba a pitar su alegría, ya enamorado de azarbes y naranjos.

Siendo tan ciertas las dos, y aun considerándonos los nativos de Torre-Pacheco parientes inferiores, pero legítimos, de ambas, inclinábamos, no obstante, el platillo de la devoción a favor de Cartagena, pues de ella nos venía su alerta militar, el humo del arsenal, el jadeo de su tráfico marítimo, el rumor de una sociedad viajera y cambiante.

La llanura de Torre-Pacheco estuvo siempre embebida en el titulado "Campo de Cartagena", porque el nuestro era considerado como vasto ejido del conjunto, y nosotros, al fuego y amor del Mediterráneo antiguo, nos sentíamos cuasi herederos de una Cartago-Nova elegida por el pie ferrado del guerrero, la sandalia mísera del santo, la planta salitrosa del marino.

Y volvíamos los ojos en su dirección, por si se dignaba llamarnos algún día—con toque de sirenas o arrebato de cornetas—al festín espumoso de sus glorias más caras.



BLANQUITO

PEON DE BREGA

POR

JORGE C. TRULOCK



SOL

PERO Blanquito mañana triunfará. Blanquito quiere triunfar, en lo suyo o en lo que no es lo suyo, y Blanquito triunfará.

El vino está bueno y corre bien por la garganta. La noche va bien, y si la noche va bien, todo irá bien. El hombre sólo tiene que pensar. Blanquito piensa.

No es necesario beber vino, no es necesario moverse, no es necesario nada. Blanquito está sentado en la silla, apoyado en la mesa, con un poco de vino dentro, muy poco; con un poco de vino en el vaso, muy poco también; con un poco de vino delante, un poco más. Sentado en la silla, apoyado en la mesa, el vino olvidado, sólo hay que pensar. Blanquito piensa. Blanquito es un rey. Blanquito va a pensar en cosas horribles y misteriosas, o Blanquito va a pensar en cosas bonitas y tontas. Blanquito va a demostrar a miles de espectadores compactos y uniformes que él es algo grande, inmenso; o Blanquito, después del triunfo, se va a tomar una lechuga porque le gusta tomarse la lechuga después de cada triunfo. Blanquito triunfará y seguirá siendo un desgraciado; pero más vale desgraciado triunfador que desgraciado a solas.

Blanquito tiene al toro delante, un hermoso toro, entero, un toro de los buenos. Fuera, en la calle, en la misma plaza, nunca podrá haber toros tan bien plantados, ni tan grandes, ni tan nada. Los toros buenos los tienen los que quieren toros buenos. Los toros malos los tienen los que quieren toros malos. Cada uno tiene o puede tener lo que quiere.

Blanquito mueve el vaso, y el vino, de color tinto, rebrillea con la luz, se mueve en pequeñas olas, pequeñas y agudas. Por el movimiento del agua, las playas, las de moda y las de no moda; las piscinas, del pilón casero a la gran piscina pública o de campeonatos. Por el color, el espeso color de la buena sangre de un buen toro. Por el cristal del vaso con el rojo en el fondo, el rojo de las señales del tren; el tren que lleva de veraneo a las playas, las de moda, con todo lo que tiene una playa de moda, y a las otras; el tren que va a la sierra cercana, donde está la casa propia o del amigo, o, simplemente, la casa de alguien, la casa que tiene el pilón, del humilde al hermoso ya para pilón; el tren, el mismo tren de siempre, siempre por la vía, que lleva a los toreros a las grandes ciudades de veraneo, a las ciudades que tienen inmensas playas de moda llenas de gente, que, por la tarde, marcha a la plaza a ver a los toreros—los buenos, los malos, los regulares—que acaban de llegar o que ya hace un poco de tiempo que han llegado en un tren que primero pasó por un pueblo con casas de veraneantes, algunas hasta con pilones para bañarse, y que después pasó por otros sitios, por algunos sitios donde pacen y viven los toros comiendo la verde hierba que luego da el rojo a la sangre al toro que justamente toreará el torero que lo vió desde el tren el año anterior, un año más tarde; el tren que pasa por al lado del poste de señales, y sigue de largo cuando está amarillo, y se para cuando está rojo, porque así está convenido; el tren que un día atropelló al niño de la guardavías, que manchó todo de sangre como el toro y como la del toro, la sangre roja como el vino rojo, como la señal roja.

Más allá de todo se ven toros paciendo, toreros toreando, niños jugando. Blanquito va viendo pasar su vida por entre los brillos de una pequeña superficie de vino. La vida olvidada, la que sólo se recuerda así, apenas sin darse cuenta, mirando un vaso de vino, esperando un tranvía, viendo, al pasar, la hendidura que ha dejado en una pared el roce de una cadena. La vida olvidada y que se recuerda, y la que se vive, la vida que sólo de pensarla se hace mejor, y la que ocurrirá mañana, la incertidumbre arreglada. El tabaco sabe bien a la boca. El tabaco es buen compañero del vino. El tabaco es buen compañero del hombre. El vino es buen compañero también del hombre. El tabaco y el vino son buenos compañeros del hombre.

Por una ligera hendidura de la mesa bajan, o se deslizan, unas gotas de vino que no hacen nada encima de la mesa, en el corte de la madera. Baja el vino, y Blanquito lo contiene con el dedo. El vino rojo, la sangre roja. El toro va hacia Blanquito. Blanquito pone el dedo para parar el líquido, rojo como la misma sangre, como el mismo toro que se embala hacia el maestro. El maestro lo recoge con la muleta al natural, y el toro pasa. Las gotas caen contra el suelo, primero tres o cuatro muy de prisa, después dos o tres muy lentas y desconfiadas. La primera ha sonado contra el suelo mínima, imperceptible. Las demás no. Blanquito, satisfecho, repasa los tendidos con la vista, sin darle importancia; así es mejor. El toro está delante, y las cosas tienen muy poca importancia.

Ya no es lo mismo que antes. Ahora, con los años—hace ya unos cuantos de la alternativa—, no se puede uno mover con tanta ligereza, pero los movimientos tienen más ciencia. Vaya lo uno por lo otro. La gente mira y la gente paga, y a la gente hay que tenerla contenta. Después, cuando todo termine, al hotel a descansar.

—Dame el estoque.

—Sí, maestro.

—Tráeme el toro, o pónmelo allá.

—Sí, maestro.

—¿Cómo va el asunto?

—Bien, maestro.

Con los éxitos en la mano—en los dedos de la mano, agarrado con los dedos de la misma mano, de sus mismas manos—, los éxitos tan lejanos en algún tiempo, los éxitos que necesitan camino largo y traicionero... Las cosas no fallan, se vienen sucediendo y no fallan, nunca fallan. El maestro va para maestro y nada más.

Blanquito lía los pitillos de tabaco negro, torpe, despacio. Después acaba encendiendo un pitillo mal hecho, gordo y deforme. Es poco fino para un torero—siempre la figura, siempre mirado, siempre copiado por los torerillos, siempre delante de los aficionados—fumar tabaco negro. Blanquito se debe a lo que se debe. Sólo fuma el negro cuando está solo, en algunos lugares. La fama también resulta incómoda.

—Al chófer hay que decirle que afiance mejor los bultos, que luego, con el trajín, no vaya a pasar lo del otro día.

—Sí, maestro.

El humo se agarra a las tablas de la mesa como toro remolón a los chiqueros. Se hace un poco de aire con la capa, con la boca, y toro y humo se azuzan y se alborotan. En la habitación, contra el soplido violento, el humo se revuelve, se contorsiona y dibuja mil pases y capotazos. En un instante, toda una clase de toreo, todo un inventario de gran torero.

—No vayas de prisa, que es bonito el paisaje.

—Bien, maestro.

—Para el otro domingo, ¿en dónde toca?

—En Málaga..., para el jueves.

La conversación va tonta y lánguida. El calor por la carretera aprieta, y no hay que pensar. Si salen las palabras, las palabras salen; no hay que pensar. Las palabras han salido y se ha hablado, pues ya está. Pensar cuesta mucho trabajo.

Jorge C. Trulock nació en Madrid en diciembre de 1932. Hace seis o siete años comenzó a escribir..., "por azar, porque sí"—como él confiesa—, sin que tal determinación estuviera influída por una razón especial. Ha colaborado en "Cuadernos Hispanoamericanos", "Papeles de Son Armadans" y en la revista estudiantil "La Hora". En el año 1945 obtuvo el accésit al Premio Juventud, para noveles, que conseguiría al año siguiente. En 1956 quedó en cuarto lugar en las votaciones del Premio Nadal. Y en diciembre del pasado año resultó vencedor del premio de novela corta Ateneo de Valladolid, con "Blanquito, peón de brega".

El lector tiene en sus manos un fragmento de esta novela, que ha de sorprenderle por la sencillez y claridad de su estilo. La originalidad del tema muestra una faceta nueva, inadvertida, de la fiesta de los toros. Los razonados soliloquios de Blanquito ponen de manifiesto la amarga verdad de su continuo lidiar año tras año, tarde tras tarde, ya perdida la esperanza de alcanzar el ansiado y cada vez más difícil triunfo, con el que sueña constantemente.

El aire está seco, el coche está seco, las bocas están secas, el campo está seco.

—Ahora, cuando lleguemos al primer pueblo, llenas la bota.

—¿Con tinto del mejor, maestro?

—Con tinto del mejor.

El aire está seco; buen día para torear. El viento está quieto; buen día para torear. A los toros y a los toreros les gustan los días secos y sin viento. Con los días secos, las manos están secas. Con los días sin viento, el capote no hay que mojarlo y pesa menos.

El vino del vaso está quieto. Blanquito está quieto, muy quieto; pero aunque se mueva algo, mientras no toque el vaso, el vino se quedará quieto. La mesa está bien sentada sobre el suelo. Las mesas de tres patas se asientan mejor que las de cuatro. En la superficie roja del vino del vaso se ve reflejado el globo de luz, blanco, redondo, reluciente, como una bola blanca en el rojo.

El camino, la carretera, el coche, el calor. La tarde, después de pasado el primer sopor de la comida, se está haciendo pesada. El calor baja a la carretera y se hace pesado.

Delante del vaso de vino, el torero espera el gran triunfo de mañana. Delante del vino está el torero que ha triunfado hace mucho tiempo, hace poco; el que triunfará, el que hubo de triunfar, el que no triunfó ni triunfará. Por encima de Blanquito anda la gloria, que pasa, que repasa su cabeza, que llega hasta el vaso, que tropieza en la mano, la derecha o la izquierda, la que en un momento tiene un pitillo, la que en otro momento tiene un pitillo o el pitillo. Blanquito tiene el alma como un cántaro que se va a llenar. En la pequeña habitación donde está Blanquito, por la habitación que está Blanquito, se van repartiendo los pensamientos. En la habitación donde está el torero hay tres mosquitos, tres pequeños insectos trompeteros y voladores. Una mano al aire y un bicho muerto. El matador ha matado un bicho.

Los toros están en las dehesas, en los chiqueros, en los corrales, en los cajones encima de los vagones, de los camiones, de los furgones. Los toros están lejos, muy lejos de los hombres. Blanquito tiene un toro delante, un toro de casta, de gran casta, entero, con dos cuernos como dos ramas. Al toro no se le ve ningún defecto, el toro es un toro de gran faena. En lo alto del techo quedan dos mosquitos.

—Si yo me olvido, ya sabes..., te vas a por vino. Hace calor.

—Sí, maestro.

Blanquito tiene las uñas sucias y bonitas. Sucias de porquería, de no habérselas limpiado. Bonitas como las de su abuelo. Blanquito no ha conocido a su abuelo. A Blanquito le pasa como a los toros, que no conocen a sus abuelos. Como los buenos toros de lidia, que se mueren sin conocer a sus nietos, casi sin conocer a sus hijos.

—Déjame la navaja.

—Toma.

Por el aire corren los pensamientos, las faenas, los éxitos, todo lo bueno que un torero espera, o recuerda, o vive. En el saloncito del bar solitario, Blanquito, el gran matador de toros, el mal matador de toros, el peón, el bueno o el malo, está recogido con sus pensamientos, simplemente con un poco de vino y de tabaco.

Los años de cuando joven—ya viejos—están lejanos para el que tiene casi todo conseguido, para el que sólo le falta un paso para tener todo. En un pueblo, delante de amigos, alguna vez diría, cuando sea matador... Ahora, ya, apenas falta nada para tener todo lo que se pensó, o lo que no se pensó; o todavía falta mucho para llegar a todo lo que el pensamiento pensó, o nunca se llegará a ello, o ya se ha llegado.

La esquina de la derecha es un burladero de sol; la esquina de la izquierda, uno de la sombra. El toro anda por donde la puerta que tiene encima pintado un cartel: «Cocina». La gente está por las paredes. En el suelo, la arena. En el techo, el cielo, azul, muy azul. El torero es el torero. Apenas acaba de empezar la corrida. Será una gran corrida, de las que se recordarán todos los tiempos; o será una corrida corriente y moliente, sin pena ni gloria, una de esas corridas tontas y sin interés, casi casi una de esas corridas que no se despinta a los ojos del que la vió de mala que fué, que fué la peor corrida de un buen torero, o de un gran torero, que para todos los gustos están las cosas y los toreros; que alguno pensará que Blanquito no es más que un buen torero, y otros, en cambio, que es un gran torero; algunos, incluso, que fué el mejor torero de todos los tiempos.

En el cuarto no cabe ni un capote desdoblado, pero ahí está todo. Toda una plaza con sus espectadores y todo. La corrida quizá no resulte, pero ahí está. El viento se levanta, y así las cosas no pueden salir bien. Cuando las cosas se empiezan a torcer, no hay quien las arregle. Pero a Blanquito le han pagado, o le han contratado, y no tiene más remedio que despachar sus toros, los que le correspondan, y lo mejor posible, según es de ley, y aguantarse y nada más.

—Oye, cuando lleguemos al pueblo, compra el vino...; aunque yo no te lo diga, tú lo compras, no la vayamos a hacer.

—Sí, maestro, descuide. Yo tengo que comprar vino tinto en el primer pueblo que lleguemos, y vino del mejor.

—Hace calor.

—Hace calor.

—Buen día para toros.

—Muy bueno.

—No corre ni una pizca de viento, ¿verdad?

—Nada...; todo está completamente quieto.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y un poco.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al pueblo?

—Poco puede faltar...: menos de media hora.

Otra vez el calor. Se ha acabado la conversación. Ya no queda conversación; sólo queda el campo, llano; el calor, llano. Todo está muy llano. Llana la carretera por donde pasa el coche; llano el pueblo, hace ya muchos años, cuando Blanquito dijo que llegaría a ser un matador; llano el suelo de la taberna, el de la plaza.

Blanquito, hace muchos años, en un pueblo, bebiendo vino, dijo que algún día sería matador. Hoy va camino de otro pueblo a torear, camino de otro pueblo a llenar la bota; o está toreando en la plaza de un pueblo, en una plaza tan pequeña como una habitación, con la bota colgada de la talanquera, al lado de la cuadrilla; o en la taberna tomando vino, o fumando tabaco; o con el vaso delante, apenas sin beber, con la vista en el rojo del vino, perdida; o con la vista atravesada por el rojo de la sangre del bicho en la plaza del pueblo; o con el rezogueo del sol en los ojos, rojo, como el vino, como la sangre.

Blanquito ha movido un poco el vaso, y la luz en el globo blanco de luz se ha movido también, sin compás, en el fondo del vino. Los ojos desvaídos, lejanos todavía, buscan en la habitación algo a que mirar. Las paredes están ya conocidas; la puerta de la cocina, con el cartel de la cocina encima, igual; el rincón de la derecha, con el aparador viejo y sin pareja, igual. El vino se va calmando, igual que los malos pensamientos y que las malas miradas.

En el coche Blanquito vuelve a despejarse después de un momento de sopor. El pequeño vahido—el calor, la tarde, la tensión—se ha escapado. Hay que tener cuidado para no pensar mal, para no mirar mal, para no desvanecerse, para no dormirse. El que piensa mal no acierta; el que mira mal no ve; al que se le va la cabeza no debe torear; el que duerme no puede torear, ni pensar bien, ni mirar bien, ni nada.

Todo lo que en su vida esperó, lo que consiguió, lo que no consiguió, lo que todavía podrá esperar, Blanquito lo tiene delante, limpio y claro como el mármol con las marcas de vino, la ceniza y los trocitos de tabaco; revuelto y lejano como el mismo mármol blanco sin mácula ni impureza.

El día tal, de tantos, de tantos, a las tantas, en esta plaza, se celebrará una gran corrida a cargo de los espadas... Blanquito es un espada, es un matador, es un diestro, es un torero, o Blanquito es un secundón, un peón de brega, o un tonto del culo. El pensamiento es ligero y el viento le ayuda a correr.

El coche sigue adelante, entre el calor, entre el cielo y la tierra, por el campo entontecido de sol. Las pajas, al tirarlas al aire, al aventarlas en la era, caen otra vez al sitio donde estaban de lo quieto que está el aire. Las pajillas se van acomodando en el hueco que dejaron, y el hombre que las menea se pasará toda la vida meneándolas, como no sea que se aburra, que las sople él con la boca, que el aire se suelte a respirar.

En lo alto de la habitación se va amontonando el humo del tabaco, primero como una nube gris, después apenas como una sensación. «Niño, has fumado.» «Niño, ya te he dicho que no fumes.» «Niño, es malo que los niños fumen.» «Niño, ¿cómo te voy a decir que dejes de fumar?» Casi cuando empezó a pensar en ser torero, mucho antes de que dijera que sería algún día matador, Blanquito fumó sus primeros pitillos. «Niño, no fumes.» En el mismo pueblo, o en otro pueblo, cercano, lejano, en que nació, o en el que dijo lo que dijo, Blanquito recibió el primer regaño por haber fumado, o simplemente porque en la habitación donde estaba olía ligeramente a humo. «Voy a ser torero.» Por el fondo del vaso anda la nubecilla de humo gris transparente en rojo. Cuando vaya al prado del tío Juan. Por el fondo del vaso sube una nubecilla de humo gris coloreado de rojo. «Niño, que los bichos no son para jugar.» Por el vaso, por el vino, anda el humo, ligero, reflejado.

—Los boquerones.

—Gracias.

Mañana, el lote número veinte, y quedan diecisiete. Después, otra temporada atrás. Mañana, dos nuevos bichos que hay que manejar. A la derecha de la carretera hay ocho árboles. En medio del campo, ocho árboles como ocho toros. Una manada de árboles, una manada de toros, una manada de coches, una manada de toreros.

—¿De quién son los toros que nos tocan mañana?

Ochocientos millones de toreros, ochocientos millones de toros, ochocientos millones de espectadores. Una plaza. El vino, con el calor de la carretera, pasa bien por la garganta, suave. Para el recalor es bueno el vino de la bota.

—No queda nada en la bota.

—Nada, maestro.

Por en medio de la plaza anda un hombre con una bandeja. Blanquito casi se levanta para echarlo, pero se queda quieto. Por en medio de la habitación no debe pasar nadie, igual que por en medio de la plaza, igual que por en medio de la carretera, igual que por en medio de muchas cosas.

Se han puesto a tirar chismes al ruedo. Blanquito sufre pensando si le ocurriera a él. La habitación se está poniendo imposible de cosas, botellas, almohadillas, cajones. Van a tener que suspender la corrida para quitar todas las porquerías. Por un rincón, por debajo de un zócalo, asoma una cucaracha, y Blanquito la espanta con un palillo. El bicho desaparece. Los toros es lo bueno que tienen, que por mucho que se les dañe, que se les achuche, no echan a correr. El torero se ha refugiado tras las tablas. El toro se ha quedado en el centro, un poco hacia el tres, y espera. La cucaracha ha vuelto a asomar. Blanquito echa un poco de vino en el vaso y se bebe la mitad.

Apañándose un poco, en las plazas pequeñas da gusto torear. El toro anda siempre cerca de alguien, está como al alcance de la mano. También es más difícil aguantar a la gente si las cosas no marchan muy bien. En el coche todo se piensa diferente, como más lejano. El tiempo pasa despacio, y una recta se hace eterna. El recuerdo, al revés, está ahí mismo, detrás de la ventanilla, enganchado en la barra del parachoques.

—¡Mira que está lejos el pueblo! ¿Faltará mucho...?

—Poco puede faltar ya. De un momento a otro debe de aparecer la torre de la iglesia.

Según están las cosas, es fácil que mañana triunfe por primera, por segunda, por tercera, por última vez; o que tenga un nuevo fracaso, o el primero, o el segundo, o etcétera; o que no tenga ni por qué triunfar, ni siquiera por qué pensar en ello; o que no toree. El coche chocará. La plaza desaparecerá. Los toros morirán. En un pueblo, un día, una tarde con vino, hace años, Blanquito dijo en voz alta, suficiente para que le oyeran los conocidos que le rodeaban, que sería matador. La alegría del vino, la palabra pronta, la juventud. Mañana quizá triunfe. Mañana es posible que triunfe. Mañana seguramente triunfará. Seguramente tendrá un triunfo. Mañana triunfará. Las cosas se ven venir.

De la plaza sale el ruido de la victoria, un murmullo áspero y fuerte. El jaleo va desapareciendo, lentamente, al tiempo que los aplausos se empiezan a oír, cada vez más, cada vez más, para quedar a lo último una ovación cerrada, un solo aplauso sin principio ni fin, monstruoso. Al torero premiado se le alegra la cara y se le asoma la lágrima del triunfo. El matador está nervioso. En el pueblo dijo... La plaza es una buena plaza. La taberna es hermosa y limpia. Limpia como el pueblo. Hermosa como la plaza, la de los toros, la del Ayuntamiento, la de la iglesia, la del mercado, la de los lavaderos, la de la cruz, la de la picota.

El coche anda ya por cuestas—las vecinas o las lejanas al pueblo—, a la meta, al vino. El enorme coche renquea, ronquea, racanea, y el chófer tiene que cambiar el cambio y meter otra velocidad, más potente, pero más lenta. Delante, el triunfo; atrás, el recuerdo blanco y negro, el blanco como el humo, el negro como el humo; el recuerdo verde y azul, verde como el árbol, azul como el árbol; el recuerdo rojo o colorado, como la sangre o como el vino rojo. Siempre ahí detrás, vaya de prisa o despacio el auto. Sólo que si va de prisa, el recuerdo es un hilo fino, aunque duro, y si va lento, gordo y amontonado, aunque débil.

El techo de la habitación está pintado de azul. Las paredes, mitad y mitad; de mitad para abajo, de color oscuro, casi marrón; de mitad para arriba, de amarillo muy claro. Las puertas, de verde bastante fuerte. Alrededor de los chismes de la luz hay un cerquillo de color oscuro, igual que el que hay de mitad de la pared para abajo. En la plaza de toros hay muchos colores, fuertes, suaves, feos, bonitos, agudos, romos: el amarillo del gorro, el amarillo del traje, el verde del traje, el marrón del traje, el violeta del traje, el blanco del traje. Los boquerones en vinagre son de color gris verdoso, gris aceitoso. En el campo sólo hay tres colores: el verde del árbol perdido, el azul del cielo por encima, el amarillo de la arena a los pies. En el pueblo hay otros colores.

En el año veintiuno un toro mató a un hombre. Otro año un toro mató a un hombre. Otro año un toro mató a otro hombre. Todos los años un hombre mata un toro. Por la taberna corre un vientecillo fresco, raro para la época, malo para los toros, malo para los toreros, bueno para los hombres.

Blanquito da una palmada al aire y espera. Hay siempre uno que empieza a aplaudir, después otro, en seguida, la tromba. El torero saluda desde los medios. No va mal la corrida; por lo menos, el cuarto toro, y hay que premiar al artista.

—Este chico no lo hace mal...

—Ya lo creo, maestro.

—Vamos a ver ahora...

—¿De dónde es este muchacho?

—No sé...; de un sitio difícil.

El viejo maestro habla del joven maestro. Al artista viejo no le disgusta el artista joven.

—¿Llamaba el señor?

—Sí, traiga otra.

Cuando termina la corrida, el torero, el peón, el picador, el servidor, todos beben vino para que baje el nudo del miedo. El vino se toma para que suba el valor y para que se vaya el miedo. Así, el miedo que llega sin sentirse, como un pájaro, se va igual, sin sentirse, como otro pájaro, como el mismo pájaro.

Mañana, la corrida. Mañana es fiesta y hay que torear en el pueblo, en un pueblo que ya no debe de estar lejano, un pueblo que debe de estar inmediatamente detrás de otro. El primero, para comprar vino; el segundo, para torear. La corrida de mañana hace el número tantos. Quedan tantas, o no queda ninguna, o mañana, después de mañana, aunque queden muchas, aunque haya contratos por medio, el torero ya no podrá volver a torear porque el toro le matará, o porque el toro le herirá, al menos, de gravedad, y se acaba la temporada para el torero, y quizá los toros, el toreo. Después de muerto, el torero, el fenómeno, el gran maestro, el mejor artista de todos los tiempos, habrá muerto en una pequeña plaza pueblerina, cuando la fiesta de la Virgen o del santo, cuando todo un pueblo está más alegre. Un torero, extraordinario o corriente, peón o matador, un hombre, habrá muerto cuando en el pueblo todos están alegres, cuando en un lugar todo se hace alegría y vino por cualquier cosa. Cuando en un pueblo ocurre todo esto, es que es el mejor momento para que muera un torero y, de paso, entibie un poco las fiestas de la patrona o del patrón. Después todo esto no será más que la última anécdota de la vida del torero, de la historia torera del pueblo, de la lista de muertos, de toreros muertos por los toros.

La muerte, muchas veces, se va metiendo por el pensamiento; empieza por ahí, el pensamiento se desboca, y al que piensa se le mete en el cuerpo la muerte, la pena de los amigos, el miedo en uno, las situaciones, el entierro, los lloros, los rezos, todo en uno, y algunas veces, de tanto que se mete, no se puede sacar, y la muerte, que sólo fué pensamiento, mata al que la pensó. Lo mató el pensamiento, lo mató la muerte, el pensamiento de tanto pensar. Se volvió loco de tanto pensar y se murió.

Los boquerones en vinagre se cuelan por la garganta como los cuernos por la carne, como el vino por el trasiego. Primero hasta que se rompe la primera telilla, en el caso de la carne; hasta que se rompe la bolsa en hilillo, en el del vino; hasta que la punta toca por más allá de la campanilla, al tomar los boquerones. Todo es dificultad. Después la cosa pasa rápida, sin notarse, con gusto, suave, sin notarse. A las palabras les pasa igual, sólo que al revés, de dentro para afuera. «Algún día seré un gran matador.»

Si mañana Blanquito muere en la plaza del pueblo, el coche que le lleva hoy al pueblo le lleva hacia la muerte.

—La torre de la iglesia.

—¿El pueblo?

—El pueblo.

—...La bota.

—Sí, maestro.

En la barra del mostrador, los camareros que sirven a las mesas, igual que los clientes de la misma barra, piden el vino, sólo que más llenos de razón, seguros de sí mismos, chillando.

—Media de tinto—dice el de las mesas.

Ha pasado un instante.

—Media de tinto—dice el del mostrador.

Ha pasado un instante.

—Media de tinto—dice el de las mesas.

Blanquito se echa un poco de vino en el vaso y bebe.

—Da buen vino esta bota... Ya estaba reseco... Esta dichosa carretera y a estas horas es cosa mala.

—¿Sigo?

—Sí, tira para adelante...; el viaje este ya está hartando.

El coche ya están andando. Lo bota pasa de mano en mano. El vino marcha por las gargantas, refrescándolas, echando para abajo el calor de la carretera, el polvo de la tierra, el reseco del calor y del polvo. El vino es igual tomarlo en bota, o en vaso, o en porrón. El vino es el vino.

—Mañana, cuando salga el toro, tendremos que echar los restos. En ese pueblo me gustaría quedar bien.

—Lo que mande, maestro.

—De acuerdo, maestro.

Las voces de los peones se van perdiendo con el runruneo del motor. Cuando habla el jefe, no hace falta ni contestar: basta con un pequeño ruido, un ligero gruñido, y luego hacer lo mandado.

En el pueblo ya se sabe lo que pasará cuando llegue el coche de los toreros. La fonda, los bultos de abajo para arriba en manos de los chavales. El café, los entendidos, las copas, la charla. Los otros toreros, el «Pinturas» y el novato. Las discusiones. Los partidarios. Es mejor tal. Es mejor cual.

Cuando salga el toro mañana... El miedo no anda lejos, y Blanquito, por un momento, lo espanta con un trago; sólo un momento, y el picorcillo vuelve. Entonces lo que hay que hacer es dejar de pensar y ponerse a hablar de otras cosas. Mañana por la mañana, la ojeada a los toros, como siempre, en los corrales. Los toros son buenos todos, o casi todos, o todos menos dos, porque hay uno..., porque hay uno que... Dicen que el Pinturas viene a darlas todas. Dicen que el Pinturas está dispuesto a hacer algo grande. Dicen que, como tenga algo de suerte con el lote, se va a ir la plaza abajo. Los comentarios de la gente enredan, enemistan, complican, insultan, hacen de un grano un montón, estorban. Dicen que el Pinturas está dispuesto a comerse todo—a los toros, a los toreros, a la gente—, mañana, cuando le toque su par.

En el vaso de Blanquito ya no hay luz. El globo blanco con la bombilla dentro ha desaparecido. La superficie tinta del vino unas veces está quieta, completamente quieta, como muerta, y al momento el oleaje levanta gotitas contra las paredes de cristal, y todo el pensamiento se arremolina como el mismo líquido.

Blanquito levanta la cabeza y el camarero sale por el pasadizo de la cocina con el plato en la mano.

—El filete con patatas.

El globo de luz sigue colgando del techo. Blanquito corta un pedazo de carne. La carne está buena. Se mete una patata frita en la boca para acompañar el pedazo de filete y mastica. La carne está buena. Las patatas saben a húmedo y las aparta en el plato. Con el filete y el vino hay suficiente. El filete por dentro está medio crudo. Por dentro, la carne está como la carne cruda.

Los toreros, después de hablar, de comer, de vuelta a hablar, se van, como los primeros clientes que se van a la cama, a dormir. Mañana es día de trabajo y conviene estar descansado.

—Las patatas estaban húmedas, pero no importa... Tráigame un café solo y la cuenta.

En el pueblo es de día otra vez. El sol, el calor, el aire quieto. El día empieza bien para la corrida. Es fiesta y la gente no trabaja. Los que van a misa, van a misa. Los que van a los cafés, van a los cafés. Los que van al mercado, van al mercado. A todos en el pensamiento les rondan los toros de la tarde. Los toreros ya se han dejado ver, por la Alameda, por el paseo bajo los árboles, por los cafés con la copa y el aperitivo, por los alrededores de la plaza mirando los bichos, comentando el día, el estado del ganado, todo.

Por las paredes, casi viejos, los carteles que anuncian la corrida de la tarde, a las seis, después de la pequeña siesta, o del café, del puro y de la copa; si el tiempo lo permite, que el tiempo, por la cara que lleva, es fácil, seguro, que lo permita; con permiso de la autoridad competente, que ya están los papeles en regla y todo arreglado y conforme.

De los pueblos de los alrededores han acudido al acontecimiento de la temporada. En el pueblo ya no cabe nadie más. Todo está lleno. En la taquilla se han acabado los billetes. Todo es fiesta y alegría en el pueblo, y discusiones y promesas de gran corrida. En la fonda, en la mesa de Blanquito, además del resto de la cuadrilla, come el boticario del pueblo. El boticario admira a Blanquito, y Blanquito le ha invitado a comer.

—La cuenta, señor.

El camarero deja la cuenta y sigue, bandeja en alto, a otras mesas.

Blanquito saca dinero y lo pone sobre el plato donde está la cuenta, el papel de la cuenta. En el vaso y en la botella queda todavía un poco de vino.

Son las cuatro de la tarde. Por los alrededores de la plaza andan los muchachos esperando a los toreros; los revendedores vendiendo ese último billete. Los tres piperos del pueblo se han acercado a la plaza. La fiesta lleva el negocio alrededor. En cualquier esquina, debajo de cualquier árbol, a la sombra del autocar de viajeros, hay mujeres con el botijo y el cántaro. El botijo, para beber; el cántaro, la reserva del botijo.

El tiempo va pasando lento, muy lentamente, para los espectadores, extraño para los toreros.

—A las cuatro y media empezamos.

—Sí, maestro..., para no ir con prisas.

—Vamos a ver esta tarde quién es torero de verdad.

—Eso no hay ni que verlo, maestro. Eso ya lo sabemos todos.

Cuando haya pasado la corrida, cuando, como siempre, seis toros hayan muerto, tres toreros y tres cuadrillas volverán a respirar hondo por lo menos una vez.

—¿Cuál?

—Tabaco y oro.

—El de lujo.

—El de lujo.

En la plaza suena la música. Los toreros, de tres en fondo, con el cuerpo muy apretado para sujetar el miedo y la carne, se acercan a la presidencia. El presidente da la venia para empezar. El vino vuela por las gargantas. Pronto se acabará el vino, en seguida no habrá vino para beber. Sale un toro. El peón, el maestro, el capote, las banderillas, la muerte. Un toro ha muerto. Sale otro toro, otro. El primero de Blanquito.

—Ponlo allí..., suéltalo en seguida.

—Bien, maestro.

Otra vez, como siempre, la montaña, el río, el fuego, un toro a la carrera. En la meta, un torero, tabaco-oro. Montaña, agua... Todo el aire, el toro, el torero, los tendidos, la plaza, el sol, la tierra, las talanqueras... Un momento, sólo un momento. En el suelo, el torero, la sangre. Blanquito ha muerto.



«LAS BODAS DE CAMACHO», DE MORENO CARBONERO. Cuadro pintado en 1936.—*Ruiz Vernacci.*

MUSEO DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.—MADRID